
MISTERIO DEL TORREÓN DEL DUENDE
Enid Blyton

En este decimoquinto libro el misterio se presenta en un viejo torreón al que los Cinco Pesquisidores Fatty, Larry, Daisy, Pip y Bets junto con su amigo Ern van para contemplar una exposición de pinturas. Mientras están visitando la exposición, son atemorizados por los gritos de un «duende»…



Enid Blyton

Misterio del Torreón del Duende

Colección Misterio 15

ePub r1.1
gimli 23.02.14

Título original: *The Mystery of Banshee Towers*
Enid Blyton, 1961
Traducción: R. de Rafael
Ilustraciones: Carlos Freixas
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Capítulo primero

Salida al encuentro del inquieto Fatty

Los hermanos Pip y Bets estaban sentados a la mesa en espera del desayuno, que les iba a servir su madre. Su padre, un poco apartado, leía el periódico de la mañana, sentado junto a la ventana.

La pequeña Bets decía a su hermano que tenía muchas ganas de que su amigo Fatty estuviera con ellos durante las pequeñas vacaciones que estaban empezando y que le extrañaba mucho que todavía no hubiera regresado, pues las escuelas hacía ya una semana que habían cerrado.

—¿No crees —le decía la muchacha— que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo?

—Así es —contestó Pip—. Parece mentira, pero así que Fatty nos deja, la vida se vuelve desesperadamente monótona. Necesitamos su presencia y su fulminante iniciativa para despejarnos de nuestra apatía.

En esto entró su madre con el desayuno, y al propio tiempo alargó a Pip una postal, que éste se puso a leer con avidez.

—¡Alégrate, Bets! —exclamó Pip, pasando la postal a su hermana—. ¡Hoy llega Fatty!

Bets leyó la tarjeta en voz alta: «Regreso mañana en autobús desde Warling. Esperadme en el punto de llegada, si os es posible. ¿Qué os parece si se nos presenta un “misterio” intrincado y emocionante? Creo que estoy bien preparado para afrontarlo».

—¿Intrincado y emocionante qué? —preguntó la madre recelosa.

—«¡Un misterio»! —contestó Bets con ojos centelleantes—.

Madre, ya sabes que cuando Fatty está con nosotros, parece que siempre ha de pasar alguna cosa rara. Hubo el «Misterio del Gato de la Pantomima» y también el «Misterio del Príncipe Desaparecido» y…

Su padre, que hasta entonces había estado sumido en la lectura, la interrumpió, diciéndole:

—Mira, Bets; ya estoy cansado de que os mezcléis en todas esas aventuras y sucesos raros que ocurren en la ciudad tan pronto como vuestro amigo Federico aparece por aquí. Procurad permanecer al margen de cualquier acontecimiento durante estas vacaciones. Yo esperaba que Federico estaría ausente largo tiempo.

—¡Oh, papá, no me gusta que le llames Federico! —insinuó Bets —. No suena bien.

—Me parece que Federico es su nombre real y creo mucho más apropiado que a un muchacho que ha pasado ya de los trece años se le llame por su nombre y no por ese absurdo mote de «Fatty» —le contestó su padre—. A mí lo que me extraña es que Federico deje que la gente le nombre por su diminutivo familiar. El muchacho está ya demasiado crecido para ello.

—Pero es que Federico está muy «gordo» y por esta razón el diminutivo le sienta la mar de bien —dijo Pip.

—En cambio, no creo que mi diminutivo me siente bien a mí, ahora que soy un poco mayorcito. ¿Por qué no me llamáis Philip en vez de Pip?

—Sencillamente porque tú todavía estás saliendo del cascarón y posiblemente tardarás mucho tiempo en abandonar por completo el huevo —dijo su padre desapareciendo detrás del periódico que estaba leyendo.

Bets soltó una carcajada y seguidamente un ¡ay!, de dolor porque Pip le dio un puntapié por debajo de la mesa.

—¡Pip! —exclamó su madre, amonestándole, porque había visto la mala jugada del chico.

Bets cambió de conversación rápidamente, pues no quería que Pip tuviera ninguna complicación por su comportamiento precisamente en el día que Fatty regresaba a su casa.

—Oye, mamá, ¿dónde está la Guía de los autobuses? —preguntó la niña—. Querría consultar a qué hora llega Fatty.

—Mira, no hay más que dos coches por la mañana —explicó Pip —, y como el que viene de Warling tarda dos horas en su trayecto, yo creo que vendrá en el primero. De otro modo llegaría muy tarde.

—Deben de ser alrededor de las diez menos cuarto —indicó su madre—. Esto quiere decir que tenéis tiempo más que suficiente para, antes que otra cosa, poner un poco de orden en el embrollo que tenéis armado en el cuarto de vuestros juguetes. Ayer apenas pude entrar, tal es el desorden que reina allí.

Pip murmuró:

—¿Qué será que cuando proyectamos salir a la calle, siempre tenemos que arreglar, «antes que nada», el cuarto de los juguetes? Yo en realidad me figuro que…

—Pip, obedece a tu madre sin chistar —díjole el padre asomando la cabeza por detrás del periódico. Pip se calló al momento, miró a Bets de refilón y ésta le hizo un gesto de conformidad. Fatty estaba ya camino de regreso. ¡Fatty, el chico de la ancha sonrisa, del rápido pestañear, de las locas chirigotas y del extraordinario instinto para encontrarse de repente metido de pleno en peculiares «misterios»! ¡Qué ratos tan agradables habían pasado con Fatty! ¡Cuántas aventuras! ¿Qué envidiable don poseen los que siempre se encuentran metidos en situaciones emocionantes?

Si Fatty alguna vez se encontrara abandonado en alguna isla desierta, al momento pasaría alguna cosa extraordinaria que resolvería la situación —pensó Bets—. A lo mejor se le aparecía una sirena y se lo llevaba montado sobre su cola o quizás arribaría un submarino y…

—¡Bets!, ¿en qué estás pensando? —exclamó su madre—. Embabiecada estás untando de mantequilla los dos lados del pan.

Pip y Bets subieron a las habitaciones tan pronto como hubieron terminado el almuerzo, con un solo pensamiento en la cabeza. ¡Fatty estaba ya en camino!

—Arreglemos y ordenemos el cuarto de juguetes a toda prisa — dijo Pip—, quiero pasar por casa de Larry y ver si él y Daisy saben ya que Fatty está para llegar.

Y empezó a tirar cuanto encontraba dentro del enorme armario que tenían para guardar sus juguetes. ¡Toma! ¡Esto aquí! ¡Este otro allí! ¡Y ése también!

—Ya sabes que a mamá no le gusta esto… —empezó a decir Bets.

Pero Pip no le dejó continuar, burlándose de ella:

—¡Muy bien! Hazlo tú mejor y despacito. A paso de tortuga. Yo me voy. Voy a casa de Larry. ¡Adiós! ¡Ven en cuanto termines!

Pero Bets no estaba dispuesta a que la dejaran atrás. Apretujó en el armario las pocas cosas que quedaban fuera, salió volando en busca de su sombrero, bajó las escaleras como una exhalación y pisó al pobre gato que dormitaba en el último escalón.

—¡Oh, lo siento, michino! —le dijo cariñosamente echando a correr hacia la puerta del jardín mientras chillaba—: ¡Pip, espérame!

Pronto llegaron a casa de Larry. La puerta estaba abierta y pudieron oír a Daisy que regañaba a su hermano:

—¿No estás todavía listo? ¡Vas a llegar tarde!

A los pocos momentos los cuatro amigos estaban camino de la estación de llegada del autobús.

—¿Qué os apostáis a que ese diablo de Fatty nos hace una de sus bromas y se nos presenta disfrazado para que no le reconozcamos? —dijo Pip.

—No me extrañaría lo más mínimo —asintió Larry—. Pronto lo veremos, pero tened en cuenta que hay algo que no puede disimular y es su gordura.

—¡Mirad, está llegando el autobús! —exclamó Bets—. ¡Corramos!

Era un coche de dos pisos el que venía a situarse al punto de parada, y los cuatro muchachos corrieron hacia la puerta trasera. Los pasajeros se aglomeraban a la salida y el conductor en voz alta les advertía que no salieran con prisas y que al bajar tuvieran cuidado con el escalón.

Larry, de repente, le dio un codazo a Pip, diciéndole:

—Mira, ahí tenemos al gordote de Fatty. Se ha disfrazado para ver si somos capaces de descubrirlo. Lleva también un cesto para meter al perro y apuesto a que es el simpático «Buster» el que está dentro. ¡Retrocedamos unos pasos! ¡Que no nos vea!



El muchacho que llevaba el cesto era fornido y vestía un abrigo muy grueso, una bufanda amarilla le abrigaba el cuello hasta las narices. Tosió ampulosamente al bajar del autobús y se llevó a la boca un gran pañuelo verde.

Bets se reía entre dientes.

—Éste es Fatty —le dijo en voz baja a Pip—. No vamos a decirle

ni palabra; solamente le seguiremos con mucha parsimonia hasta su casa.

Se mantuvieron detrás de él, pero distanciados convenientemente. El muchacho marchaba despacio, porque cojeaba ligeramente del pie izquierdo.

—Sí; indudablemente es Fatty —dijo Larry—. Estoy seguro, pero ¡cuánto detalle en su disfraz! ¡Hasta cojea para despistarnos mejor! Aunque a nosotros no nos puede engañar.

Fueron siguiendo al muchacho calle abajo; después doblaron una esquina y empezaron a subir por una cuesta. Fue entonces cuando Larry le chilló:

—¡Bien, Fatty, párate de una vez! ¡Ya ves que te hemos reconocido!

El muchacho se volvió en redondo y mirándolos con enfado les chilló:

—¡Cómo os atrevéis a seguirme! ¡Desvergonzados! ¡Pedazos de alcornoque!

—Continúa, Fatty. Ya sabemos que eres tú —dijo Pip—. Y también sabemos que llevas al bueno de «Buster» en este cesto. ¡Déjalo salir!

—¿«Buster»? ¿Quién es «Buster»? —dijo el muchacho—. ¿Estás loco? Hay un gato aquí y no un perro. ¡Míralo!

Deslizó el cierre del cesto y levantó la tapa, dejando escapar de un brinco a un enorme gato rojizo que resoplaba y mayaba como una fiera.

Los cuatro muchachos le miraron con el mayor de los asombros. ¡Un gato! ¡No era «Buster»! Luego tampoco aquel muchacho era Fatty. ¡Cielos! ¡Vaya plancha!

—¡Oh! Lo sentimos en el alma —balbuceó el pobre Larry, muy sonrojado—. Todo ha sido una equivocación. Te rogamos que nos perdones. Te hemos tomado por un amigo nuestro.

—Pues ahora escuchadme bien —dijo el muchacho muy enfadado—. ¿Veis a aquel hombre uniformado que está allí? Pues voy a quejarme de todos vosotros. ¡Mira que seguirme y llamarme Fatty! ¡Qué culpa tengo yo de ser gordo! ¡Ninguna!, ¿verdad? ¡Ven aquí, mi pobre gato!

El muchacho recogió el gato y lo metió de nuevo en el cesto,

atravesó la calle y, ante el asombro de sus atemorizados seguidores, se dirigió a la esquina donde estaba el señor Goon: el policía del pueblo. ¡El señor Goon! Todos sabían bien que no era amigo suyo. ¿Qué hacer?

—Lo mejor es salir corriendo antes de que el señor Goon se ponga a perseguirnos —dijo Pip—. ¡Atiza! ¡Vaya equivocación la nuestra!

Dieron media vuelta y echaron a correr, tropezando con alguien que estaba de pie detrás de ellos, sonriendo burlonamente y con un «scottie» entre sus brazos.

—¡Fatty! ¡Eres tú! ¡Nos creíamos que eras aquel muchacho que está allí! —exclamó Pip al ver a su amigo—. Le hemos seguido y ahora se venga denunciándonos al señor Goon.

—Y yo os seguía a vosotros —les dijo Fatty—. Venía en el piso superior del autobús y a la llegada os vi perfectamente, pero vosotros no. Cogí a «Buster» en brazos porque temía que saliera corriendo tras de vosotros y se descubriera la broma. ¡Bueno! ¡«Buster», ya puedes lamer las manos a tus amigos!

Soltó al pequeño «scottie» y «Buster», muy nervioso, fue a acariciar a todos sus amigos, gimiendo gozosamente. De pronto descubrió al policía, que con iracunda mirada estaba vigilando a los muchachos desde la acera opuesta.

«Buster» dio un ladrido de alerta y atravesó la calle a toda velocidad.

—«¡He aquí a mi gran enemigo! —parecía decirle el perro—. ¿Qué os parece, señor policía, si empiezo un bailoteo alrededor de vuestros tobillos para mordisquearlos un poco? Esto es un ejercicio muy saludable para desentumecerse un poco después del largo viaje que he hecho metido en el cesto».

El señor Goon miró con odio al perro. «¡Ya está aquí esta mala peste de perro! —pensó—. Has regresado con tu amo, ¿verdad? ¡Márchate ahora! ¡Largo de aquí!».

—«Buster» le está diciendo sencillamente cuán complacido está de verle a usted de nuevo —le dijo Fatty, viendo que el corpulento policía estaba dando zancadas para zafarse de las «atenciones» de «Buster».

—¡Palabra de honor, señor Goon, debería aprender a bailar!

Usted tiene casi tanta ligereza en sus pies como «Buster» en sus dientes —y dirigiéndose al perro añadió—: ¡La lección de baile ha terminado!

La cara de Goon estaba roja de indignación.

«¡Vaya por Dios! —pensó el policía—. ¡Ya tenemos otra vez a ese cara de sapo! ¡Adiós la paz y tranquilidad que hemos gozado en la población mientras este muchacho estuvo ausente! Con él otra vez aquí algo ha de acontecer para impedir que las cosas sigan su curso normal». De esto Goon estaba seguro. Aquel «gordote» estaba siempre metido en asuntos que de alguna manera u otra habrían de resultar desagradables.

Fatty regresó al lado de sus compañeros, que seguían guardando una prudente distancia del enojado policía; porque suponían que aquel muchacho del gato rojizo había ido a quejarse de ellos.

—Convendréis conmigo en que habéis sido bastante cabezotas siguiendo a un muchacho que llevaba un gato en vez de seguir a uno que llevaba un perro —les echó en cara Fatty con ironía.

—Bien, hombre, bien; no vais a discutir el asunto —le replicó Larry—. Os voy a pagar a todos un helado que nos tomaremos ahora mismo en compensación de nuestra equivocación.

—Lo siento, pero es preciso que vaya primeramente a mi casa —les hizo ver Fatty—. Mi madre me estará esperando. Después de comer nos reuniremos todos. Una reunión de «Los Cinco Pesquisidores y el Perro». Venid a mi cobertizo a eso de las dos y media. ¡Vamos a casa, «Buster»! ¡Y acuérdate de ser cortés y de ofrecer la pata a mi padre y a mi madre en cuanto les veas!

Larry y Daisy se marcharon juntos a casa, al igual que hicieron Pip y Bets. La madre de Bets notó muy complacida la cara risueña de la niña, y les dijo:

—¡Ya veo que habéis visto a Federico! ¿Qué tal está?

—Está bien; nos reuniremos en su casa esta tarde —contestó la muchacha con cara resplandeciente—. ¡Será la primera reunión que tendremos los «Cinco Pesquisidores» desde hace mucho tiempo!

—¿Pesquisidores? —preguntó su madre—. ¡Vamos a ver! El caso es…

—¡Oh, mamá! Has de saber que nosotros somos los «Cinco Pesquisidores y el Perro» —le interrumpió Pip—. ¿No te acuerdas

ya de los muchos «Misterios» que hemos desenmarañado? Tengo la impresión de que no tardaremos en enfrentarnos con otro que, por difícil que sea, acabaremos por aclarar.

—¡Oh! Si se presenta alguno —replicó Bets.

—Puedes estar segura, Bets. Siempre que Fatty está por aquí ocurren cosas extraordinarias. No creo que tengamos que esperar mucho para que aparezca algún interesante y substancioso «misterio».

Capítulo II

En el cuarto de trabajo de Fatty

Bets estaba muy nerviosa porque al fin iba a celebrarse la primera reunión de las presentes vacaciones. Su madre no la había dejado marchar inmediatamente después de la comida, sino que había mandado a ella ya Pip al cuarto de sus juguetes.

—Me figuro que no pensáis que la limpieza que hicisteis esta mañana de la habitación es suficiente —observó la madre—. El tirar los juguetes confusa y revueltamente dentro del armario o el arrimarlos a los rincones no es, a mi modo de ver, una manera correcta de poner en orden una habitación; por lo tanto, vais a hacer el favor de ordenar las cosas como es debido antes de marcharos.

—¡Sopla! —dijo Pip exasperado—. Ahora vamos a llegar tarde. ¡Aprisa, Bets! Lo haremos juntos para terminar antes.

Pronto estuvo hecha la cama y seguidamente se los vio por el sendero del jardín contentos de marchar ya a casa de Fatty. Por el camino se encontraron con Larry y Daisy y no mucho después se hallaban los cuatro en el cuarto de trabajo de su amigo. Un lugar apartado de las miradas de posibles curiosos y casi fuera del alcance de los gritos y llamadas que pudieran proceder de la casa.

—Ya sabéis que cuando uno se encuentra al alcance de la voz de las personas mayores éstas necesitan siempre que se les haga una enorme cantidad de cosas —observó Fatty—; pero si tienen que salir a buscaros podéis estar seguros que encuentran que eso es demasiada molestia y hacen ellos mismos lo que querían encargarte a ti. Es decir, te dejan tranquilo, que es lo que interesa.

El cobertizo de Fatty estaba realmente muy recogido y solitario.

Una estufa de petróleo lo caldeaba a una temperatura muy agradable. Cubría el suelo una piel de tigre ya vieja, pero con su cabeza y todo. Bets, al principio, sentía cierto temor al verla con la boca abierta, los dientes afilados y los ojos de cristal; pero ahora, pasada ya la primera impresión, no solamente no la asustaba, sino que incluso algunas veces se sentaba encima de su cabeza.

—Este tigre se está apolillando —dijo la niña—. Tendremos que echarle polvos matapolillas de los que emplea mi madre para nuestras alfombrillas de piel. Veo, Fatty, que conservas esa piel de cocodrilo extendida sobre la pared. Yo creo que éste es el cobertizo más fantástico que existe. ¡Estoy contenta de verte de nuevo después de tanto tiempo de pensionado!

—Lo agradable es tenerte a ti entre nosotros, Bets —dijo Fatty en el tono de voz zalamero que usaba a menudo al dirigirse a la niña—. ¡Ten cuidado que no te vaya a morder el tigre!

—¡Guauuu! —ladró «Buster» de pronto, enseñando los dientes.

—¿Sabes lo que dice el perro? Que él morderá al tigre si es que se atreve a morderme a mí —dijo Bets, mirando al simpático animal y pasándole un brazo alrededor del cuello.

—¿Tienes algo para comer? —preguntó Larry—. He comido espléndidamente, pero no sé lo que me pasa, siempre que me encuentro con vosotros en este cobertizo me siento con apetito.

—En el armario hay algunas galletas de chocolate —le contestó Fatty, que invariablemente estaba siempre bien provisto de golosinas, se hallara donde se hallara—. Al traerlas, póntelas en la mano del lado contrario donde está «Buster» para que no intente alcanzar alguna. No se le deben dar porque está a régimen para adelgazar, ¿sabes? Ha comido demasiado esta temporada que ha estado ausente. ¡Demasiados «festines de gato» por aquellas tierras!

—Pues ¿es que se dedica ahora a comerse los gatos? —preguntó Daisy, extrañada.

—¡No, tonta! Yo te he dicho «festines de gato» porque abundaban los platos con sobras de comida para los gatos, y «Buster», siempre amable, les economizaba ese trabajo —les aclaró Fatty, riéndose—. ¡«Buster», levántate! Enséñales tu tipo tubular. ¡Desgraciado, ya has visto con qué barrigón has regresado!

«Buster» comprendió el rapapolvo. Bajó la cola y, tristemente, se

fue a un rincón donde se enroscó mirando de reojo las galletas. Bets, que vio la escena, le dijo compasiva:

—Voy a dejarle lamer mis dedos, Fatty. Esto será todo, te lo prometo. Me duele verle con esa mirada tan desconsolada. ¡Ven aquí, «Buster»! ¡Toma, lame mis dedos!

«Buster» se lo agradeció. Lamió las manos de Bets y luego se sentó a su lado tan apretado a ella como le fue posible. A «Buster» le gustaba Bets por su trato cariñoso. La niña le pasó de nuevo el brazo por el cuello y preguntó:

—Fatty, ¿es que nos has convocado para algún asunto especial? Ahora me gustaría que no hubiera ningún «misterio» para resolver. Me explicaré: me gustan los misterios en verdad, pero me gustaría también tener un poco de tranquilidad.

—En realidad lo que tú no quieres es pertenecer a la pandilla de los «Pesquisidores» —dijo Daisy asombrada—. ¿Qué vas a hacer entre ellos si no te gusta salir a descubrir nada?

—No es eso lo que yo he querido decir —contestó Bets—. Ya sé que nosotros tenemos que salir a husmear por los alrededores en busca de problemas y misterios que resolver, pero podríamos dejarlo para más adelante.

—Tú lo que quieres decir es que primero salgamos a jugar y a divertirnos —aclaró Daisy—. Esto no está mal pensado, pues así variaríamos un poco. Ya sabes, Fatty, que eso de resolver «misterios» es un trabajo duro para el que se necesita tener ganas de hacerlo.

—Me parece que también yo voy siendo de vuestra opinión —dijo Fatty perezosamente.

Acto seguido empezó a describirles los compañeros que había tenido durante su período escolar.

—Vosotros ya sabéis que esta temporada he estado viviendo con dos primos que son muy buenos futbolistas, muy buenos boxeadores también y corredores de «cross-country» y, además, excelentes escaladores. Palabra que he tenido que inventar miles de excusas para librarme de jugar al fútbol desde la mañana hasta la noche, o de correr millas y millas subiendo y bajando colinas. Otros días me calzaba los guantes de boxeo para hacer algunos asaltos de entrenamiento. ¡A Dios gracias todo esto no duró mucho! Me refiero

al entrenamiento de boxeo.

—¡Cómo! ¿Es que te pusieron fuera de combate? —preguntó Larry.

—¡Fuera de combate! No seas cabezota —exclamó Fatty—. Lo que ocurrió precisamente que yo hice grandes progresos aprendiendo a poner fuera de combate a los demás. ¿Os he dicho ya que he hecho escaladas?

—Lo que tú estás haciendo es fanfarronear —dijo Larry—. No curarás nunca de esa mala costumbre. Una de las cosas que indiscutiblemente haces mejor que cualquiera de nosotros es el presumir de algo, se lo que sea. En esto eres ¡superlativo!

—No seas bruto, Larry —le increpó su hermana, extrañada de su forma de hablar—. No ves que Fatty te puede poner «knock out» si sigues hablando así.

—No, no lo haré —replicó Fatty—. Larry tiene razón. Yo acostumbro a alardear un poco, pero también es verdad que realmente hago aquello de lo que alardeo y, no lo dudéis, y dejé fuera de combate a mis dos primos. Os voy a enseñar los golpes que empleaba. Con la izquierda pegaba un bombeado así: ¡Plaff! ¡Oh, cuánto lo siento, «Buster»! Pero ¡quién te hacía cruzarte en el camino! ¿Te he hecho daño?

—¡Extraordinario! Ya lo has visto, ¡ni al perro has podido dejar fuera de combate! —exclamó Larry, burlándose. Bets abrazó a «Buster», que había recibido un puñetazo de tal calibre que casi le había quitado el resuello.

El pobre perro miró fijamente a Fatty, realmente sorprendido por aquel trato inesperado.

—Escuchadme —dijo Pip—. Vamos a estudiar un poco estos datos que he traído a esta primera reunión. Mi padre me hizo una lista de los lugares que dice que son muy interesantes y que podríamos visitar. Dice que es mejor hacer estas visitas instructivas que merodear por los alrededores sin hacer nada de provecho. Dice también…

—Dice también… lo que realmente «quiere decir», esto es, que no le gusta verte a todas horas pegado a sus pantalones —interrumpió Larry—. Mi padre también piensa lo mismo de mí. Yo estoy muy contento de estar junto a él y a su vez él lo está de mí,

pero me voy dando cuenta que pasados los primeros días de vacaciones siempre se le ocurre lo mismo: que nos vayamos a pasar todo el día al campo, pero no una vez solamente, sino cuantas más a menudo, mejor. Y es por esto que mi padre hizo una lista también. Os la leeré seguidamente.

Se sacó de un bolsillo del pantalón una lista escrita muy correctamente y leyó en voz alta: «Antiguas Grutas de las Aguas», de Chilleerbing. «Museo de la Edad de los Fósiles», en Tybolds. «Torreón Normando», en Yelow Moss…

—¡Caramba, todos estos nombres figuran también en mi lista! —dijo Pip rebuscando en sus bolsillos—. Están estos tres y muchos más: «Reliquias Romanas», en el Museo de Jackling. «Museo de Pinturas Marinas», en el Torreón de la Colina del Duende. «Instrumentos de Música Antiguos», en…

—¡No quiero ver ninguno de ellos! —interrumpió de pronto Bets con angustiados ojos—. Las pinturas cuyo tema es el mar me gustan; pero no me gustan nada esos horribles fósiles, ni esos…

—De acuerdo, Bets. No vamos a malgastar estos hermosos días de primavera metidos en museos, torreones o cuevas —dijo Fatty—; pero deberíamos ir a ver el Torreón del Duende. Ya sabéis lo que hacen los duendes en las casas donde habitan, ¿verdad?

Nadie contestó.

—Pues os lo voy a explicar —les dijo Fatty—. Cuando un duende escoge a una familia para vivir en su casa no la importuna nunca a excepción de cuando va a ocurrir algún infortunio o desdicha. En estos casos sale por los tejados y se pasea por los desvanes dando gritos agudos y profiriendo fuertes lamentaciones.

—Vaya cosa desagradable —objetó Daisy al momento—. Estoy más que contenta de que mi familia no posea ningún duende. A mí me tendría terriblemente acoquinada. ¿Entonces, es que el Torreón del Duende posee el que le corresponde?

—Yo supongo que un día sí que lo poseyeron, cuando los propietarios vivían allí… —aclaró Fatty—, pero ahora que está convertido en un museo o una galería de exposiciones de cuadros o algo parecido, me parece que el duende se habrá retirado.

—Pues yo no quiero ir al Torreón del Duende si es que este espíritu está viviendo allí todavía —dijo Bets muy decidida—, por

lo tanto, Fatty, tendremos que investigar algo primeramente.

—La verdad es que no deberías atormentarte —le aconsejó Fatty —. Es una lástima que te atemoricen unos cuentos de tiempos ya muy lejanos, y te prives de ver unas pinturas extraordinarias que, según me han informado, son en realidad dignas de verse.

—Así, pues, haremos unas cuantas visitas a esos lugares y demostraremos a nuestros padres que no somos unos simples propagadores de mentiras y embustes como ellos creen —dijo Larry —. Realmente eso puede ser bastante divertido. Podríamos llevarnos la comida a esos sitios. Yo dispongo de un equipo de excursión que utilizaremos mancomunadamente. También podríamos redactar un escrito en el que se manifiesten nuestras impresiones, sobre todo si oímos aullidos de duendes. Es de suponer que oiremos sus lamentaciones cuando estemos allí.

—Insisto en que yo no quiero ir si es que hay duendes —dijo Bets al punto—. ¿Hola, quién golpea la puerta? ¡Vaya forma de llamar! ¡Me ha hecho saltar del susto! —comentó la pequeña «pesquisidora».

—¿Quién? —preguntó Fatty.

—Soy yo, Ern —dijo desde fuera una voz muy conocida—. Me han mandado a vivir a casa de mi tío Teo porque una de mis hermanas tiene el sarampión y yo todavía no lo he pasado. Al menos mi madre no se acuerda de que lo haya tenido. ¿Se puede entrar?

—¡Desde luego! Aquí nos tienes a todos reunidos —dijo Fatty abriéndole la puerta.

Ern se quedó de pie en la entrada con la cabeza erguida, casi tan gordito como Fatty, y haciendo sus consabidas muecas de mono, muy contento al verse de nuevo reunido con sus amigos. «Buster» armó también una gran algarabía a guisa de recepción al buen amigo Ern.

—Caramba, qué agradable es volver a veros a todos —dijo Ern, sentándose en el suelo y abrazando al pequeño «scottie»—. Yo no quería venir a vivir con mi tío. Sé que no le gusta a él, y vosotros sabéis que él no me gusta a mí. Así es que estamos en paz. Ahora bien; no me importa tener que hospedarme en su casa si es que esto me permite estar de nuevo con vosotros. ¿Tenéis algún «misterio»,

en marcha?

—Todavía no —dijo Fatty—. Sírvete tú mismo algunas galletas de chocolate, pero no le des ninguna a «Buster», porque está a régimen para adelgazar.

—¡Repato! ¿Es verdad eso? —indagó Ern—. Debo deciros que realmente lo encuentro un poco más fornido. Tú también, Fatty, te estás redondeando. Si sigues así, pronto estarás como un globo.

—¡Ern! ¡Por favor, retén tus impresiones y piensa en cómo dices las cosas! —le amonestó Fatty en tono ofendido. No debes comparar a nadie con un globo, de lo contrario te puedes encontrar con un buen manotazo en tus narices.

—¡Oh, lo siento, Fatty! ¡Lo siento reeeeaaalmente! —se disculpó Ern—. Quizá pueda mejorar mis modales ahora que estaré una temporada entre vosotros. Parece que los pierdo, cuando regreso a «ca». ¡Vaya! A «casa» quería decir.

—Estoy contento de volverte a ver, Ern —le dijo Fatty—. Estamos aquí planeando cómo salir a visitar algunos lugares interesantes y pasar algunos días en el campo. Te puedes venir con nosotros si quieres y si te deja tu tío.

—¡Caramba! ¡Me gusta el plan! —replicó Ern—. Mi tío me ha fijado solamente unos puntos a seguir, que son: No recurrir a nadie, sino valerme por mí mismo; ir siempre bien limpio; no estar siempre pegado a sus pantalones y comer solamente de mi pan…

—¿De tu pan? —preguntó Bets, sorprendida—. ¿Es que tienes un pan para ti sólo?

—Tú no sabes de la misa la mitad —le dijo Ern enseñándole los dientes con su característica mueca de simio—. «Comer solamente de tu pan» quiere decir que cada cual debe usar sus propias ideas para resolver sus problemas, ¿comprendes?

—¡Ah, ya! —intervino Fatty muy seriamente—. Y si todos nosotros queremos ir a visitar y a aprender alguna cosa sobre duendes, sobre instrumentos de música antiguos o sobre reliquias romanas hemos de comer de nuestro propio pan; pero…, ¡oye, Ern! ¿Le podremos poner un poco de mantequilla a nuestro pan?

El único que no se enteró del chiste fue Ern, aun cuando el resto reía a mandíbula batiente. Pero Ern no se preocupaba por nada, ni de nada se daba cuenta. Solamente sabía que era muy feliz en

aquellos momentos estando junto a Fatty y al resto de sus amigos. Le podían corregir o reírse de él. Ellos eran sus amigos y él lo era de ellos; por tanto, podían hacer de él lo que les viniera en gana todo el tiempo que estuviera con ellos.

Capítulo III

«Bingo» y «Buster»

El tener a Ern otra vez entre ellos era una buena perspectiva de diversión. Alegraba al grupo de los cinco amigos con sus chirigotas y seguía con deleite todos los juegos y aventuras que iniciaban sus compañeros. Se sentó para escuchar atentamente los comentarios sobre las diferentes proposiciones y planes a realizar en sus juegos de vacaciones.

—Supongo que algunos días podré venir con vosotros —dijo al fin—. Me figuro que el tío me dejará salir de cuando en cuando siempre, desde luego, que le tenga hechos los trabajos que me ha encomendado.

—¡Claro está! —asintió Fatty—. Si ha sido tan amable que te ha alojado en su casa debes corresponder ayudándole todo lo que te sea posible. Por ejemplo, podrías limpiarle el jardín, que bien lo necesita. El otro día pasé por allí y da vergüenza verlo. Estaba cubierto de hierbas.

—Esto es lo que dice mi tío —asintió Ern, y en tono de lamentación añadió—: Lo triste es que yo no sé ver la diferencia entre una hierba y una planta. Hay otra cosa también muy importante y es que mientras esté con él me deja tener a mi perro favorito. ¿Qué os parece?

—¿Tu perro? No sabía que tuvieras un perro —dijo Pip, sorprendido.

—Esto es una novedad —contestó Ern—. Solamente hace tres semanas que lo tengo. Lo estoy domesticando y amaestrando como tú, Fatty, has hecho con el tuyo.

—¡Bien! —asintió éste—. ¡Muy bien! Un perro mal domado es

un engorro, porque todo el mundo le rehúye. ¿Y dónde está tu perro? ¿Cómo se llama? ¿De qué raza es?

—No lo sé exactamente; creo que es cruce —contestó titubeando —. No es tampoco muy grande, pero tiene una hermosa cola que menea incansablemente, y unas hermosas orejas que las yergue como «Buster»; pero, en cambio, es corto de patas. Y es una lástima, porque este defecto hace que, cuando corre, tenga una figura un poco ridícula y los perros de la vecindad se ríen de él.

—¡Cómo van a reírse! —exclamó la pequeña Bets que, tomándolo al pie de la letra, no podía imaginarse a un perro burlándose de otro.

—Bueno, tanto como reírse… Pero se quedan parados, le miran fijamente y, entre ellos, se guiñan el ojo cuando mi perro está jugueteando por los alrededores. Su nombre es «Bingo». ¿Es bonito, verdad? Y además le sienta muy bien. ¡Ya lo veréis! Le quiero mucho, muchísimo, pues es la primera vez que tengo un perro de mi exclusiva propiedad. Está embobado conmigo y se cree que yo soy el ser más portentoso que hay en el mundo.

—Entonces es igual que el pícaro de «Buster» —exclamó Bets—. ¿Cree que Fatty es el ser más extraordinario que existe?, ¿verdad, «Buster»?

—Guauu —ladró «Buster» en señal de sincero asentimiento, y se fue hacia Fatty, le lamió la mejilla y luego apoyó la cabeza sobre sus rodillas, mirándole con verdadero arrobamiento.

—¡Ah, zalamero! —le dijo Fatty, pasándole la mano sobre sus espaldas. Y continuó—: ¡Bravo, Ern! Me alegra mucho que tengas tu propio perro. Esto es bueno para el perro y también para ti. Te gustará tener a alguien que piense que todo cuanto haces está bien hecho. Pero tú, a la vez, preocúpate mucho por el animal si en realidad quieres disfrutar de él.

—¿Y dónde tienes a «Bingo»? —preguntó Larry.

—Lo tengo encerrado en el cobertizo donde mi tío guarda la leña —le contestó Ern—. Verás, yo no sabía si os gustaría que viniera con el perro. A «Buster» quizá no le gustase.

—¡Qué desatino! —exclamó Fatty, levantándose—. Cualquier perro es amigo de «Buster» si es que pertenece a alguno de nosotros. Vayamos a ver a tu perro y lo sacaremos a dar un paseo.

—Tú estás siempre de chunga, Fatty —dijo Ern con cara radiante—. ¡Vámonos, pues!

Salieron todos del cobertizo y se dirigieron hacia el centro de Peterswood. «Buster» correteaba alegremente a su alrededor, husmeando los setos, ladrando a los gorriones y meneando la cola sin cesar un instante.

—¿Está hoy de buen humor tu tío? —le preguntó Larry.

—Así, así —contestó Ern—. Estuvo sonriente cuando le limpiaba las botas, pero frunció el ceño cuando derramé la leche. No sabe que he venido a veros.

—¿Por qué no se lo has dicho? —le preguntó Bets—. No estarás acoquinado en su presencia, ¿verdad?

—Pues sí; en realidad mi tío me tiene acobardado —contestó Ern—. Tiene unas manos demasiado ligeras, ¿sabes? ¡Si tuviera solamente seis peniques por cada bofetón que me ha dado, sería un hombre rico! ¡Estaría nadando en monedas de seis peniques! No creo que le guste que salga con vosotros muy a menudo; por eso no pienso decírselo.

En esto llegaron a la casita donde vivía el señor Goon, que estaba cerca del puesto de la policía. Tan pronto como abrieron la puerta del jardín les dio la bienvenida una terrible descarga de ladridos, como para helar la sangre al más pintado y oyeron que alguien se tiraba furiosamente contra la puerta del cobertizo.

—Es él; es «Bingo» —dijo Ern, orgulloso de su perro—. Espero que mi tío esté ausente. No le gustan estos ruidos de ninguna manera. ¡Oye, «Bingo»! He traído a unos amigos que quieren verte.

«Buster», el «scottie», quedó asombrado y un poco alarmado al oír aquel ruido tan espantoso que procedía del cobertizo. Ladeó la cabeza y enderezó las orejas, a la par que lanzaba sordos gruñidos.

—Todo va bien, «Buster» —le chilló Ern—. Es mi perro, es que está aquí dentro. Hola, «Bingo»; sal un momento.

Dicho esto, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Al instante algo salió disparado, al menos a sesenta millas por hora, echó, horrorizado, una mirada al grupo de muchachos y cruzó con la misma velocidad la puerta del jardín, desapareciendo seguidamente.

—Este es «Bingo» —dijo Ern, orgulloso del perro que había ya

desaparecido—. ¿Qué te parece, Fatty?

—Pues mira, aunque solamente le he visto la cola —contestó Fatty bromeando—, me parece realmente bonito. ¡Atiza! Por ahí veo a tu tío, el «simpático» señor Goon. Parece estar de mal humor, como siempre.

El señor Goon acababa de asomarse a la puerta de su casa y se quedó parado en el dintel, con su uniforme, su salacot y una mirada de muy pocos amigos.

—¡¡ERN!! ¿Qué le pasa a tu perro que ladra de esa manera? —dijo a su sobrino—. ¿Es que se ha vuelto loco? ¿Dónde está?

—Pues no lo sé, tío —le contestó Ern—. Salió disparado a toda velocidad. No creo que se haya marchado a casa. ¡Podría coger el sarampión!

—¡Al cuerno tú y el sarampión! —refunfuñó el señor Goon—. Te dije que podías traerte al perro si se portaba bien y si me lo podía llevar por las noches cuando voy a dar un vistazo a los parajes apartados y solitarios de la ciudad; pero ten muy en cuenta lo que te digo: Si se ha de portar como un tonto, ladrando por nada y salir corriendo como un loco, no lo quiero en casa. ¡Ah! Y adviértele que se mantenga alejado de mis pies, porque hoy ya me ha hecho tropezar dos veces.

—¡Lo siento, tío! —dijo Ern, disculpándose—. Mira, he traído a mis amigos para que lo vieran.

—Pues ya te los puedes llevar otra vez —gruñó Goon muy displicente—. Pueden ser tus amigos, pero no son los míos, en especial el señorito Federico Algernon Trotteville.

—¿De quién está hablando? —preguntó Ern, extrañado, así que su tío entró de nuevo en su casa dando un portazo.

—De mí. Y esto no me gusta nada —contestó Fatty—. Todos ésos son mi nombre y apellidos, Ern. Yo procuro no acordarme de ellos y, aunque no se puede decir, prefiero que me llamen por mi mote. Y, cambiando de tema, ¿dónde está tu perro? ¿Adonde supones que ha ido?

—Pues no lo sé —contestó Ern con una mirada de desesperación —. No se me ocurre por qué motivo salió disparado de aquella manera. Cabe que mi tío fuera al cobertizo, le chillara y le diera algún porrazo o le hiciera alguna mala pasada. Vamos a ver si lo

encontramos.

Pero no habían dado más que los primeros pasos hacia la verja cuando el señor Goon, que volvía a estar otra vez asomado a la puerta, chilló a Ern:

—¡Ven aquí! ¿Has hecho ya los encargos que te di? ¡Ven aquí, te digo!

—Es mejor que vayas —le recomendó Fatty—. No te preocupes. Nosotros buscaremos a «Bingo». No creo que le haya ocurrido nada malo.

Ern cruzó de nuevo la verja del jardín, enfadado y absorto. «Bingo» llenaba por completo sus pensamientos.

«¡Quizá se ha escapado! ¡Quizá se pierda! ¡También pueden robarlo! Como tiene tan buen carácter y se hace amigo de todo el mundo puede haber seguido a cualquiera».

Estaba pensando en todo esto el pobre Ern cuando un grito estentóreo, procedente de la casa, le sobresaltó.

—¡Ern, entra ya! ¡Tengo que ir al puesto de policía y necesito que peles patatas para la cena y que pongas la casa en orden!

El pobre muchacho entró. Sintió unas ganas locas de dar un portazo como había hecho Goon, pero no se atrevió.

Mientras tanto el grupo de sus amigos atravesaron despacio la ciudad hablando de Ern y echando ojeadas por si encontraban a «Bingo», pero no hallaron ni rastro del perro. Fatty se figuró que había encontrado el camino de regreso a la casa de Ern y que se dirigía hacia allí.

Como era ya hora de merendar, decidieron ir a una churrería a tomar algunos buñuelos. A «Buster» no le iba mal la cosa; sabía que ello siempre significaba que alguna golosina caería para él.

En el momento de llegar a la buñolería se oyó un débil lamento, muy débil y patético a la vez. Parecía venir de un cercado con seto existente a dos pasos de allí. «Buster» saltó inmediatamente a la descubierta, se deslizó a través del seto y al instante dio un alarido estentóreo.

—¡«Buster»! ¿Qué te pasa? ¡Ven aquí! —le chilló Fatty.

Inmediatamente apareció «Buster» seguido de otro perro que muy contento iba detrás suyo. ¡Era «Bingo»!

¡¡¡«BINGO»!!!, chillaron todos a la vez al reconocer al animal. Y

«Bingo», meneando su larga cola, fue hacia ellos con aire suplicante y temeroso, arrastrándose hasta tocarle la barriga al suelo.

—¡Pobre «Bingo»! —exclamó la sensible Bets con su dulce voz.

Al momento el perro saltó sobre ella y se arrimó a la niña, dando un suave lamento que resultó cómico. Meneaba la cola con tanta furia que golpeaba las piernas de Bets sin que la chiquilla se quejara, antes al contrario, le pasó las manos por la espalda, loca de contento.

—¡Te aseguro que tienes algo de gracioso, te lo digo yo! —exclamó Fatty examinándole cuidadosamente—. ¡Qué cola! ¡Es una lástima que las patas no le hagan juego! Pero, palabra que tienes unos ojos tan brillantes que te conquistan en seguida buenos amigos.

Efectivamente, «Bingo» tenía unos ojos vivos y fulgurantes, de mirada franca y fiel, y una lengua dispuesta siempre a lamer las manos de sus amigos. El grupo de los cinco reconoció en pleno que Ern había estado de suerte con la adquisición de «Bingo».

—«Buster», ¿qué te parece el amigo «Bingo»? —le chilló Fatty, viendo a su perro de pie, vigilándolo todo con ojos centelleantes y meneando la cola acompasadamente.



—¡Guauu! —ladró «Buster» yendo derecho hacia «Bingo». Acercó su hocico al de «Bingo» y ambos se husmearon mutuamente. Luego «Buster» empezó a saltar alrededor de «Bingo», que le ladraba alegremente; poco después uno y otro se mordisqueaban y derribaban, jugando por la calle como unos locos.

—«Buster» le está dando su visto bueno —dijo Larry—. Y yo le

doy también mi beneplácito. Es un poco grotesco ese perro, en realidad, un verdadero juguete.

Y cambiando de conversación, preguntó:

—¿No íbamos a merendar a la churrería? Pues ¿qué esperamos? Pero, por favor, Fatty, no comas más de seis buñuelos, si no luego no vas a poder salir por la puerta.

Entraron todos en pelotón en busca de la mesa preferida en torno a la cual se sentaron. Fatty, como siempre, tenía bastante dinerillo, lo que significaba una buena ración para cada uno.

Estaban ya a media merienda cuando se abrió violentamente la puerta empujada por los dos perros, que entraron correteando y jadeantes con la boca abierta como si se estuvieran riendo.

—«Buster», ve a cerrar la puerta —le dijo Fatty, muy severo—. ¿Te has olvidado de tus buenos modales? «Bingo», haz el favor de fijarte que las puertas se deben cerrar después que uno ha entrado y que no han de dejarse abiertas al salir.

—¡Guauu! —ladró «Bingo», que había torcido la cabeza acercando el oído para percibir mejor. De pronto salió tras de «Buster» y le ayudó a cerrar la puerta, empujando con el hocico y las dos patas.

—¡Ya eres uno de los nuestros! —exclamó Larry—. Empiezas a gustarme, simpático «Bingo». Ahora, siéntate. ¡«Buster», enséñale cómo debe sentarse! ¡Cielos, mira esto, Fatty! Los dos sentados, el uno al lado del otro. ¡Esto es muy chocante! ¡Vamos a tener una buena diversión con este «Bingo»!

Capítulo IV

El señor Goon pierde los estribos

Ern había estado muy atareado mientras sus amigos se habían ido al pueblo en busca de «Bingo». Su tío, el señor Goon, estaba del peor humor. Lo estaba siempre que se tropezaba con Fatty, que le era terriblemente antipático.

—¡Ese gordinflón! —dijo a Ern—. ¡No me fío de él ni un pelo! Nunca lo hice. Es una lástima que se empeñe en hacer tanta estupidez, pues no puede negarse que es realmente un chico muy listo.

—¿Que Fatty hace estupideces? —dijo Ern poniendo varias patatas en una escudilla para pelarlas—. ¿Cómo puede hacerlas si tiene una cabeza clarísima hasta la maravilla? Debería usted oírle razonar, ¡repato!, y vería que domina, y bastante bien, cuantas materias salen a conversación.

—Seré yo quien te «repatee» si es que te entretienes demasiado con esas patatas —dijo el señor Goon—. Ese gordinflón es un intrigante; sí, ésta es la palabra: un intrigante.

—¿Qué significa intrigante? —preguntó Ern—. ¿Algo que tiene que ver con «trificante»? Las dos palabras suenan por el estilo.

—No sé si es que te haces el tonto o si verdaderamente lo eres —le increpó el señor Goon—. Pero lo que si sé muy bien es que pronto te voy a dar un buen tirón de orejas.

—Como me dé un tirón de orejas, le aseguro que mi perro le morderá sin contemplaciones —le chilló el sobrino casi sin saber ya qué hacer—. ¡Y no se acerque más, tío, si no quiere que le tire a la cara esta escudilla de patatas!

Ern tenía un aspecto tan furioso, que Goon se retrajo

rápidamente.

—Bueno, bueno —le dijo—, no te tomes las cosas tan en serio. Está visto que no sabes seguir una broma.

—Depende de quien la hace —le contestó el muchacho dándose cuenta de que su tío se batía en retirada. Pero pronto sus ánimos decayeron de nuevo al acordarse de su perro. ¿Dónde estaba el simpático «Bingo»? ¿Se habría perdido para siempre? Sollozaba mientras iba pelando las patatas y al recordar que cuando estaban en casa «Bingo» corría a darle la bienvenida, cada vez que regresaba de la escuela, saltóle una lágrima, y quedó entre las patatas.

«¡Cabezota! Esto es lo que me diría Fatty que soy —pensó Ern—. Pero esta vez no tendría razón, porque los perros tienen algo que le subyugan a uno; sobre todo cuando el perro es tuyo».

El señor Goon salió en dirección al puesto de policía, con sus botas resplandecientes, su salacot bien cepillado, así como su uniforme. Todo ello obra de Ern, y el buen chico, sin guardarle ningún rencor, se lo miraba con un cierto orgullo.

Tan pronto como su tío estuvo a una respetable distancia de la casa pensó Ern que podía salir a la calle a silbar a «Bingo» para que regresara. Quizá no estaba muy lejos y podría oírle, en cuyo caso regresaría corriendo.

Sin pensarlo más se puso a silbar, llamando a su perro. El muchacho tenía un silbido agudo y estridente que parecía un pito de alarma. Todos cuantos le oyeron se sobresaltaron sorprendidos. Ern permaneció algunos minutos en la puerta del jardín silbando con la esperanza de que «Bingo» le oyera. Pero «Bingo» no venía; en cambio, se abrieron muchas puertas y ventanas y la gente se asomó intrigada por saber qué era lo que sucedía. Muchos pensaron que quizá fuera Goon que hacía sonar su pito de policía en demanda de ayuda.

Un pequeño llegó jadeante a la puerta y dijo a Ern:

—¿Necesitáis alguna ayuda? Hemos oído el pito de la policía.

—¡Quita allá! ¿No oyes que estoy llamando a mi perro para que venga? —le dijo Ern, extrañado.

Y viendo que la gente estaba mirando a través de las ventanas y de las puertas, se apresuró a meterse en casa.

«Ahora son capaces de ir con el cuento a mi tío, de que estaba

silbando con el pito de la policía —pensó desesperado—. ¡Repato! ¡Vaya día! ¡Cuánto mejor no estaría en mi casa, con sarampión y todo!».

A eso de las cinco y media de la tarde, el señor Goon regresó a ver si es que Ern había puesto la tetera al fuego y le había preparado algunas tostadas, tal y como le había encargado. Afortunadamente para Ern, todo estaba listo. El muchacho, muy triste, se sumió en la más profunda desesperación. Fatty no había regresado, ni «Buster», ni Bets y, desde luego, ni «Bingo». Ern no tenía ningunas ganas de merendar y no era una cosa extraordinaria en él.

—Esta tostada está quemada —gruñó el señor Goon.

—No lo está —le replicó Ern—. Está bien. Así es como le gustan a mamá.

—Y has puesto demasiado té —volvió a refunfuñar Goon después de destapar y fisgonear la tetera—. Pero como había cogido la tapadera con la mano, sé quemó y la soltó rápidamente, dejándola caer al suelo, donde se hizo mil pedazos. El policía se quedó mirando fija y duramente a Ern, como si fuera él quien la hubiera dejado caer.

Ern no pudo reprimir una risita convulsiva que hizo sonrojar a su tío.

—¡Recoge los pedazos! —le ordenó—. Y deja esas sonrisitas si no quieres pasarlo mal.

—Le aseguro a usted que no puedo. Estas sonrisas las tengo pegadas a los labios con alfileres —le contestó rápidamente con bastante descaro.

—¡¡¡Ern!!! —le chilló el policía con voz estentórea y levantándose de súbito.

El muchacho, asustado, se levantó también y salió corriendo en dirección a la puerta. Como una saeta bajó a la planta perseguido de cerca por su tío. Llegó al recibidor y, a toda velocidad, salió al jardín en dirección a la calle, siempre con su tío pisándole los talones. En este mismo momento entraba Fatty seguido de los perros y del resto de la pandilla.

En medio de esta zapatiesta, el señor Goon tropezó con los perros, perdió el equilibrio y cayó al suelo dándose un batacazo

mayúsculo. «Bingo» se deshizo pronto del embrollo y saltó sobre Ern a lamerle la cara y las manos.

Era tal el estupor de Ern que, con todo y abrir unos ojos como unas manzanas, no acertaba a ver nada de lo que pasaba a su alrededor. Sólo sabía que su querido perro estaba con él.

Por otro lado, «Buster», al ver a su eterno enemigo, el policía, por el suelo y a su merced, se lanzó al ataque lleno de júbilo. La escena era como para ser filmada, por lo divertida que resultaba para todo el mundo, menos para el pobre policía que se debatía en el suelo luchando contra el endiablado animal.

—¡¡¡Lárgate!!! —gruñó el pobre señor Goon forcejeando para librarse de «Buster»—. ¡Esto se lo contaré a tus padres, Federico Trotteville! ¡Quitadme este perro de encima! ¡Cualquier día os voy a encerrar en un calabozo a ti y a tu perro! ¡Márchate de aquí, bruto! ¡Verás en cuanto me levante! ¡Ern, ven a ayudarme!

Pero fue Fatty quien ayudó al pesado policía a levantarse del suelo, y mientras le sacudía el vestido para limpiarle el polvo, fue murmurando frases de disculpa, que no alcanzaban otro resultado que el de acabar de enfurecer al señor Goon.

—¡Mala suerte, señor Goon! —decía amistosamente Fatty—. ¿Es que tropezó usted con los perros? —Y al ver que el policía se disponía de nuevo a vociferar, le atajó—: Va usted a asustar a esas chicas si se pone a gritar. —Y volviéndose hacia su perro le chilló—: ¡«Buster»! ¡Estate quieto! ¡Estás sordo! ¡Se ha acabado tu bailoteo alrededor del señor Goon!

Y dirigiéndose de nuevo al policía, le preguntó:

—¿Se ha lastimado usted?

El señor Goon le miró otra vez con furor y mayormente porque vio que un grupo de curiosos se habían congregado frente a la puerta de su jardín y alguno de ellos se reía descaradamente de él. ¡Riéndose de la Ley! ¡Adonde se había llegado! Lo más majestuosamente que pudo se dirigió hacia la puerta, les miró con ceño y gritó:

—¿Qué hace toda esta gente? ¡Circulen! ¡¡¡Circulen!!! Están ustedes molestando, ¿no lo ven? ¡Circulen, circulen!

Fue muy poca la gente que se marchó y Fatty, que se daba cuenta del ridículo papel que hacía el policía, le dijo:

—Quizá si en lugar de gritar así se lo dice en otro tono le entenderán mejor. Déjeme que le ayude, señor Goon.

Y seguidamente, en tono enérgico y persuasivo, se dirigió a la multitud:

—¡¡¡Señores, despejen, por favor, aprisa, circulen!!! ¡Hagan el favor de circular!

Los curiosos, dominados por la actitud varonil y el tono firme de aquella voz, empezaron a desfilar ante el asombro del propio Fatty, que no podía imaginar que todo ello fuera una cosa tan sencilla. El señor Goon quedó más que asombrado, y no hay que decir, terriblemente irritado.

—¿Te figuras que estás ya actuando en las fuerzas de la policía?, ¿verdad? —le dijo furioso—. ¿Qué te parece si fueras tú el primero que «circulara» o «despejara»? Me da igual una cosa que otra. Es extraordinario, pero siempre que te hallas por estos parajes han de ocurrir cosas desagradables, señorito Trotteville. Sólo el verte a ti y a tu pandilla me pone malo. Y tú, Ern, entra en casa y lleva tu perro al cobertizo. Por su culpa he tropezado y me he caído. Puedes considerarlo como arrestado y encerrado en un calabozo, ¿entiendes? ¡Por tanto, permanecerá en el cobertizo de leña día y noche!

—¡Oh, no, tío! Esto sería una crueldad —le reconvino Ern, contrariado—. ¡Fatty, díselo tú! ¡Tiene que escucharte! ¡Usted no puede encerrar a un perro día y noche en un chamizo para guardar leña!

—¿Conque no, eh? Pues si no estás conforme, ¡lárgate de casa! —estalló el señor Goon, que ya había perdido los estribos—. Uno tiene la amabilidad de aceptaros en casa a ti y a ese perro salvaje, y éste es tu agradecimiento. ¡Vete a tu casa y coge allí el sarampión!

Ern no sabía lo que hacer, pero Fatty lo sabía muy bien, y susurró algunas palabras al oído de su amigo que le hicieron cambiar el semblante hasta llegar a sonreír. Ern cogió las manos de su amigo que estrechó fuertemente entre las suyas diciéndole calurosamente:

—Tú sí que eres un amigo; un verdadero amigo. Voy a recoger mis cosas en un momento. ¿Quieres cuidar de «Bingo» hasta que yo regrese? Ya ves lo enfadado que está mi tío. Sería capaz de

maltratarle.

Bets y Daisy se habían asustado mucho con todo este trastorno, pero, en cambio, a Pip y Larry les divirtió lo que había ocurrido.

Por su parte Fatty no dejaba de sentir lástima por el pobre señor Goon, que era incapaz de atemperarse y de conservar la calma cuando más lo necesitaba, es decir, cuando las cosas se le ponían en contra.

Fatty estaba seguro que al policía le sabría mal lo ocurrido y que se echaría todas las culpas encima cuando, ya más calmado, ponderara los hechos. «Esto es lo peor de los temperamentos vehementes e irreflexivos —se decía el muchacho—, obran disparatada y precipitadamente y luego tienen que arrepentirse cuando, a veces, es demasiado tarde».

Mientras tanto, Ern había entrado en casa de su tío, pero no estuvo allí más que unos pocos minutos. Salió seguidamente con su cara redonda y radiante de alegría llevando un saquito de lona con todo su equipaje. «Bingo» saltaba alegremente a su alrededor.

—Pero ¿a dónde vas? —le preguntó Bets, sorprendida—. ¡No puedes ir a tu casa si es que allí hay sarampión!

Acto seguido se dirigieron todos hacia la puerta del jardín dejando solo al señor Goon, que los miraba fijamente y empezaba a lamentarse de haber perdido los estribos una vez más.

—¡Ern, ven aquí! —exclamó—. ¡Ven aquí a disculparte y te dejaré quedar!

—¡Lo siento, tío! —contestó Ern—. No me puedo quedar donde no me quieren o donde mi perro esté condenado a estar encerrado noche y día. ¡Lo siento, tío!

—¿A dónde va Ern? —preguntó Pip a Fatty.

—Viene a vivir en mi cuarto de trabajo o sea en el cobertizo de mi jardín hasta que su familia esté libre del sarampión —contestó Fatty—. Y «Bingo» también. Será conveniente para «Buster» el tener buena compañía. El cobertizo es acogedor y puede caldearse con la estufa que hay allí. Además, le puedo instalar una cama de campaña. Ahora bien, nadie lo debe saber, ¿comprendéis? De manera que todos vosotros debéis guardar absoluto silencio en relación con este asunto. Ern es nuestro amigo y tenemos que ayudarle.

—¡Oh, Fatty! ¡Qué bueno eres! Tú siempre cavilando para encontrar una solución satisfactoria cuando las cosas se tuercen —dijo Bets apretando el brazo de Fatty—. ¿Estás contento, Ern?

—¿Contento? Me siento como una cola con dos perros —contestó Ern viendo cómo «Buster» y «Bingo» correteaban juntos alegres y amicalmente—. Pero ¡qué tonto soy! Quería decir, me siento como un perro con dos colas. ¡Repato! Al pensar que voy a vivir en tu cobertizo, en tu cuarto de trabajo, Fatty, me siento orgulloso de ser tu huésped. ¡De veras que me honras con ello! Eres un amigo de verdad. ¡Sí que lo eres! Y no sé decirte otra cosa, ¡ya ves!

—Esto es lo mejor que una persona puede decir de otra —contestóle Fatty con una de sus muecas burlonas y dándole un buen manotazo en sus espaldas—. ¡Apuesto cualquier cosa que algún día voy a decir lo mismo de ti, Ern!

Ern aparecía resplandeciente. Miraba muy agradecido al puñado de amigos que iban junto a él. «Sí —pensaba—, esto es lo mejor que puede ocurrir a cualquiera: “Tener amigos”, tanto si son bípedos como cuadrúpedos. Y, por otra parte, ser uno amigo de alguien, también debe de ser una buena cosa, y, hasta quizá mejor. Algún día se lo preguntaré a Fatty. ¡Seguro que él lo sabe!».

Capítulo V

Fatty es en realidad un gran amigo

El grupo de muchachos se dirigió hacia la puerta trasera del jardín de casa de Fatty y entraron atropelladamente en el cobertizo que él tenía transformado en su cuarto de trabajo. Los dos perros correteaban juntos muy amigablemente. «Bingo» de vez en cuando lamía los hocicos de «Buster» y movía la cola continua e incansablemente.

—Te voy a cortar la cola si no eres más cuidadoso, «Bingo» —le había dicho Ern, mientras iban por el sendero del jardín, casi en fila, porque «Bingo» iba golpeando con su cola las piernas de los que acertaban a estar a su lado. Bets, a quien ya le había pasado el susto de lo ocurrido en casa del señor Goon, ahora estaba contenta y satisfecha, de que Ern se hubiera marchado del lado de su tío, el grosero señor Goon. Sería, además, muy divertido el tener al chico en sus reuniones.

Cuando entraron en el cuarto, estaba suavemente caldeado, gracias a un dorado sol poniente que entraba por la ventana.

—Perfectamente, ya estamos aquí una vez más —dijo Fatty—. Saca los caramelos, Bets. Están en el armario. Yo ahora, voy a casa a ver si encuentro una cama de campaña o bien algún colchón sobrante.

Dicho esto desapareció y Bets fue en busca de los caramelos. Era cosa bien sabida que Fatty siempre tenía algo para masticar, chupar o beber. ¡Qué bueno el simpático Fatty; mira que haber pensado en alojar a Ern!

Fatty, ya en la casa, estaba de pleno a la busca de una cama de campaña cuando apareció su madre, que se quedó sorprendida al

verle en el cuarto de los trastos viejos.

—¿Pero qué es lo que buscas aquí? —preguntó.

—Pues… verás… estaba mirando si es que había por aquí alguna cama de campaña —le contestó.

—¿Una cama de campaña? ¿Y para qué? —volvió a preguntar su madre—. Mira, no voy a permitirte que vayas a dormir al jardín. El tiempo es fresco todavía y te vas a morir de frío.

—No, mamá querida, no pienso hacerlo por ahora —le contestó el muchacho—. Me gusta demasiado mi cama, tan calentita, para ir al jardín a temblequear toda la noche en compañía de escarabajos, sapos y hormigas que se paseen por encima de mi cama. Solamente estaba curioseando si es que en realidad tenemos una cama de campaña. Eso es todo.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó su madre—. ¡A ver, mírame a la cara! ¿A qué viene, tan de repente, esa idea de una cama de campaña?

—Querida mamaíta, tú eres demasiado curiosa —le dijo Fatty cogiéndole las manos—. ¿Por qué no tienes confianza en mí? Te aseguro que no la quiero para dormir en el jardín; ni tampoco la quiero para vender; ni siquiera para sacarla de nuestra casa. Solamente quiero prestarla a alguien que la necesita y me asusta el que te enteres del porqué necesito prestarlo. Verás, alguien puede preguntarte sobre ello y, al saberlo, estás obligada a contestar y esto puede perjudicar a una tercera persona. ¡Por favor, ten confianza en mí, mamá! Créeme que, como un Boy Scout, todo esto lo hago porque es una «Buena Acción».

—No he conocido nadie en la vida que sepa sonsacarme las cosas como tú lo haces, Federico —le dijo su madre, empezando ya a sonreír—. Bien, pues no te pregunto más. Confío en ti como he hecho siempre, querido. Encontrarás una cama de campaña en el armario que hay debajo de las escaleras.

—¡Oh, mamá, qué buena eres! ¡Tú serás siempre lo sublime en esta casa! —le dijo Fatty, a la vez que le daba un beso en la mejilla que chasqueó con fuerza. Fue luego al armario que le había indicado y encontró la cama de campaña que necesitaba. A toda prisa la llevó al cobertizo, procurando no ser visto y Larry le ayudó a entrarla.

—¿Has tenido algún inconveniente para sacarla? —le preguntó—. Yo siempre tengo que dar grandes explicaciones cuando quiero disponer de alguna cosa por el estilo de ésta.

—No. Afortunadamente mi madre tiene tanta confianza en mí, como yo tengo en ella —contestó Fatty mientras iba montando la cama con la ayuda de Larry y Ern—. ¡No hay nada mejor que la confianza entre familiares! ¡Y lo recomiendo a todo el mundo!

Ern se quedó mirando al amigo, quien algunas veces decía frases que a él le parecían confusas, pero le gustaba recordarlos porque analizadas eran, en verdad, profundas. ¡Nada mejor que la confianza entre familiares! Esto significaba que entre los familiares, todos y cada uno debe de confiar en los demás. Este pensamiento debía meditarse y decidió que lo haría en cuanto se metiera en la cama, que ya estaba dispuesta en un rincón.

—¡Repato! —exclamó—. ¡Esto es un milagro! Yo durmiendo aquí disfrutando de todas las comodidades y mi tío sin saber ni una palabra de todo ello. No sé cómo agradecértelo, Fatty; no lo sé.

—¡Bien está! —le contestó Fatty amigablemente y cambió en seguida de conversación, dirigiéndose a Bets para preguntarle—: ¿Has encontrado los caramelos? Ah, sí, ya lo veo. Esos bultos que tenéis Pip y tú en las mejillas os delatan.

—Oye, Fatty, ¿no podríamos hacer algo nosotros para ayudar a Ern? —le preguntó Bets—. Podemos traerle comida o algo por el estilo. La cocinera, con toda seguridad nos daría algún bocadillo y quizás algún guiso completo.

—Sí, ya lo creo. Soy de la opinión de que cada uno de nosotros traiga lo que buenamente pueda, pero sobre todo sin que nadie pueda sospechar para quién es —dijo Fatty—. Y tú, Ern, harías muy bien en mandar una postal a tu madre diciéndole que te encuentras bien, que estás contento o algo por el estilo, pues se puede dar el caso de que tu tío le diga que te ha despedido y te ha mandado a casa. Aunque no estoy muy seguro de que lo haga. Me imagino que él se cree que has regresado a tu casa y que habrás contado a tu madre todo lo que te haya venido en gana, acerca de los malos tratos que te ha dado.

—Me parece que me voy a divertir —dijo Ern saltando alegremente sobre la cama—. Pero quisiera hacer algo útil para

alguno de vosotros. Para ti, Bets, por ejemplo. Realmente estaría muy contento de poder hacer algo de provecho. ¡Lo digo de veras!

—No te preocupes que ya tendrás ocasión de hacer alguna cosa. Cualquier día se puede presentar el momento —le dijo Fatty para zanjar la conversación y cambiar de tema.

—¿Qué os parece si jugáramos a alguna cosa? O si os parece mejor, podríamos pensar en cuáles han de ser las primeras expediciones a realizar y ya empezaríamos esta misma semana.

—¡Hombre!, esto suena bien: «las primeras expediciones» —dijo Pip, con gran énfasis y continuó—: No creéis que sería estupendo el poder decir: ¿Qué os parece el irnos a una exploración por el Sáhara? O bien, ¿no creéis que sería interesante una navegación por el Nilo y contar el número de cocodrilos que se paseen por sus orillas?

Todos rieron con la ocurrencia de Pip y Fatty les propuso poner a votación la primera visita a efectuar. Y cogiendo las listas que habían hecho los padres de Pip y de Larry a las que él había añadido algunas anotaciones, les dijo:

—Vamos a pasar a votación el sitio que vamos a visitar en primer lugar. Después podemos ir a los restantes por el orden que más nos interese.

Dicho esto leyó las listas en voz alta y les advirtió:

—Ahora escuchadme bien. Vosotros escogéis solamente dos de estos lugares que están sobre la lista, lo escribís en los papeles que os daré, los dobláis bien por la mitad y los dejáis sobre la mesa. Después veremos cuál es el lugar preferido por la mayoría de nosotros.

Inmediatamente se pusieron manos a la obra y la ingenua Bets preguntó si «duende» debía escribirse con mayúscula o no, con lo que puso de manifiesto cuál era uno de sus lugares preferidos.

Una vez hubieron dejado todas las papeletas sobre la mesa, Fatty las recogió a su vez e hizo el recuento.

—Pues bien, hay dos lugares que la mayoría de nosotros desea visitar —dijo Fatty—. «Las Antiguas Grutas de las Aguas» en Chillerbing y «El Torreón de la Colina del Duende». Y me extraña que tú, Bets, hayas votado por el Torreón del Duende. ¿No te asustan tanto los duendes, gimiendo en la oscuridad de la noche?

—¡Oh! He escogido el Torreón porque tú dijiste que allí habían expuesto unas magníficas pinturas sobre temas marítimos —le contestó Bets—, pero no iré si me entero de que por allí todavía andan sueltos duendes y brujas sollozando y prediciendo horribles calamidades. ¡Me horrorizan todas esas cosas!

—Pero, querida Bets, los duendes y las brujas no son personajes reales, sino solamente personajes de los «Cuentos de Hadas» —le dijo Fatty viendo que Bets ponía cara de asustada—. No vamos a ver ni a oír a un solo duende, sino únicamente una magnífica colección de pinturas marinas que están expuestas en ese Torreón. Según me han dicho, hay algunas de ellas que son tan grandes que llegan desde el suelo hasta el techo. Están tan bien pintadas que nos va a dar mareo si es que nos extasiamos mirándolas demasiado tiempo seguido. Igual que si estuviéramos en una barca.

—Pues yo me llevaré algunas pastillas contra el mareo —dijo Bets muy convencida—. En casa creo que encontraré algunas.

Todo el mundo rio la ocurrencia de Bets y Fatty le dijo cariñoso:

—Está visto que cuanto te digo te ha de inquietar. Pero… ¡Mirad a ese par de perros!

Se volvieron todos y vieron que «Buster» y «Bingo» estaban los dos metidos en el cesto que servía de cama de «Buster», durmiendo a pierna suelta con las patas entrelazadas para poder caber los dos, en la reducida cama de «Buster».

Tal era el espectáculo que Larry dijo:

—¡Cómo se habrán metido ahí dentro! ¡Esto se lo explicas a quien no lo haya visto y no te cree!

Pip al mirar a Fatty y a Ern que estaban tan embobados mirando a sus perros, no pudo menos que echarse a reír y exclamó:

—¡Mirad a Fatty y a Ern! ¿Habéis visto alguna vez miradas tan tiernas como las suyas a no ser que se trate de verdaderos aficionados a los perros?

—Sí, señor, en tu misma cara y el día de tu cumpleaños, cuando la abuelita te regaló aquellos dos conejitos blancos —dijo Bets al momento—. Te los mirabas de la misma manera que nuestra tía Sus, miraba a sus dos gemelos cuando duermen. ¡Completamente embobado!

Esto hizo sonrojar a Pip y más al ver que todos se reían de la

ocurrencia de la niña.

—¡Mira qué lista se nos está volviendo la pequeña Bets! —exclamó Fatty—. Pero volvamos al asunto de la votación. Mirad, de cinco votos en total, cuatro son para el Torreón del Duende, por lo tanto no hay duda alguna y hemos de ir allí primeramente. Para el segundo puesto, de cinco votos también, tres lo han sido para las Grutas de las Aguas; de forma que ya tenemos decididas nuestras dos primeras expediciones.

—Yo también he votado por el Torreón del Duende —dijo Ern a Bets—. Estoy loco por los asuntos del mar, tanto que cuando sea mayor quiero ser marino de guerra y por eso he votado por el punto donde se exponen estas extraordinarias marinas. No te preocupes de los duendes. En el momento que vea uno le voy a silbar de manera tal que va salir por la ventana, tan asustado, que no tendrá ganas de volver nunca más.

Dicho esto Ern se puso los dos dedos en la boca, apretó las mejillas y de repente dio un silbido largo y terriblemente penetrante, que hizo saltar a todos los chicos y no digamos a los perros, que salieron disparados del cesto como por obra de un resorte.

«Buster» ladraba, «Bingo» aullaba y los dos se revolvían por todo el cuarto en busca de los imaginarios enemigos que habían silbado de aquella manera. Ern estaba desconsolado al ver la conmoción que había causado su silbido. Fatty le miró en tono de reconvención.

—¡¡¡Ern!!! ¡Te has propuesto que vengan todos los policías de la vecindad! Este silbido que haces suena «exactamente» igual al pito de la policía. Pronto tendrás a mis padres aquí para ver lo que ha sucedido.

—¡Repato! —murmuró Ern tratando de dar caza a «Bingo» que corría como un loco husmeando de un lado para otro.

Fatty oyó una voz que venía del exterior y murmuró:

—¡Viene alguien! ¡Apagad las luces! Bets, date prisa. ¡El interruptor está detrás de ti! ¡Cállate, «Buster»! ¡Pareces tonto; no ladres más! Ahora no hagáis ningún ruido. Sentémonos en la oscuridad y esperemos que a nadie se le ocurra venir a ver qué es lo que estamos haciendo aquí. ¡Siiiiiiiii!

En el cobertizo, el silencio era absoluto a excepción de la fuerte respiración del asustado Ern, que ya se veía descubierto por su tío y llevado de nuevo a casa. Pensaba también, que había sido una mala idea el enseñar a Bets cómo se ahuyentaba a un duende.

Habrían pasado ya unos cinco minutos sin que se oyera ningún ruido sospechoso y Fatty, sintiéndose ya más seguro, encendió de nuevo la luz. Apenas hecho esto se oyó el sonido del batintín que le llamaba para cenar.

—¡Va! Esta llamada es para la cena. Ya se ha pasado la tarde. Tengo que marcharme; y vosotros también porque en vuestras casas os esperarán, Pip.

—Nosotros también hemos de marcharnos —dijo Larry cogiendo del brazo a su hermana Daisy—. Afortunadamente para nosotros, nuestros padres, hoy no cenan en casa. Solamente la cocinera se va a enterar de nuestro retraso. ¡Buenas noches a todos! ¡Descansar! Hasta pronto, Ern. ¡«Bingo», no hagas el loco!

—¡Huuuullll! —gruñó «Bingo» al oír su nombre, y acompañó a todo el grupo hasta la puerta meneando la cola a todo tren. Los dos perros se despidieron entre sí husmeándose los hocicos y «Buster» salió con Fatty correteando por el jardín.

Ern se quedó solo en el cobertizo, donde reinaba el silencio más absoluto. Pero, pasada ya una media hora, se sobresaltó al oír a «Bingo» gruñir solapadamente, y su sobresalto pasó a verdadero temor al oír unos pasos que se acercaban cautelosamente. El corazón le latía a ritmo acelerado. ¿Y si fuera su tío que venía a buscarle? Pero ¿cómo podía saber dónde se encontraba? La puerta se abrió y la estancia quedó alumbrada por la luz de una linterna. Ern se estremeció y se puso a temblar atemorizado. Deslumbrado por el haz de la luz no veía nada.



—¡Ern! Soy yo. Soy Fatty. He venido a traerte alguna cosa para que cenes y a decirte que aquí, en el cajón de la mesa, encontrarás otra lámpara como ésta para que te alumbres mientras comes o bien por si quieres leer un rato. Yo no podré venir de nuevo esta noche; por tanto, muy buenas noches. A descansar. Ya te traeré algo para almorzar mañana temprano.

—¡Oh, gracias! Eres extraordinario —le dijo Ern muy agradecido por tantos favores, y cogió de manos de Fatty la bandeja en que le traía la cena.

—Oye, «Bingo», aquí tienes este hueso que te manda «Buster» —dijo Fatty dándole una papeleta en la que lo traía envuelto—. Bueno, Ern, hasta mañana.

—Hasta mañana —le respondió muy agradecido por tanta atención.

Así que Fatty hubo salido, Ern se sentó para comerse un buen plato de pescado frito con puré de patatas y un poco de verdura. Dio el hueso a «Bingo» que empezó a mascarlo, haciendo tanto ruido que Ern estaba seguro de que se le oiría de cuatro leguas a la redonda.

—¡«Bingo», mi viejo amigo, has disfrutado con este hueso! —le dijo Ern en cuanto hubo terminado de comerlo y él ya desvestido se disponía a acostarse y arroparse con una manta de viaje que Fatty le había proporcionado—. ¡Ven aquí, sube a la cama y ponte también debajo de la manta! Así nos calentaremos mejor. ¡Muy bien! Pero, acércate más. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Ern y «Bingo»! Estáis por completo a salvo, aunque «alguien» os ha visto a hurtadillas a través de la ventana. ¡Pero no temáis porque es el único que sabe que estáis aquí! No os importe; soy el gato negro de vuestro vecino que al ver a «Bingo» me he asustado tanto que más que correr he volado a casa, poniéndome a salvo. ¡A dormir y bien apretaditos!

Capítulo VI

Hacia la Colina del Duende

Ern pasó una noche sin preocupaciones, pero, sin embargo, no pudo pegar un ojo. «Bingo» la pasó imaginando oír ratas alrededor del barracón donde querían entrar y por esto el perro salía del saco de dormir y olfateaba todos los rincones moviendo su larga cola, demostración evidente de su excitación. Como esta operación se efectuó infinidad de veces, el pobre Ern por fin le respondió:

—¡«Bingo», prefiero que las ratas me coman los dedos de los pies antes que aguantarte toda la noche saltando sobre mi estómago! ¡Por el amor de Dios, ven aquí y túmbate!

El perro, un tanto cansado, obedeció a su amo y se acurrucó dentro del saco, quedándose dormido; el muchacho puso su brazo encima del animal y también se quedó dormido como un tronco hasta la mañana siguiente.

Le despertó el ruido suave de una llamada furtiva en la puerta y saliendo del saco de dormir, corrió a abrirla encontrándose con Fatty (el querido amigo Fatty), que llevaba los bolsillos repletos, ¡casi a punto de reventar! «Buster» iba con él e inmediatamente fue a olfatearse con «Bingo».

—¡Hola, Ern! —saludó Fatty entrando rápidamente al tiempo que cubría la salida para impedir que se escapara el travieso «Bingo».

—¡Buenos días! —contestó su compañero.

—Tienes que andar con cuidado, el jardinero anda por ahí esta mañana y es mejor que no te vea aquí dentro. ¡Se lo podría decir a Goon! —comentó Fatty.

—Estaré alerta —contestó el sobrino del policía.

Mientras tanto, Fatty se había sacado de uno de sus bolsillos un paquete mal envuelto y del otro algunas manzanas.

—Aquí tienes, Ern —ofreció el recién llegado—. Es todo lo que puedo hacer por el momento. No quise coger demasiadas cosas de la despensa no fuera a notarse, pero había muchos huevos, de manera que más vale esto que nada. ¿Qué tal, «Bingo»? ¿Se ha portado bien esta noche?

—A medias; ha estado rondando por ahí tratando de cazar ratones durante horas —contestó Ern, desenvolviendo el paquete que Fatty le había dado—. ¡Bocadillos de huevos duros, estupendo!, y ¡dos panecillos con mantequilla y miel! Gracias, Fatty.

—Encontrarás alguna naranjada en esta alacena —dijo Fatty—, y también un abridor. No me atreví a traerte la tetera, pues mamá habría empezado a hacerme preguntas, y hubiese sido muy difícil el contestar.

Ern empezó a comer «a dos carrillos» los bocadillos de huevo duro, escanciados con un vaso de naranjada. «Bingo» estaba sentado a sus pies esperando participar también del desayuno. «Buster» se fue hacia la segunda alacena y empezó a rascar con una pata; al ver esto Fatty se puso a reír de buena gana y dirigiéndose a Ern, dijo:

—Sabe que allí guardo un paquete de biscuits y quiere dar unos cuantos a «Bingo»; ¿no es así, «Buster»?

—¡Guau! —contestó «Buster» saltando alrededor de su amo, moviendo la cola. «Bingo» se había unido también al juego en cuanto oyó ¡la palabra biscuits!

Bien pronto los dos perros compartieron amigablemente un paquete de suculentos biscuits, comiéndolos con verdadera fruición.

«Buster» estaba contentísimo de tener con quién jugar; de repente empezó a correr a toda velocidad dando vueltas y más vueltas alrededor de la estancia ladrando al mismo tiempo como si de repente se hubiera vuelto loco. «Bingo», por un momento se quedó mirándole bastante sorprendido, pero después participó del juego armando ambos un ruido ensordecedor.

—¡«Bingo»! ¡Dios mío, ahora ha cogido el saco de dormir! —exclamó Ern—. Lo van a romper, ¡míralos, tirando cada uno por su lado! Fatty, tendrás que sacar a «Buster» de esta habitación. ¡Va a destrozarlo todo!

En aquel momento, alguien llamó a la puerta con mucho sigilo y los dos canes al oírlo abandonaron el juego, al mismo tiempo que se acercaron a la puerta ladrando.

—¡Entra! —gritó Fatty—. ¡Cuidado con los perros!

El recién llegado era la pequeña Bets, que traía un paquete de comida para Ern. Éste le dio un fuerte abrazo y abrió el paquete seguidamente. La muchacha había preparado unos bocadillos de compota de carne para su amigo y también había traído un par de panecillos.

—Cuando vuelva te traeré un bote de mermelada —dijo la niña —. ¡Oh, mira a «Bingo»!; está sentado y pidiendo comida. ¿Le enseñaste tú a hacer esto?

—No —contestó Ern, sorprendido—. Quizá fue «Buster». ¡Bueno, «Bingo», bueno!, deja de pedir ahora. Estos bocadillos son para mí.

—He traído una pelota para Bingo —dijo Bets, buscando en el bolsillo de su abrigo—. ¡Aquí, «Bingo», cógela!

El juego de pelota muy pronto se transformó en alboroto al entrar en el mismo «Buster». Las sillas empezaron a volar por los aires dejando la estancia con un aspecto verdaderamente desolador. Así estaban cuando la madre de Fatty entró.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó—. Llamé a Fatty, pero había tal ruido que nadie me oyó… ¿Ern, estás aquí ya? Eres muy madrugador. ¿Cómo está tu tío, el señor Goon?

La llegada inesperada de la señora Trotteville cogió desprevenido a Ern, el cual contestó con cortedad:

—Bien, pero tiene un poco de tos.

—¡Vaya por Dios! Espero que no haya tosido toda la noche, pobre hombre —replicó la madre de Fatty.

—No lo sé; no lo oí toser una sola vez —contestó el chico sin faltar a la verdad.

—Bets y tú habéis venido muy temprano hoy —dijo la señora Trotteville—. ¿Hay reunión o vais juntos de excursión?

—Sí, mamá, vamos a pasar el día fuera —intervino Fatty—. Nos marcharemos dentro de un rato; por cierto, mamá, ¿puedes preparar unos buenos bocadillos para Ern y para mí?

—Se lo diré al cocinero —contestó la madre de Fatty y salió al jardín marchando en dirección a la casa, devolviendo la

tranquilidad a los muchachos.

Fatty, frunciendo el ceño, dijo a «Buster»:

—Tus estúpidos ladridos y los de «Bingo» han hecho que mamá se acercara para ver qué pasaba. ¡Siéntate, y tú también! «Bingo», ¡siéntate!

«Buster» obedeció mirando a su amo con las orejas tiesas; «Bingo» también miró al muchacho y después de fijarse en «Buster» hizo otro tanto.

—¡Y ahora ni un solo ladrido más!, ¿te enteras? —dijo Fatty al perro.

—Parecen dos niños traviesos —dijo Bets, sonriéndose—. ¡Mira, «Bingo» te saca la lengua, Ern!

Efectivamente, el perro tenía la lengua fuera, respirando aceleradamente como consecuencia del jaleo organizado unos momentos antes, pero sus ojos tenían una expresión cariñosa al fijarse en Ern.

—¡Par de cabezotas! —dijo Ern, orgulloso de su perro—. Ahora estate quieto hasta que te ordene lo contrario.

—Mira —propuso Fatty—. Lo mejor será ir de excursión esta mañana, ya que hemos dicho esto. Bets, ve a recoger a Pip, Larry y Daisy. Diles que los esperamos aquí con sus bicicletas, bocadillos y bebidas, dentro de media hora.

—De acuerdo, Fatty —contestó Bets saliendo muy contenta—. ¡Una excursión todos juntos al Torreón del Duende! ¡Sería un día muy divertido!

A la media hora todos estaban listos. Pip llegó con Bets y Larry y Daisy, todos en sus bicicletas. La única dificultad que tenían era saber cómo podría recoger Ern su bicicleta, que se encontraba en el barracón de Goon.

—Mi tío estará en la comisaría en este momento —dijo Ern—. Podría acercarme y salir corriendo con ella.

—De acuerdo, pero ¡por el amor de Dios!, que no te coja —replicó Fatty.

Ern salió corriendo y no se detuvo en todo el camino hasta llegar a la casa de Goon. Abrió el cobertizo de madera y, por fortuna, encontró su bicicleta allí.

—Menos mal que mi tío no pensó en ello, pues de ser así,

hubiera cerrado con el candado este cobertizo —pensó el muchacho, saliendo con toda rapidez, sin dejar de vigilar por si aparecía Goon.

Pero felizmente para Ern su tío estaba muy ocupado en la Comisaría, cumpliendo las misiones de su cargo, tal y como sospechó en un principio.

Así, pues salieron todos de camino montados en sus respectivas bicicletas, muy alegres y contentos ante la perspectiva de pasar un día de campo en la Colina del Duende. Lucía un sol de primavera, que brillaba con sus mejores galas, los pájaros cantaban por doquier y el cielo era tan azul como en un día de verano.

—Presiento que tengo un momento de inspiración para componer una «posía» —comunicó a Bets, que pedaleaba a su lado.

—¡Poesía! —exclamó Bets—. ¡Oh, Ern, tú eres muy espabilado para hacer versos! ¡Recítamelos! ¿De qué se trata?

Al muchacho le gustaba componer lo que él llamaba «posía». Siguió pedaleando con la cabeza llena de ideas acordes con lo que iba viendo a su alrededor: amapolas en los campos, tomillo junto a la cuneta, nuevas hojas verdes en los espinos, vacas, pastos, arrullo de palomos…

—La verdad es que no la tengo totalmente terminada —se excusó el chico—, pero ya sé cómo lo voy a titular: «Cuu».

—¡Oh!, ¿es la canción que las tórtolas cantarán durante toda la primavera? —preguntó Bets—. ¡Recítala, Ern!

Éste, marchando en su bicicleta, empezó a declamar a voces la «posía» que tan de súbito había acudido a su mente.

Cuu, mira esas primorosas amapolas
que sonríen al viandante
Cuu, mira también estas tórtolas
siempre contentas y de buen semblante
Cuu, mira estas vacas en el campo

—¿Y qué? —preguntó Bets—. Continúa, Ern, es muy bonita.

—No consigo encontrar un final adecuado —contestó el muchacho de mal humor—. La peor dificultad que encuentro en «posía» es que la inspiración viene y se va cuando quiere. Ahora se

fue. Tal vez Fatty podrá añadirle un final.

—Se lo preguntaré cuando nos desayunemos —dijo Bets—. Mira aquella colina de allí arriba, ¿no es la del Duende?

—¡Cuu, vaya una montaña! —exclamó Ern como si empezara su verso nuevamente—. Tendremos que subir andando la mitad del camino. Yo empujaré tu bicicleta, Bets.

Efectivamente, tal como supuso Ern, aquella era la Colina del Duende, aunque más que una colina parecía una montaña; para llegara la cima debía seguirse una carretera que iba dando vueltas alrededor de la misma, la cual era muy empinada. Cuando llegaron al pie de la montaña una gruesa nube negra cubrió el sol que ya no volvió a brillar como lo había hecho hasta entonces.

—Supongo que este viejo edificio, justo en lo más alto de la colina, será el Torreón del Duende —comentó Bets—. ¡Vaya un lugar de aspecto más extraño!, no me hace mucha gracia y ahora todavía menos, rodeado de estos nubarrones negros.

—Yo pienso lo mismo —manifestó Ern, mientras iniciaban el ascenso lentamente—. La verdad es que tiene aspecto siniestro, incluso da la impresión de que inesperadamente ¡fuéramos a oír aullidos y lamentos! De prisa, Bets, temo que vaya a llover de un momento a otro.

En aquel momento la cuesta era tan pina que tuvieron que proseguir a pie, pues las chicas no podían continuar pedaleando.

—Dame la bicicleta, Bets, yo te la llevaré —se ofreció solícito Ern.

Fatty se había vuelto para ver si las muchachas tenían alguna dificultad y se sorprendió agradablemente cuando vio a Ern manejando la bicicleta de Bets. No cabía duda de que Ern, aunque a veces era rudo y tosco, tenía buenas maneras. Estaba pensando todas estas cosas cuando llamó a Daisy:

—¿Necesitas ayuda?

—No; estoy bien, gracias —contestó la chica jadeando—. ¡Espero que lleguemos arriba antes de que empiece a llover! Digo que este castillo da la impresión de ser muy misterioso, ¿no te parece, Fatty?

—Desde luego, ¡parece más una vieja fortaleza que otra cosa! —gritó Fatty—. Mira, hemos dejado a los dos perros muy atrás, pero

no importa, ya vendrán.

Por fin llegaron al triste caserón y dejaron las bicicletas en un local a propósito que hallaron para ello, y seguidamente marcharon hacia la puerta principal.

—¡Este es el camino que nos conduce al duende de los lamentos! —dijo Larry sonriendo maliciosamente a Daisy y Bets—. ¡Estad preparados a correr si queréis conservar el pellejo!

—¡Asno! —exclamó Fatty, al ver la cara de susto que tenía Bets —. ¡Quién te hará correr para salvar tu pellejo seré yo, si continúas diciendo tonterías, Larry! ¡Vamos!, tenemos que pagar entrada, de manera que ¡soltar la «pasta»!

Capítulo VII

El Torreón del Duende

—¿Cuánto vale la entrada, por favor? —preguntó Fatty.

—Un chelín cada uno —contestó el portero detrás de la puerta giratoria.

—¡Uf!, es mucho dinero para unos niños como nosotros —dijo Pip—. ¿No podemos entrar a mitad de precio?

—No —contestó el hombre rudamente mirando a los chicos por encima de sus gafas, con severidad.

—¿También pagan los perros? —sugirió Fatty.

—No, porque no se permite la entrada a estos animales —replicó el hombre—. De todas maneras no parece que ustedes traigan alguno.

—Tengo la impresión de que los hemos perdido —manifestó Fatty—. ¿Y… los gatos pagan? ¡Como veo uno en su despacho…!

—¿Y qué pasa con los caballos? —interfirió Larry, metiendo baza—. ¿Hay algún inconveniente con ellos o con una o dos ovejas?

—Ni caballos ni ovejas —protestó el hombre—. Y tampoco asnos impertinentes, de manera que mucho cuidado si queréis entrar.

—Es más listo de lo que parece —susurró Fatty a los otros una vez dentro—. ¿Compramos un catálogo? ¡Vaya edificio!

—¡Y qué vista! —exclamó Daisy asomada a una gran ventana, desde la cual se divisaba el campo hasta donde alcanzaba la vista—. ¡Puedes verlo todo en muchos kilómetros a la redonda!

—Fatty, ¡fíjate en este cuadro! —exclamó Bets—. ¡Es tan real que casi parece que va a oírse el murmullo de las olas!

Cruzaron la estancia haciendo resonar sus zapatos sobre el pavimento empedrado y se encaminaron al lugar donde se

encontraba el cuadro aludido, el cual representaba un mar embravecido con olas espumosas de grandes dimensiones.

—Da la impresión de que me van a salpicar estas olas cada vez que las miro —comentó Bets, casi amedrentada—. ¡Es magnífico! Compra el catálogo, Fatty, tengo deseos de saber qué dice sobre este lienzo.

Fatty volvió a la entrada principal, dio un chelín al portero, que le entregó un catálogo, tal y como le había pedido, sin mirarle siquiera.

«¡Vaya persona más grosera!», pensó el chico, volviendo a reunirse con sus compañeros, mientras iba ojeando el librito tratando de encontrar la descripción del cuadro que a Bets le gustaba.

—¿Cuál es el título? —preguntó la chica, impaciente.

—Se llama «Furia de la Tormenta» —contestó—. Además, añade que el autor es uno de los más famosos sobre temas del mar. ¿Creerías que este cuadro fue pintado hace más de cien años y todavía permanece tan claro y fresco como si lo hubieran terminado ayer?

En esto se oyó un ruido de pasos sobre el pavimento y seguidamente apareció un hombre que se situó en la pared opuesta a la de donde estaban nuestros amigos; dejó en el suelo un taburete, acomodó un caballete frente a un cuadro y colocando una tela sobre el mismo, inició las operaciones previas antes de disponer a trabajar.

Los chicos se acercaron llenos de curiosidad rodeando al pintor.

—¡Hola, muchachos! —exclamó el hombre que llevaba una larga melena y una blusa sucia de pintura—. ¿Rindiendo culto al arte pictórico de las marinas? Tened cuidado no tropecéis con el duende que se pasea una vez por semana acompañándose de fuertes alaridos y lamentos. Tal vez tendréis la oportunidad de oírle.

—No tengo ningún interés —cortó Bets—. De todas maneras no existe tal duende; sólo es imaginación.

Más ruidos de pasos cortaron la conversación y tres artistas más entraron en la nave, trayendo consigo sus caballetes que emplazaron delante de sendos cuadros. Fatty les observó con atención.

—¿Están copiando estos cuadros? —preguntó al hombre que estaba a su lado y que en aquel momento estaba mezclando colores en la paleta.

—Sí, todos pertenecemos a la Escuela de Arte —contestó el pintor—. Todos los que tienen cierta experiencia son enviados aquí con el fin de que reproduzcan pinturas y hagan prácticas. Después los vendemos bastante bien.

Bets miraba detenidamente el cuadro colocado sobre el caballete del pintor, que no le parecía muy bueno. Finalmente, no pudo contenerse y dijo señalando:

—Esta ola está mal pintada, le ha cambiado usted el color.

—De acuerdo, puedes transformarlo tú —replicó el hombre ofreciéndole un pincel de grandes dimensiones.

—¡Oh!, yo no sé hacerlo —dijo Bets, avergonzada.

—¿Veis aquel pintor de allí? —preguntó el hombre, señalando con el pincel—. Es el mejor de todos, pero no pertenece a nuestra Escuela. Echad un vistazo a su trabajo a veces creo que es mejor que el del original.

Todos fueron a mirar el cuadro del nuevo pintor, el cual reproducía una magnífica marina en la que el mar era muy azul y las olas rompían en el fondo del acantilado, saltando sobre las rocas. Verdaderamente el pintor estaba llevando a cabo una estupenda labor sobre la tela, pero al darse cuenta de que tenía unos pequeños espectadores, frunció el ceño.

—«Allez-vous en»! —dijo con un gruñido.

—Nos ha hablado en francés y quiere decir «que nos marchemos» —susurró Bets al sorprendido Ern—. Será mejor que le obedezcamos.

Pero Ern no se movió, al contrario, permaneció mirando fijamente el cuadro de la pared con cara de admiración y al mismo tiempo de temor diciendo:

—¡Pensar que alguien puede pintar un mar así, que parece de verdad, con una perfección tal que casi puede oírse el viento y el ronquido de las olas…!

—Despierta, Ern —interrumpió Larry—. A este paso si continúas mirando el cuadro ¡pedirás un bote salvavidas!

—¡Es magnífico! —exclamó el chico—. ¡Ojalá pudiera pintar así!

Si hubiera pintado este cuadro no haría otra cosa que estar sentado contemplándolo durante todo el día.

En aquel momento, el artista francés perdió la paciencia al suspirar profundamente Ern encima de su cogote. Se levantó como accionado por un resorte y pasó el pincel por la cara de Ern, con una mueca que asustó al muchacho.

—Vámonos, hemos hecho enfadar al artista —dijo Fatty viendo la cara alarmada de Bets—. Lo sentimos mucho, señor, pero de todas maneras, no había motivo para ensuciar la cara de mi amigo de esta manera. Vámonos, Ern. ¡Ern!

Pero Ern seguía mirando el cuadro de la pared totalmente absorto y frotándose al mismo tiempo con el brazo la pintura con que el pintor había embadurnado su cara. Larry se reía a carcajadas, pues Ern parecía un payaso. Fatty y él lo cogieron por los brazos y lo trasladaron al otro lado de la sala, donde había otras pinturas.

Lo cierto es que Bets y Ern hubieran pasado todo el día contemplando los cuadros. Parecía que para ellos dos, estas marinas irradiaban algo mágico que los demás no acertaban a comprender, por cuyo motivo, muy pronto los dejaron solos por su cuenta y continuaron la visita a otra sala.

En ésta había viejas armaduras colgadas en las paredes y armas antiguas en las vitrinas. Los cuatro se dedicaron a examinar éstas muy interesados. Fatty descolgó una lanza de la pared haciendo unas cuantas cabriolas con ella e imitando poses de los antiguos guerreros.

—No sé por qué no hacemos el «picnic» aquí —sugirió Larry, mirando a través de un ventanal—. Estas nubes negras amenazan lluvia; precisamente ya está lloviznando y no podremos pasar el día en el campo como habíamos proyectado. No ensuciaremos nada y los restos de la comida nos los llevaremos a casa.

—Apuesto cualquier cosa a que este gruñón de la puerta no nos permitirá quedarnos —dijo Fatty.

—¿Y a él qué le importa? —inquirió Larry—. Hemos pagado la entrada ¿no? Bueno, decidir lo que sea pronto, estoy hambriento. ¡Dios mío!, ¿ha sido esto un trueno?

Finalmente, los chicos decidieron quedarse en el Torreón del Duende para refugiarse de la lluvia y correr en espera de que se

pasara la tormenta. Ern no prestaba gran interés al almuerzo, no porque no sintiera apetito, sino porque ¡todavía estaba asombrado por los cuadros! La verdad era que casi no podía desviar la vista de ellos.

Se sentaron en la esquina de una de las grandes salas, detrás de una especie de sofá, de esta manera, si el conserje entraba en la sala no les veía y se evitarían el riesgo de que les sacara fuera.

—¿Dónde estarán los perros? —preguntó Larry, súbitamente—. Tendrían que haber llegado hace tiempo.

—Estarán cazando conejos en la colina, supongo —dijo Ern—. ¡A menos que el portero no les haya permitido entrar! Pero no importa, ya les encontraremos si no han regresado a casa.

—Algunos pintores se marchan ya —comentó Larry—. Les oigo recoger sus útiles de pintura y despedirse. ¿Y éstos que han entrado ahora, quiénes son? ¿Visitantes tal vez?

—Sí —contestó Fatty mirando por encima del brazo del sofá—. En realidad lo parecen son tres mujeres y un hombre, que se pasean sin dirección determinada, mirando cuadros y armaduras.

—No vale ni un chelín la entrada para ver todos estos trastos, además nunca me han gustado las marinas —dijo una de las mujeres.

Los recién llegados se sentaron en el sofà, detrás del cual estaban acurrucados nuestros amigos; empezaron a desenvolver los bocadillos y se dispusieron a almorzar.

—Y además, ¡qué tonterías cuentan sobre esos gritos lastimeros de los duendes! —exclamó el hombre—. Hemos tirado cuatro chelines. Hubiera pagado muy a gusto el chelín si hubiera oído, al menos, un lamento del duende, pero ¡jamás he creído en esas cosas!

Al oír esto, de repente, Fatty sintió unos deseos extraordinarios de hacer de duende, y tan pronto como surgió esta idea la llevó a cabo. Abrió la boca y soltó un impresionante alarido, mezcla de lamento y gruñido, largo y sonoro, ¡realmente tétrico!

—¡Eeee-oooo-ohhhhh-eeee-eeeeh-oooo!

El hombre y las tres mujeres saltaron del sofá como movidos por una fuerza oculta y una de ellas empezó a dar gritos histéricos. Luego, los cuatro salieron de la sala pisándose los talones con una velocidad de vértigo y dirigiéndose hacia la puerta principal, donde

estaba el portero.

Pero lo bueno era que no sólo los visitantes saltaron de terror, pues Larry, Daisy, Pip y Bets y Ern hicieron lo mismo al tiempo que el eco devolvía aquel aullido lastimero. No obstante, Larry se dio cuenta, casi en el acto, de que el autor de semejante alarido era Fatty, y por esto le dio un buen puñetazo al mismo tiempo que le reprendía.

—¡Cabezota! ¿A qué viene esto? ¡Por poco me muero de miedo! Fíjate: ¡la pobre Bets está temblando!

Fatty se reía, aunque también estaba un poco avergonzado y no acertaba a decir palabra. Poco a poco los demás hicieron coro al bromista y los seis acabaron riéndose mucho, si bien intentaron no ser demasiado ruidosos.

—¿Visteis qué cara pusieron? —murmuró Fatty—. Y me pregunto: ¿qué fuerza me impulsó a hacer esto? Lo siento de veras, pero fue superior a mí. ¡Con qué rapidez se escaparon! ¡Y qué expresión la de sus rostros! Perdonad que vuelva a reírme, pero las caras de esta gente eran un verdadero poema.

—¡No me extrañaría que alguno de los pintores hubiera huido también! —añadió frotándose los ojos—. Eres terrible Fatty, ¡siempre tramas algo! Y francamente, ha sido un lamento digno del mejor duende; no creo que sea capaz de mejorarlo ningún fantasma, yo creo.

Pero lo que Pip creía, no lo supieron nunca los demás, porque se oyó un ruido extraordinario que gradualmente iba en aumento, resonando en las paredes por el eco, que dejó aterrados a los chicos; Bets y Daisy se agarraron a los muchachos atemorizados. ¡Era este un lamento tan triste, tan fúnebre…!



—Fatty, esta vez no eres tú, ¿verdad? —tartamudeó Daisy—. Pero ¿qué es esto? No me gusta no me gusta; di que pare.

Pero el aullido continuó y continuó cada vez más lastimero y melancólico haciendo que los chicos, muertos de miedo, se amontonaran unos sobre otros, tal era su espanto.

Por fin ya no se oyó el lamento y todos respiraron aliviados.

—¡Vámonos de aquí! —dijo Larry—. No debes preocuparte, Bets, sería el eco procedente de la colina. ¡Ánimo, Fatty! Recoge el almuerzo que lo comeremos en otro lugar ¡Vámonos!

Capítulo VIII

Extraño descubrimiento

Fatty y sus amigos recogieron el almuerzo y abandonaron el escondite detrás del viejo sofá, dirigiéndose al vestíbulo, mientras todavía sentían flaquear sus piernas después del tremendo susto que se habían llevado. Cruzaron la nave, donde antes estuvieron los artistas sacando reproducciones de los cuadros más famosos, dándose cuenta de que todos ellos se habían marchado a excepción del pintor francés que estuvo copiando el cuadro que a Ern le obsesionaba.

En aquel momento, éste había dado por terminada su sesión y estaba enrollando cuidadosamente la tela al tiempo que silbaba la melodía de una famosa canción francesa. Por un momento se quedó muy sorprendido cuando vio a la pandilla cruzando la estancia, pero en seguida cambió de expresión y se le notó que le desagradaba aquella intromisión.

—De manera que no tenéis miedo de los duendes, ¿eh? —exclamó el extranjero—. ¡Sois valientes, valientes, valientes! Como veis, los otros pintores se han ido. «Ils avaient peur», son muy miedosos; en cambio yo no tengo miedo ni de los duendes ni de los… ¿cómo los llamáis…?, ¿«fantusmas»?

—Fantasmas —corrigió Fatty—. ¿De verdad no tuvo usted miedo?

—No. Sin embargo, hoy ocurrió algo fuera de lo normal. Se oyó un lamento del duende, pero antes le había procedido otro. ¿Supongo, «mes enfants», que vosotros no sabéis nada del primer duende?

Fatty notó que enrojecía por momentos, pero no quiso admitir

que tenía algo que ver con el mencionado lamento, pues la sonrisa sarcástica del francés le desagradaba en extremo. Así es que pensó que lo mejor era cambiar de conversación y lo intentó en seguida, al ver que el pintor ataba la tela que había enrollado momentos antes.

—¿Se marcha usted? —preguntó.

—Sólo hasta el pueblo en busca de mi coche y después ¡Vuelta a pintar, pintar! —contestó el aludido dando golpes en el hombro de nuestro amigo con la tela—. Y tú, ¿te quedas ahí con tus lamentos, lamentos, lamentos? ¡Ah, eres un chico travieso!

Y sin tomar en consideración la cara de pocos amigos que Fatty le ponía se dirigió a la salida saltando la valla que daba acceso a la calle, con tanta limpieza que parecía un verdadero acróbata.

—Se cree muy listo —gruñó Fatty, a quien no le gustaban los bromas del pintor—. Continúa lloviendo y por lo tanto no podremos comer en el campo; no tenemos más solución que quedarnos aquí con o sin duende. No pongas esta cara, Bets, ¡los duendes no se comen a nadie!

—El portero también se ha marchado —dijo Larry viendo la taquilla vacía junto a la puerta giratoria de hierro—. Seguramente habrá ido a comer. En fin, de todas maneras estamos seguros en este vestíbulo. ¡Vamos a comer algo y nos sentiremos mejor!

Se acercaron a una vieja mesa de roble rodeada de unas cuantas sillas también viejas y se sentaron; Fatty volvió a desempaquetar el interrumpido almuerzo y por esta vez los chicos le hicieron los honores, un poco sorprendidos de ver que estaban hambrientos después de todas las peripecias.

—Ern, recítale a Fatty tu poema —lanzó Bets de pronto al ver un papel que salía del bolsillo del muchacho; no dudaba que éste habría encontrado algún momento oportuno para escribir su «posía».

Todos lo contemplaron.

—¿Un poema? —preguntó Fatty, sorprendido—. ¿Has vuelto a interesarte por la poesía, Ern?

—Bueno… verás…, Fatty, sólo una «posía» vulgar, quiero decir poesía —se excusó—. La he titulado «Cuu».

—¡Ah! Entonces se referirá al canto de las palomas y de los tórtolos, ¿no? —inquirió Fatty.

—El caso es que exactamente no es esta clase de ¡cuu! —contestó Ern ansiosamente—. Se refiere, más bien, al «cuu-cuu» que empleo como exclamación cuando algo me sorprende. Este poema lo he escrito aquí y confieso que estoy inclinado a componer otro que tenga como tema principal el mar. Se me ha ocurrido después de ver estos cuadros.

—¡Eres admirable, Ern! —exclamó Fatty—. ¡Adelante! ¿Dónde tienes el poema?

—Todavía no lo he podido terminar —se excusó el muchacho, compungido—. Lo que me pierde es que de repente surge la inspiración y luego se me escapa de la misma manera que aparece, de forma que nunca encuentro un buen final.

—No importa, lee lo que tengas escrito —pidió suplicante Fatty.

El aspirante a poeta enrojeció de nuevo y empezó a leer su «posía» de carrerilla:

Cuu, mira esas primorosas amapolas
que sonríen al viandante.
Cuu, mira también a las tórtolas,
contentas y con buen semblante.
Cuu, mira estas vacas en el campo
y…

Ern se atascó y dirigió una mirada implorativa a Fatty para que éste le auxiliara, añadiendo:

—No acierto a encontrar el final, Fatty; me veo incapaz para ello.

—¡Oh! Claro que sí, sólo hay una terminación posible —comentó Fatty, continuando con la «posía»:

Cuu, mira a estas vacas en el campo
y los leones tan arrogantes de amarillo
que parecen realmente de trapo
y que por lo tanto no van de pillo.
Cuu, mira cómo corren los garbanzos
y…

Las risotadas de los demás impidieron que Fatty siguiera, cosa

que aprovechó para respirar después de la carrerilla y hacer coro a las risas de sus compañeros.

Los ojos de Ern expresaban la admiración que sentía por él.

—¿Cómo lo haces, Fatty? —preguntó—. Necesito años para escribir una línea y tú recitarías un día entero sin parar. ¡Cuu!, nunca hubiera conseguido esta estrofa: «Mira cómo corren los garbanzos»; es muy divertida, Fatty.

—Querido Ern, tus estrofas son poesías y las mías todo lo contrario —replicó el aludido, dándole unas cariñosas palmadas en la espalda—. Lo único malo que te ocurre es que empleas demasiadas veces la exclamación «Cuu», que no es buena palabra para la poesía, ¡a menos que sea recitada por una paloma!

—¡Eres fantástico! —exclamó Ern, acordándose de otro pasaje del verso de Fatty—: «Los leones tan arrogantes de amarillo». ¡Palabra, Fatty, eres un verdadero genio!

—Dejemos esto —cortó su amigo dándose perfecta cuenta de que lo que hacía no era otra cosa que un atentado contra la verdadera poesía. Podía recitar sin parar cosas ridículas, aunque divertidas, pero lo que no podía admitir es que alguien creyese que era capaz de componer algo digno de tenerse en cuenta.

—¿Habéis terminado de comer todos? —preguntó Larry recogiendo los papeles que habían servido de envoltorio para los bocadillos—. Hay una papelera allí.

—¿Qué habrá ocurrido con «Buster» y «Bingo»? —preguntó Pip de pronto—. Deberían estar aquí hace rato.

—Supongo que regresarían a casa al no poder alcanzarnos —opinó Fatty—. Probablemente habrán perdido nuestro rastro y no los veremos hasta que regresemos a casa. Espero que no hagan ningún estropicio.

Así conversaban cuando un aullido familiar les hizo levantar de su asiento. ¡Guau, guau!

—¡Repámpanos!, si parecen ellos —exclamó Ern extrañado—. ¿Dónde están? ¡No los veo por ningún sitio!

—¡Andan cerca de aquí! —dijo Fatty mitad sorprendido y mitad extrañado—, aunque los ladridos se oyen bastante apagados. ¡«Buster»!, ¡«Bingo»! ¿Dónde diablos estáis?

En un rincón del vestíbulo había una chimenea en la que no

ardía el fuego y de donde procedían unos ruidos como si rascaran sobre algo metálico.

En el centro de la chimenea había un caldero viejo de hierro forjado y, al parecer, los ladridos se oían precisamente debajo de aquél. Fatty arrastró el armatoste y dio un grito admirativo.

—¡Oh! ¿Qué hay aquí? ¡Mirad, una tapa de hierro! Me parece que los perros están debajo de ella. Bets, vete a ver si encuentras a alguien a quien pueda pedir permiso para levantar esta tapa.

Bets se dirigió hacia la puerta principal, donde debía estar el portero, y al no ver a nadie, regresó corriendo.

—No hay ni un alma. El portero no habrá vuelto de comer, como tampoco los pintores, aunque han dejado sus caballetes.

—De acuerdo, ¡entonces tendremos que hacer saltar esta tapa sin permiso! —exclamó Fatty—. Ayúdame, Ern.

Ahora se oía tal algarabía debajo del disimulado escondite ¡que en vez de dos perros daba la impresión de que había una jauría!

—¿Cómo habrán entrado aquí? —preguntó Larry, observando a Fatty y a Ern, que intentaban levantar la pesada aspillera de hierro —. No pueden haber entrado por aquí; por lo tanto, debe de haber algún otro camino, probablemente en el monte, por el que a través de un túnel se podrá pasar al Torreón del Duende.

—¡Oooh, un pasadizo secreto! —exclamó Bets con brillantes ojos —. ¿Entraremos en él?

—¡Ya cede! —gritó Fatty haciendo fuerza, lo mismo que Ern, para desplazar la pesada tapa de su posición. Una vez conseguido esto, los dos canes saltaron fuera y cayeron sobre Ern y Fatty, locos de alegría, ladrando y saltando, lamiéndoles como si se hubieran vuelto locos.

—Quietos, quietos —mandó Fatty, empujando a «Buster»—. ¿Serías tan amable de decirme cómo has llegado hasta aquí?

—¡Guau! —contestó el perro, saltando alegremente.

—¿Cómo te metiste en este lío, «Bingo»? —preguntó a su vez Ern, cuyo perro parecía interesado en lamerle cada centímetro de su cara—. ¡Estate quieto, «Bingo»! ¡A este paso tendré que pedir prestada una toalla! Guarda la lengua un ratito, ¡vaya, otra vez!

—¡Mirad, hay unos escalones, esculpidos en la misma roca, que continúan hacia abajo! ¿Adonde conducirán?

—Tal vez tengamos tiempo para explorarlos un poco —dijo Fatty, sintiéndose intrigado al mirar la escalera, que desaparecía en la oscuridad—. Bets, confírmanos si todavía somos las únicas personas que estamos aquí.

La muchacha desapareció y al cabo de unos instantes regresó con cara alarmada.

—Fatty, el portero regresa de su almuerzo. Casi está ya aquí, de forma que, ¡pon la tapa de nuevo con toda la rapidez que puedas!

Ern y Fatty la colocaron de nuevo y pusieron el caldero encima. Todavía estaban arrodillados cerca de la chimenea cuando entró el portero masticando una manzana. Al ver a los muchachos, gritó enojado.

—Rápido, dispongámonos a hacerle ver que estamos buscando un chelín —dijo Fatty en voz baja—. A buscar todo el mundo en el suelo y sobre la alfombra, ¡rápido!

De esta forma, cuando el empleado se acercó, todos los chicos estaban muy afanados buscando el chelín perdido.

—¡Tiene que salir! —decía Fatty—. Un chelín es un chelín. ¿Dónde habrá ido a parar? ¿No es eso de ahí, Bets?

—¿Habéis perdido una moneda? —preguntó el hombre—. ¿Eso es todo? ¡Vamos a ver!

Y, arrodillándose, empezó a buscar él también. Súbitamente dio un respingo y recogió algo.

—¡Yo lo tengo, aquí está! —dijo enseñando la moneda con expresión triunfante.

—Gracias —exclamó Fatty, tendiendo la mano en espera de que el hombre depositara el chelín en ella, pero éste se burló del chico y se guardó la moneda en el bolsillo del pantalón, diciendo:

—Es propiedad del que lo encuentra, y ahora fuera todos, ¡fuera! Habéis estado demasiado tiempo aquí, y ¿cómo entraron estos perros? Tenéis que pagar su entrada.

—Pero ¿no son suyos estos perros? —preguntó con cara inocente Ern, haciendo que a Bets casi se le escapara la risa.

—¡Mis perros! Desde luego que no son míos, ¡no puedo ni soportarlos! —gruñó el hombre, haciendo un ademán como si fuera a pegar a «Buster», el cual le enseñó los dientes con rabia, cosa que hizo retroceder unos pasos al hombre.

—¡Vamos, fuera! —ordenó—. El jueves es mi tarde libre y quiero un poco de tranquilidad.

Los muchachos se alejaron rápidamente, recogiendo sus bicicletas, seguidos de los perros, que corrían a su lado.

—¡Vaya suerte! Alguien perdió un chelín oportunamente un día de éstos, —comentó Ern mientras montaba en su bicicleta.

—Querido Ern, lo perdí yo y adrede —manifestó Fatty—. Sabía que el portero lo encontraría, como era mi deseo, y de esta manera ¡no se preocuparía más de la tapa de hierro! Vamos a casa, ¡a casa, «Buster», «Bingo»!

Capítulo IX

Regreso e interesante conversación

—¡En fin, no me negaréis que ha sido una excursión sorprendente! —exclamó Fatty, ya lejos del Torreón del Duende—. Mi opinión es que tendremos que hacer un repaso a todo lo ocurrido con detenimiento. El aullido del duende, ¡y me refiero al mío!, que desde luego fue muy raquítico, dio seguidamente paso al lamento del duende «profesional».

—No me lo recuerdes —expuso Bets, estremeciéndose—. ¡Lo único que deseo es estar de vuelta en casa tan pronto como sea posible!

—Además, ¿qué me dices de la tapa del sótano? —preguntó Larry, añadiendo—: Me gustaría saber por dónde entraron los perros.

—A mí lo que no me ha gustado nada ha sido el portero —comentó Daisy—. ¡Tiene cara de villano!

—No será tanto —replicó Pip—. Simplemente tenía mal carácter y además debía estar muy preocupado por el aullido, ¡también lo estaría yo!, ¡estando en un castillo que, además de ser frío, para colmo viven duendes en él!

—Deseo llegar a casa y hablar de todo esto detenidamente —dijo Larry—. No sé lo que piensas, Fatty, con respecto a este asunto, pero lo que es a mí, me parece todo muy raro.

—¿Algo misterioso, quieres decir? —preguntó Fatty—. ¡Bueno, ya era hora de que los cinco «pesquisidores» tuvieran un misterio que esclarecer!

—¡Claro que sí! —dijo Pip muy contento—. Nunca hemos tenido ninguno relacionado con duendes.

—Yo no me atrevo con duendes —opinó Bets—. ¿Por qué no informamos al inspector jefe de todo lo ocurrido? Yo sabéis, me refiero al inspector Jenks, quizás él…

—Bets, ¿no comprendes que no podemos ir a contarle historias de duendes? —replicó Fatty—. Los duendes no existen…

—Conforme, pero ¿qué fue lo que oímos este mediodía? —preguntó Bets—. No me importa saber si era un duende o un alma en pena, una bruja o algo parecido. Lo que sé con certeza es que fue horrible.

—Tienes razón, Bets, fue horrible —coreó Pip—, a mí tampoco me gustó, pero real o irreal es un buen misterio. Cuidado ahora, que viene una pendiente muy fuerte; procura ir todo lo despacio que puedas, no sea que te fallen los frenos.

Una vez en el valle, fueron en línea recta hacia casa con los perros galopando (como decía Bets) detrás de ellos. ¡Vaya un día que habían tenido! ¡Y cómo deseaban llegar a casa de Fatty para discutir los pormenores de este nuevo misterio! Bets estaba muy excitada; siempre surgía algún misterio cuando Fatty iba con ellos.

Todos estuvieron contentos de encontrarse descansando en la habitación de trabajo de Fatty, principalmente los perros, que estaban fatigados después de la carrera. «Buster» se desplomó en su canasta y «Bingo» se acomodó a su lado, sin ninguna gana de jugar. Al cabo de un minuto ya estaban dormidos.

—¡Vaya canasta de perros! —exclamó Bets sonriendo—. Me gusta que sean tan amigos.

—Es conveniente para «Bingo» tener un amigo tan refinado como «Buster» —expresó Ern—. Quiero que «Bingo» tenga buenos modales y espero que aprenda la «mímica» del perro de Fatty.

—Ja, ja, muy divertido —dijo Pip, muy cansado y sin ganas de aguantar chistes malos.

—Tengo sed —comentó Larry—. ¿Tienes alguna naranjada, Fatty?

—En la alacena hay todas las que quieras, lo mismo que vasos; también tengo chocolate por ahí. Levántate y coge lo que te apetezca. No puedo quitarme de la cabeza los extraños sucesos de esta mañana. No os lo creeréis, pero a ratos me gustaría estar allí todavía.

—¿Dónde es allí? —preguntó Ern.

—La colina del duende, ¡atontado! —contestó Fatty—. Hay dos cosas que me intrigan: una, el lamento del duende, y otra, el pasillo secreto disimulado por el caldero.

—¿Qué te preocupa del duende? —preguntó Bets—. Dijiste que los aullidos y lamentos eran producidos por él.

—Sí, pero ¿recuerdas lo que dijo el pintor de la blusa negra? —continuó Fatty—. Nos explicó que el duende sólo aullaba una vez a la semana, y me digo: ¿por qué sólo un día semanalmente?

—Quizá los duendes aullaban solamente una vez a la semana —sugirió Daisy—. Digo esto porque después del terrible esfuerzo que hace con la garganta no le deben quedar fuerzas para repetir ese horrible grito. Apuesto a que tu garganta está todavía un poco dolorida después del aullido que diste a pleno pulmón, incluso me parece que tienes la voz un poco ronca.

—Nada de eso —dijo Fatty—, podría hacer esto por espacio de media hora o más y no sentiría ninguna molestia.

—Bueno, pero no lo intentes —dijo Larry—, porque en unos minutos aparecían los bomberos, la policía y todos los médicos de la localidad.

—Volvamos a lo nuestro, Larry —rogó Fatty—. ¿Por qué el duende aúlla una vez por semana? Los duendes no existen, luego hay alguien que los imita, pero ¿por qué?

—Para divertirse —opinó Bets.

—Sí, pero ¿por qué ha escogido un día determinado? —insistió Fatty.

—¿Qué importa esto? —dijo Pip, cansado ya del tema.

—Pip, deberías ser más avispado para razonar —comentó Fatty solemnemente—, tú sabes que alguien suplanta al inexistente duende y que sería muy interesante descubrir cómo lo hace y por qué motivo.

—No quiero volver allí otra vez —dijo Bets—. Me gustan los cuadros expuestos en aquellas salas, pero no soporto todo lo demás.

—No te preocupes, Bets, no tienes necesidad de volver. Pero yo iré otra vez —afirmó Fatty—. ¡Volveré mañana porque todo esto huele a Misterio!

—Pues debes tener la nariz más poderosa de este mundo —

musitó Larry—. Yo huelo solamente este humo que sale de la estufa. Supongo que tu nariz es demasiado refinada para oler cosas tan vulgares. Ern, cierra la mirilla tú que estás más cerca.

Ern, como le dijeron, la cerró cuidadosamente.

—Fatty —dijo el muchacho—, ¿puedo ir contigo al Torreón del Duende mañana? No para inmiscuirme en tus asuntos, sino solamente para contemplar aquellas marinas otra vez, en especial aquella de los acantilados con aquel mar tan azul y con las olas rompiendo contra las rocas.

—¡Oh!, el cuadro que el artista francés estaba copiando —dijo Fatty—. Desde luego, es una verdadera obra de arte; bien, Ern, puedes volver allí conmigo y mientras te extasías contemplando las pinturas, yo intentaré descubrir alguna pista. Además, necesito alguien que venga conmigo y se dedique exclusivamente a pasearse por las Salas de Exposición.

—¡Ooooh, gracias, Fatty! —exclamó Ern—. Espero que el duende no grite a mi lado.

—Recuerda que sólo trabaja una vez a la semana, Ern —manifestó Fatty—. ¡Me como la gorra si aúlla mañana! Estoy seguro que por alguna razón justificada tiene su día favorito.

—Bueno, Daisy y yo nos vamos —dijo Larry, levantándose rápidamente—. Había olvidado que Granuy venía a tomar el té. Date prisa, Daisy, ¡por el amor de Dios! Mañana nos vamos fuera, de forma que no te veremos Fatty. ¡Hasta la vista!

Cerraron la puerta del cobertizo tras de sí y echaron a correr por el camino del jardín hacia la verja. Pip también se levantó, haciendo una señal a Bets con el pie y le dijo:

—Vamos, Bets, te estás durmiendo. Telefonea, Fatty, cuando haya reunión de nuevo.

—No dudo que esté cansada después de la excursión en bicicleta —dijo Fatty, abrazando a la niña—. ¡Adiós, Bets, y no sueñes con duendes esta noche!

Una vez que partieron Bets y Pip, se quedaron solos Ern y el dueño del cobertizo.

—Espero que no te cause molestias si me quedo aquí —dijo Ern.

—No, no molestas Ern —contestó su amigo.

En esto los muchachos oyeron ruido de pasos que se acercaban

al lugar donde estaban.

—¿Quién será? —inquirió Fatty—. Me parece que…

—¡Es mi tío! —exclamó Ern, asustado—. Habrá llegado a sus oídos que no he regresado a casa. ¡Escóndeme, Fatty!

—No hay ningún sitio apropiado —contestó éste mirando a su alrededor—. La primera cosa que hará será mirar en esta alacena. Escucha, Ern, cerraré la puerta con llave y cuando tu tío llame saltas por la ventana, y una vez fuera te envío a «Bingo», escóndete en cualquier sitio y vuelve cuando Goon se haya marchado.

¡Pam, pam, pam! Era Goon llamando con la mano a la puerta que Fatty había cerrado con el fin de que el policía no pudiera entrar en seguida. En el interior de la pieza se oían ruidos extraños.

—¡Federico Trotteville, abre la puerta! —gritó Goon—. Sé que Ern está aquí dentro, le he visto a través de la ventana. ¡Abre la puerta o iré a ver a tu padre!

—¿Ern? ¿Ern aquí dentro, señor Goon? ¡Usted ve visiones! —gritó Fatty, dirigiéndose hacia la puerta—. Un momento, que la puerta está cerrada, y ¡cállate, «Buster», deja de roncar!

«Buster» y «Bingo» estaban armando un buen alboroto, pues habían reconocido la voz del señor Goon en cuanto pronunció la primera palabra, y como no les era simpático empezaron a demostrar su mal humor. Mientras tanto, Ern salía por la ventana de uno de los lados de la cabaña. «Bingo» le siguió saltando o sus brazos.

—¡Chist! —susurró Ern—. No ladres ahora.

El sobrino del policía se internó por entre unos espesos arbustos que había detrás del cobertizo, escondiéndose lo mejor que pudo.

En el interior, Fatty había cerrado quedamente la ventana y fue a la puerta que Goon golpeaba muy enfadado.

—Un poco de paciencia, señor Goon —pidióle Fatty—. La llave se ha atascado… ¡Ah, ahora!…

Y dio vuelta a la llave, abriendo la puerta. El policía entró hecho una fiera, gritando:

—¡Ern, Ern! Ven conmigo ahora mismo. ¡No regresaste a tu casa! ¡Me has desobedecido! Te voy a…

Pero Goon no terminó lo que iba a decir, Porque «Buster» saltó sobre él con rabia y empezó a morderle los tobillos a pesar del

grueso pantalón que llevaba.

—¡Bah! —exclamó Goon al tiempo que intentaba sacudirse el perro—. ¡Otra vez este maldito animal! ¿Dónde está Ern? Pero ¡si le he visto!…

—Dé usted una vuelta por ahí, señor Goon —invitóle Fatty—. A lo mejor está debajo de la mesa o detrás de esta estantería de los libros o tal vez en el cesto del perro. ¡«Buster», ven conmigo!

Goon se vio perdido cuando miraba a su alrededor; no dudaba que había visto a su sobrino, pero al mismo tiempo no se le ocurrió pensar que el «pájaro» podía haberse escapado por la ventana. Dirigió una escrutadora mirada a Fatty, otra al perro, después dio media vuelta y salió mientras daba un tremendo portazo.

—¡Encontraré a Ern! —exclamó el policía—. ¡Desde luego que sí!

Y se marchó refunfuñando.

—¡Este renacuajo…, cuando le eche el guante, no podrá sentarse en una semana!

Capítulo X

De nuevo El Torreón del Duende

Una vez el policía se perdió de vista, Ern salió de su escondite y regresó a la casita de Fatty, riéndose socarronamente.

—Gracias, Fatty —dijo—. ¡Eres un gran amigo! ¿Y seguro que no te importa que venga contigo al Torreón del Duende mañana?

—Todo lo contrario, será muy agradable ir en tu compañía —contestó Fatty—. Además puedes ayudarme mucho, ya que quiero inspeccionar un poco todo aquello y si hay gente tú intentarás entretenerlos de alguna manera… y así no se fijarán en mí, de forma que podré moverme a mis anchas.

—Pero ¿cómo voy a retener la atención de esas personas? —preguntó Ern, preocupado—. Soy un mal actor y tú lo sabes.

—¡Oh, Ern! No te apures, puedes dar unos pasos de claqué o cantar unos compases de alguna canción, incluso puedes desmayarte —explicó Fatty.

—Mira, si tengo necesidad de que llames la atención de la gente te haré esta señal tres veces.

Y pasándose la mano por la cabeza hizo como si se arreglara el cabello tres veces consecutivas.

—No pongas esta cara de susto —dijo Fatty—. Nadie te pegará, ni te encerrará, ni te pasará nada por el estilo. La gente simplemente se quedará sorprendida de lo que ocurra y yo podré actuar con tranquilidad.

—De acuerdo, Fatty —dijo Ern algo apesadumbrado.

Seguidamente se sentó y se dispuso a leer uno de los libros de Fatty.

—¡Cuu!, tienes muchos libros, Fatty; seguramente más de mil;

éste que tengo en mis manos es estupendo.

Pronto se interesó en una de esas historias de lobos de mar, quedándose totalmente absorto en la lectura. «Bingo» yacía a sus pies y «Buster» hacía otro tanto, pegado materialmente a Fatty. Cuando Ern terminó su capítulo levantó la vista del libro; se sentía satisfecho, pues se daba cuenta de que tenía un verdadero amigo, un perro, un libro y un rincón silencioso para poder leer a gusto. Después de pensar todas estas cosas volvió a su lectura, sin duda que era afortunado teniendo un amigo tan inteligente como Fatty.

A la mañana siguiente Ern se despertó nervioso, se sentó sin abandonar el saco de dormir, intentando adivinar el motivo de sus nervios.

«Desde luego me siento excitado porque Fatty y yo vamos a ir otra vez al Torreón del Duende y tendré el placer de contemplar aquellas maravillosas pinturas», pensó deleitándose ante tal perspectiva.

Después se levantó y recogió el petate.

—¡«Bingo»! ¿Me escuchas? No ladres fuerte, porque nadie puede enterarse de que estamos aquí. Ya te lo dije antes.

El perro, que había dormido toda la noche a los pies de su dueño, se levantó y se preguntó cuándo vendría su amigo «Buster». «Bingo» apreciaba mucho a su compañero y le copiaba los gestos con la máxima fidelidad que podía, por ejemplo, cuando se rascaba la cara con la pata izquierda en lugar de la derecha o cuando ladraba. El perro se arrastró hasta los pies de Ern y se los lamió un par de veces, después dio unos tumbos sobre sí mismo para que Ern le hiciese cosquillas.

—¿Sabes una cosa, «Bingo»? —hablóle Ern con solemnidad—. En este momento siento una gran pena por todos los chicos y chicas que no pueden tener un perro de su propiedad. No saben lo que se pierden. Bueno, bueno, ya está bien, no me lamas más… Trae esa toalla para lavarme la cara. ¡Buen chico, eres un perro listo! Entiendes perfectamente todo lo que te digo, ¿eh? Ahora devuélvela otra vez a su sitio. ¡Muy bien, «Bingo»!

Fatty trajo a su amigo un poco de desayuno y se marchó en seguida para hacer unos recados a su madre.

—Estaré de vuelta sobre las diez y partiremos entonces —dijo—.

Nos llevaremos el almuerzo que compraré por el camino, pues la cocinera, que es muy perspicaz, no acaba de creerse que de pronto se me haya desarrollado tanto el apetito. Esta mañana incluso dijo que daba la impresión de que ahora comía lo que dos personas. ¡Y tenía razón! ¿No te parece, Ern?

Los dos muchachos se marcharon algo más tarde de la hora pactada. Antes de salir de su casa, Fatty había puesto unas limonadas dentro de una bolsa y se paró luego para comprar unos bocadillos y varias naranjas para el postre, colocando todas estas provisiones en la canasta de su bicicleta. Continuaba su camino calle arriba cuando Ern gritó alarmado:

—Fatty, ¡allí está mi tío!

Era indudable que el guardia encargado de dirigir el tráfico en el cruce de las próximas dos calles era el señor Goon, que por cierto tenía muy mal semblante. Éste casi no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. ¡Ern acompañando a Fatty en bicicleta!

—¡Alto! —ordenó el policía levantando la mano—. Ern, ¿me estás oyendo? ¡Párate!

No obstante, Ern desobedeció el Código de Circulación y atravesó la calle pedaleando con más rapidez que de costumbre, provocando la consiguiente irritación de su tío.

En el momento en que cruzaban la calle, pasando junto a Goon se oyó un fuerte ladrido que procedía de una caja de madera que Fatty había atado detrás de su bicicleta. ¡Era «Buster»!, que sacaba la cabeza por un agujero de la misma, y que cuando reconoció a su irreconciliable enemigo comenzó a ladrar. «Bingo», que iba en otra caja análoga atada a la bicicleta de Ern, sintió tanto miedo cuando estuvo cerca del policía, que ni siquiera tuvo el valor de ladrar una sola vez.

—Hemos tenido una idea genial al llevar a los perros de esta manera. Comprendo que vamos demasiado lejos para que los dos animales vengan detrás de nosotros. Además, parece que se encuentran muy a gusto en estas cajas, ¿no te parece, Fatty? ¡Hasta yo mismo me divierto con este juego!

Tan pronto como salieron de la ciudad, Fatty empezó a tararear una canción.

Pedaleando veloces
como chicos precoces,
¡Ern y yo volando vamos
cantando una canción!
¡Y así más pronto llegamos!
Cuando la rueda fue inventada
algunos decían, ¡vaya broma pesada!
Y ahora como el viento volamos,
sin tener que pensar
que podemos llegar.
¡Ern y yo volando vamos!

Al oírle, Ern, sintió tal admiración que poco le faltó para perder el equilibrio y caerse de su bicicleta.

—¡Cuu, Fatty! ¿Acabas de inventar esta canción ahora mismo?

—Efectivamente, de pronto vino a mi mente —contestó el chico con modestia—. Cantando resulta menos pesado pedalear, ¿no te parece, Ern?

Y los dos amigos entonaron «La canción de la Bicicleta», título que le puso Ern, dando grandes voces y llevando el ritmo con los pedales.

Sin embargo, a «Buster» no le gustó la canción, de modo que empezó a ladrar, por cuyo motivo Fatty se volvió y dirigiéndose al animal dijo:

—Muy mal, «Buster», equivocas las frases y la música.

Estas palabras hicieron reír a Ern a carcajadas. Continuaron la ruta alegres y muy pronto llegaron al lugar donde empezaba la fuerte subida que conducía a la cima de la colina e iniciaron el ascenso con lentitud, con el fin de no sentir demasiado fatiga cuando llegaran arriba. Cuando finalmente estuvieron junto al Torreón del Duende dejaron las bicicletas en el cobertizo destinado a tal fin y anduvieron luego perezosamente hasta la puerta principal, seguidos de los perros, pegados a sus talones.

—¡Oh! ¿Otra vez vosotros? —exclamó el portero—. ¡Y además con perros! ¿No os dije en otra ocasión que no se permitía la entrada a estos animales? Me gustaría saber cómo se introdujeron ayer en la torre.

—No tengo ni la menor idea —contestó Fatty—. Sólo sé que de pronto aparecían, desaparecían al instante para luego reaparecer después de unos minutos y lo cierto es que nadie estaba tan sorprendido como nosotros mismos.

—Podéis dejarlos en aquel cobertizo, pero desde luego, no pueden entrar ahí dentro.

—De acuerdo —contestó Fatty, pagando los dos chelines—. Pero dígame una cosa: ¿tiene el duende un día determinado para hacer acto de presencia? Y si es así, ¿por qué motivo?

—Según la leyenda, fue un jueves el día en que la desgracia cayó sobre el lord de la Torre del Duende —explicó el hombre—, y desde entonces el duende da gritos lastimeros este día de la semana.

—¡Ah! ¿De forma que el jueves es el «gran día» del duende? —preguntó Fatty—. Muy interesante y… dígame, ¿tiene usted idea de dónde vive este duende?

—¡Niño, no me preguntes estupideces! —contestó el portero perdiendo la paciencia—. Entrad y dejadme tranquilo.

—Sólo una pregunta más —dijo Fatty—. ¿Puede decirme cuando comenzó el duende a dar esos gritos lastimeros en este siglo? Según el catálogo se le oía ya cien años atrás, y aunque la leyenda continuó, no se le ha oído hasta ahora. Además, me doy cuenta de que este catálogo se imprimió hace seis años. ¿Por qué motivo el duende ha vuelto a dar señales de su existencia? ¿Quizás ha recuperado la voz hace seis años, cuando imprimieron este folleto, motivo por el cual abrieron este castillo para que pudiera ser visitado?

—¿Insinúas que no existe el duende y que todo esto es un engaño? —preguntó irritado el hombre—. Sugiero que vayas a la sala donde están esas viejas armaduras y allí verás un señor alto y cetrino, el cual te dará detalles sobre todo lo concerniente al duende, puesto que él es el propietario del castillo.

—Ésta es la información más valiosa que me ha dado usted —manifestó Fatty muy complacido—. Siento enormes deseos de hablar con el dueño de esta torre y su duende, de forma que ¡muchas gracias!; por cierto, ¿cómo se llama ese señor?

—Es austríaco —repuso el portero, cada vez más molesto—, se llama Engler; espero que cuando vayas a importunarle te eche a

patadas, ¡gordinflón!

—¡Cuidado, cuidado! —dijo el aludido levantando un dedo en señal de protesta, tal y como hacen los maestros cuando se dirigen a un niño para amonestarle—. ¡Cuidado, usted no debe ser mal educado, ni demostrar tan mal genio, porque le castigaré de «cara a la pared»!

Y diciendo esto se marchó al cobertizo para guardar los perros allí, de forma que el portero se quedó rabiando. Ern, que también se fue con el muchacho, estaba admirado y a la vez asombrado al ver semejante situación.

—No me explico cómo has podido salir tan airoso de este percance —dijo Ern—. ¡Mira!, allí está el francés que vimos ayer; ¿habrá terminado el cuadro que copiaba? —añadió el chico mientras entraban nuevamente en el Torreón del Duende de regreso del cobertizo.

—«Bon jour!» —saludóle Fatty gentilmente, cuando el hombre se acercaba aprisa por el vestíbulo llevando consigo una tela enrollada —. ¿Acabó su cuadro?

—«Ah, bon jour, mon ami!» —exclamó el pintor—. ¿De visita otra vez?



—Verá, mi amigo es un gran entusiasta de las pinturas sobre temas marinos —comentó Fatty—. Quiere enrolarse en la armada y cualquier cosa relacionada con el mar le atrae de una manera extraordinaria, aunque esta cosa sea simplemente un cuadro. ¿Nos enseñará usted la copia que ha hecho de esta famosa pintura? ¿Tal vez es este lienzo que lleva usted?

—En efecto, pero ahora tengo prisa; de no ser así, os lo enseñaría gustosamente —contestó el francés saludando con una pequeña inclinación de cabeza mientras se alejaba—. Me esperan ahí fuera. «Au revoir!», nos veremos otro día si volvéis, pues ¡yo siempre estoy aquí!

El pintor se fue, mientras Fatty le seguía con la mirada y con gesto pensativo.

—¡Vaya un hombre más extraño! —pensó el muchacho.

Los dos muchachos empezaron a buscar al austríaco señor Engler, propietario del castillo, el cual debía estar en la sala de las viejas armaduras, tal y como dijera el portero y que debía tener un aspecto raro con su tez cetrina, su enorme estatura y porte de extranjero. ¡Seguramente tendrían que ir con cautela!

—Ern, tú puedes ir a pasar un buen rato, contemplando esas marinas —sugirió Fatty—, y mientras, yo iré a hablar con el dueño de todo esto, porque deseo hacerle, como sabes, unas preguntas sobre el duende.

—Conforme —contestó Ern, marchando a la sala donde estaban las pinturas, sumamente contento ante la perspectiva de disfrutar con la vista de las mismas.

Fue mirando una a una todas las pinturas, reservándose para el final su cuadro favorito. Cuando llegó frente al mismo se quedó extasiado ante la vista del alto acantilado en el que las olas rompían con ímpetu levantando gran espuma. De pronto se fijó en las blancas gaviotas que volaban empujadas por el viento y se imaginó a sí mismo en una pequeña embarcación a merced de las olas embravecidas y con aquel viento huracanado zumbando en sus oídos. ¡Si él pudiera pintar un cuadro semejante! Pero en seguida cambió de opinión. Era, sin duda, mucho más apasionante ser un hombre de mar.

El chico estuvo algún tiempo más frente al cuadro; de pronto en sus ojos apareció una mirada inquisitiva, se acercó al lienzo, mirando con fijeza el mar desde un ángulo, se rascó la cabeza, signo demostrativo de su incomprensión, luego se apartó unos pasos del cuadro, fue hacia la derecha y luego hacia la izquierda sin dejar de contemplar el mismo. Seguidamente se frotó los ojos, dando a entender que le parecía imposible lo que estaba viendo, movió la

cabeza y frunció el ceño.

—Tengo que encontrar a Fatty —dijo finalmente—, no acabo de comprender lo que veo. ¿Dónde estará Fatty? Ya le estoy viendo: está hablando con ese señor. ¡Fatty, Fatty!, tengo que preguntarte algo.

Capítulo XI

Un singular hallazgo de Ern

Fatty había observado con detenimiento al dueño del Torreón del Duende y llegó a la conclusión de que no era precisamente el tipo de persona que se dedica a comprar viejos inmuebles sólo porque son bonitos y están llenos de historia.

«¡Parece un avispado hombre de negocios! —pensó Fatty para sí —. Siento una enorme curiosidad por saber qué motivos le indujeron a comprar este mal cuidado castillo, que amenaza ruina. Además, no puede ganar mucho dinero, ya que son muy pocas las personas que vienen a visitarlo, excepto durante los dos meses de verano. ¿Serán de su propiedad las pinturas?».

El austríaco estaba sentado en el viejo y amplio sofá detrás del cual se había sentado la pandilla el día anterior. Tenía un folleto en las manos y lo estaba ojeando completamente absorto. Era un hombre alto y voluminoso con espesas cejas y nariz grande.

Fatty fue directamente hacia él y le dirigió la palabra, esforzándose en ser muy educado:

—Perdone, señor, que le interrumpa; creo que usted es el propietario de esta magnífica joya histórica, ¿no?

—¡Qué, oh, me ha sobresaltado usted! —exclamó el interpelado con voz gruesa en la que se le notaba un fuerte acento extranjero—. Sí, muchacho, soy el dueño de esto, pero desgraciadamente es un mal negocio. Casi no acude nadie a visitar el castillo.

—Supongo que vendrán principalmente porque esperan oír los gritos lastimeros del duende —manifestó Fatty—. Mis amigos y yo los oímos ayer y desde luego fue una representación estupenda. ¡El mejor aullido que oí jamás! ¿Cómo lo hacen ustedes?

—¿Cómo lo hacemos? ¡Muchacho!, ¿quién conoce la verdad sobre los pobres y desgraciados duendes? —contestó el austríaco—. ¿Quién sabe cómo y por qué se lamentan de esta manera tan terrible?

—Verá, en la actualidad creo que los duendes aúllan con tanta perfección, gracias a modernos aparatos —dijo Fatty—. Quiero decir que pretender que existan duendes en nuestro tiempo es una estupidez.

—Esto no es cierto —contestó el hombre, molesto—. ¿Pretendes decir que engaño a la gente? ¿Crees que mi duende no existe? He comprado este castillo y con él un duende que había aquí desde tiempo inmemorial. ¡Pobre duende, con la pena que me da cuando gime!…

—Bueno, veamos: Tengo entendido que los duendes sólo dan señales de vida cuando previenen anticipadamente al propietario del lugar donde ellos moran de que algo terrible va a pasarle —explicó Fatty con expresión inocente—. Ayer oí al duende y pensé que estaba advirtiéndole a usted de que algo malo podría sobrevenirle de un momento a otro. Claro que esto no sería exacto si tal duende no pasara de ser un aparato mecánico, pero ¿usted está seguro de que no?

—Muchacho, te doy permiso para que inspecciones todas las salas del Torreón del Duende y mires agujeros, rincones y grietas para observar si hay algún aparato mecánico —dijo el señor Engler con solemnidad.

—¡Oh, muchas gracias, señor!, es usted muy amable. No obstante, si usted asegura que no hay tal aparato en ninguna de las salas no tengo por qué dudarlo —dijo Fatty—. Cambiemos de conversación, señor Engler; ¡qué maravillosa colección de marinas tiene usted! ¿Son de su propiedad?

—Bien, veo que eres un chico inteligente —dijo el austríaco, sin duda agradecido por el giro que había tomado la conversación—. Te lo voy a explicar: estos cuadros son de la famosa colección del Castillo del Conde Ludwig, en Austria. Es primo mío y me ha prestado estos lienzos para atraer visitantes al Torreón del Duende. ¡Una colección valiosísima!, pero por desgracia poca gente viene a contemplarlos. Simplemente vienen algunos pintores para sacar

copias de ellos y de vez en cuando aparece algún amante de la pintura como tú.

—Deben estar valoradas en mucho dinero, ¿verdad? —preguntó el chico.

—¡Oh, sí, sí, miles de libras! —exclamó el señor Engler.

—¿Y no teme que algún ladrón venga y los robe? —inquirió Fatty.

—Razonas con lógica, muchacho —contestó el señor Engler—. No resulta nada fácil desmontarlos del marco y llevarse la tela después ¡sin que nadie se dé cuenta! ¿Serías capaz de ello?

En este preciso momento Ern llamó a Fatty, haciendo que el señor Engler se sobresaltara cuando el sobrino del policía apareció en la habitación con una cara que parecía indicar que había ocurrido algo anormal.

—¡Fatty, Fatty, ven conmigo! ¡Hay algo que quiero que veas!

—Perdone, señor, éste es mi amigo y debe ser conveniente que vaya a ver qué desea —se excusó Fatty, excitado—. Muchas gracias por su información; ha sido usted muy amable.

Fatty salió de la sala, dirigiéndose al lugar que le indicaba Ern.

—Pero ¿qué pasa, Ern? ¡No grites así, por lo que más quieras! Vámonos hacia el vestíbulo y me cuentas todo en voz baja.

—Escucha. Fatty: ¿te acuerdas de aquella marina que me gusta tanto y que te enseñé ayer; es la del alto acantilado en el que las olas rompen con ímpetu levantando gran espuma?

—Claro que sí, me acuerdo muy bien. Está allí todavía —dijo Fatty, levantando un brazo para señalar el cuadro.

—Desde luego, pero hoy hay algo muy raro en aquel lienzo —replicó Ern, cada vez más excitado—. Ven y lo verás.

—¿Qué significa eso de raro? —preguntó su amigo extrañado, mientras se acercaban a la pintura.

—Algo ha desaparecido del cuadro —firmó Ern—. Una cosa a al que yo no presté demasiada atención ayer, pero que hoy he descubierto que ha desaparecido.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó Fatty, nervioso—. ¡El cuadro está exactamente igual que ayer!

—Fatty, te prometo que te digo la verdad —dijo Ern—. ¡Te lo prometo! Fíjate: ¿ves esta roca de aquí en la que las olas rompen

violentamente levantando espuma y ves también la ola que las precede? Bueno, pues ayer había un pequeño bote de color rojo pintado sobre esta ola, con dos marineros muy pequeñitos dentro del mismo. Me fijé especialmente en esta desaparecida barca, porque con su pequeñez daba impresión de grandeza al acantilado y de inmensidad al mar al romper en las rocas. Creo que si el pintor no hubiera pintado el bote no hubiera sido capaz de comprender tales dimensiones.

—De manera que quieres decir que la pintura ha perdido parte de su grandiosidad —opinó Fatty, interesado—. Como tú dices, Ern, esto es extraordinariamente extraño; sí, muy raro. ¿Por qué han hecho desaparecer la barca? Tiene que haber sido el francés, estoy seguro. No me acaba de convencer ese hombre.

—Tal vez no le gusten los botes —comentó Ern—. O a lo mejor se marea. ¡Pero de todas maneras, no se aprecian señales de que hayan borrado la barca o se hayan tapado con unas pinceladas verdes o azules! Precisamente esto es lo que no acierto a comprender.

—Todo esto es de lo más extraño —dijo Fatty completamente intrigado—. ¿Estás completamente seguro, Ern, de que la barca estaba ahí ayer?

—El caso es que Bets estaba conmigo cuando miramos detenidamente el cuadro —explicó Ern—. A ella también le gustaba mucho esta pintura y supongo que, sin duda, se acordará de la barquita. Se lo preguntaré.

—Escucha, Ern, no lo comentes con nadie, ¡con nadie!, porque es posible que haya alguna persona interesada en quitar o mejor dicho tapar un bote de una marina. Me gustaría pensarlo con calma antes de discutirlo con los otros.

—Muy bien —contestó Ern—. Ahora iré a examinar de nuevo los demás cuadros, pues, ¡quizás han quitado todas las barcas de los mismos!

Pero nada de eso había ocurrido; los cuadros en los que había alguna barca la tenían intacta, lo mismo que sus nubes y sus olas. Ern, lo mismo que Fatty, no pudo asegurar que faltase algo.

—Mira, ahí anda el francés que estaba reproduciendo el cuadro ayer —exclamó Ern de repente—. Ahora está copiando aquel más

pequeño. Vamos a preguntarle si fue él quien hizo esta mutación.

Pero antes de que pudieran hacerlo, el señor Engler se acercó al pintor y entablaron una animada conversación. Seguidamente se dirigieron a la Sala de Armaduras y desaparecieron finalmente, internándose en una pequeña habitación.

—Hoy no se lamenta el duende, Fatty —comentó Ern con una sonrisa irónica, mientras iba contemplando la exposición pictórica.

—¡No es su día de trabajo! ¿Por qué tendría el duende un día determinado de la semana para trabajar? —Fatty no creía en absoluto en el duende, aunque se había sentido bastante incómodo cuando el día anterior éste, es decir, lo que hacía las veces de duende, empezó a aullar.

—Ern, tengo una idea que me obsesiona: me gustaría recorrer el pasillo secreto, debajo de la trampa —dijo repentinamente.

—Vigila que nadie se acerque, y si algo ocurre, silba. Todos los pintores se han marchado, a excepción del francés y como hemos podido comprobar está hablando con el señor Engler, ¡vete a saber sobre qué!

Los dos muchachos se fueron a la Sala de Armaduras. Ern se quedó en el centro de la habitación, ya que así su vista dominaba todas las puertas y podía oír a cualquier persona que se acercara desde todas direcciones. Su amigo se fue hacia el gran hogar y se las compuso para apartar el caldero a un lado, quedando la trampa al descubierto. Se volvió hacia Ern y preguntó:

—¿Todo libre?

Éste afirmó con un movimiento de cabeza, porque ni se oía un solo ruido de pasos, lo mismo que tampoco se oían voces. El silencio era completo.

Fatty levantó la tapa y miró en el interior. Efectivamente, había unas escaleras que conducían al sótano y ¿adonde más? ¿Dónde estaría el duende y su máquina? ¿En qué lugar estaría la entrada, en la colina, por cuyo motivo «Bingo» y «Buster» pudieron llegar hasta allí? ¡Debía ser un buen escondrijo!

El muchacho sentía unos grandes deseos de bajar los escalones y ver qué podía descubrir, pero no lo hizo pues no podía dejar a Ern solo; tampoco quería llevarse a su amigo, porque ninguno de los dos tenía linterna y sería sumamente peligroso arriesgarse sin ver nada.

De repente oyó un chist que procedía de Ern y se levantó; ¡tuvo el tiempo justo de cerrar la tapa y colocar el caldero en su sitio, para que no se viera la puerta secreta!

¡Y tan justo!, porque se oían pasos y voces procedentes de la pequeña habitación. El señor Engler y el pintor venían hacia allí. Fatty hizo una señal a Ern con la cabeza y se fueron corriendo hacia el vestíbulo y a través de la puerta giratoria salieron fuera.

El portero no estaba en su sitio y ante la sorpresa de Fatty le vieron luego ¡junto al señor Engler y el francés!

«De manera que son tres los complicados en este asunto —pensó Fatty—. ¡No acierto a comprender qué significa todo esto, pero algo traman! Tengo que hacer algo, porque sin duda se trata de un misterio, si bien no acierto a entender por qué razón».

Los dos chicos fueron a recoger los perros, que cansados de estar encerrados estaban gruñendo y rascando la puerta. Cuando vieron a sus respectivos amos empezaron a dar ladridos de alegría. Una vez instalados en sus cajas detrás de las bicicletas, Fatty y Ern salieron corriendo, bajando la pendiente del Torreón del Duende a una velocidad temeraria.

—Lo mejor será tener reunión mañana —dijo Fatty a Ern—. Algo raro ocurre ahí arriba, algo que no acierto a explicarme. Si lo discutimos todos juntos tal vez descubramos algo nuevo. Fue una idea muy buena subir hoy, porque de no ser así no te habrías dado cuenta de la desaparición del bote. Tengo la impresión de que en esto está la clave del misterio y ¡jamás he encontrado otro que me intrigue tanto!

Capítulo XII

Interesante reunión

Aquella misma noche Fatty telefoneó a Larry y Daisy e hizo otro tanto con Pip y Bets. Sin embargo, no les explicó el motivo de la reunión, cosa que, como es natural, produjo una extraordinaria curiosidad entre los citados.

—¿Se trata del misterio, Fatty? ¡Oh, por favor, dime que se trata del nuevo misterio! —exclamó Bets—. ¿Tienes alguna pista?

—Una —contestó Fatty—. Pero no sé si realmente será la buena. Ya os lo contaré mañana. Venid a las diez de la mañana, por favor; de momento se trata de una pista que ha encontrado Ern; ¡yo ni siquiera me había dado cuenta!

Antes de las diez llamaron a la habitación de trabajo de Fatty. Éste había encendido la estufa y había preparado biscuits variados para sus amigos, porque como Fatty decía: «¡Es más fácil charlar con el estómago lleno!».

Nuestro hombre abrió la puerta por la que entraron, «Buster» y «Bingo» le dieron una bienvenida muy cordial, ¡tanto que tiraron la bandeja de biscuits al suelo!

Fatty, enojado, exclamó:

—¡Oíd, perruchos!, no sé de quién ha sido la brillante idea de tirar los biscuits, pero os prometo que hay perros que se las dan de listos haciendo eso, lo mismo que hay gatos que vierten la leche y de esta manera no necesitan esperar a que su amo los invite, pero yo soy un poco más inteligente que todo eso, de forma que ¡sentaos!

Los animales agacharon las orejas y obedecieron esta orden, mirando los biscuits lánguidamente. Bets sintió lástima de ellos y empezó a hacerles algunas caricias mientras decía:

—¿Empezamos la reunión? Estamos ansiosos de saber noticias del nuevo misterio; ¿es en realidad un misterio?

—Bueno, esto es lo que vamos a tratar de decidir —contestó Fatty—. Si llegamos a una conclusión positiva, entonces tomaremos las medidas pertinentes para conseguir resolverlo.

«Si por el contrario, la conclusión es negativa, no debemos preocuparnos más de ello. Ahora escuchad lo que Ern descubrió ayer por la mañana en el Torreón del Duende, cuando estuvimos allí. Ern, ¿quieres explicar lo sucedido?».

—¡Oh, no, gracias, Fatty! —exclamó el muchacho incomodado —. Nadie puede explicarlo tan claro y tan conciso como tú. No me importaría escucharte días y días. Mi tío, el señor Goon, dice que posees una gran facilidad de palabra y tiene razón. Tú podrías hablar de la pata de un burro viudo o de la cola de un caballo constipado. ¡Tienes el don de poder hablar de cualquier cosa y extenderte todo cuanto se te antoje!

—Desde luego, Ern, cualquiera diría que el que tiene este don eres tú —dijo Larry sorprendido—. Así que ¡adelante!

No contestó el aludido, cediendo la palabra a Fatty.

Así, Fatty empezó a narrar lo acaecido a su amigo en la sala pictórica del Torreón del Duende:

—Ern se dirigió al gran cuadro, aquel del mar embravecido para disfrutar de la maravillosa creación que ha hecho el autor. ¿Te acuerdas de la marina, Bets?

—¡Oh, claro que sí, y con los más mínimos pormenores! ¡Es una verdadera obra de arte! —replicó Bets.

—Muy bien, ¿nos quieres detallar ese cuadro? —preguntó Fatty —. Y te suplico que no omitas ni el más mínimo detalle; ¡es muy importante!

—Es un cuadro que representa una tempestad, en el que grandes olas rompen en el alto acantilado —empezó la muchacha—. El cielo está prácticamente nuboso y el resto es de un azul brillante; la espuma abunda sobre las olas, dando la impresión de que las salpicaduras podrían alcanzarme ¡incluso a mí!

—¿Recuerdas algo más? —preguntó Fatty a la niña, mirándole sin pestañear.

—No, a excepción de que había un pequeño bote rojo, danzando

entre las olas —continuó Bets—. Por esta pequeña embarcación, me di cuenta de la gran altura del acantilado y comprendí que el artista lo había pintado con la intención de remarcar la altura de las rocas y la inmensidad del océano.

—Bets, esto era lo que deseábamos que recordaras: el bote —manifestó Fatty—, porque esta barca es la única pista que tenemos hasta la fecha. El pequeño bote, que tú recuerdas tan bien, ¡ha desaparecido del cuadro!

Los presentes se quedaron atónitos y se produjo un largo silencio.

—Bueno, ¿qué es lo que ocurrió? —preguntó Pip finalmente—. ¿Alguien pintó encima de él? ¿Tal vez no le gustaba?

—No, porque no hay ni la más pequeña señal de que hayan rectificado nada —contestó Fatty—. ¿No es éste un pequeño misterio?

—¡Esto es imposible! —exclamó Pip—. Tal vez Bets y Ern están equivocados y probablemente el bote «de marras» pertenece a otro cuadro. Después de todo, hay montones de ellos colgados en las paredes de la sala.

—¡Claro, ésta es la solución! —interrumpió Larry—. Es casi seguro que Ern confundió un cuadro por otro y, como dice Pip, el bote pertenece a otro. Sí, ya sé que Bets también vio el bote en la famosa pintura…, pero en primer lugar puede equivocarse igualmente de cuadro y en segundo, ella no fue con vosotros ayer. Si os hubiera acompañado, probablemente os hubiera dicho que se trataba de otro lienzo, incluso quizás os lo habría mostrado.

—Os aseguro que el bote estaba en aquel cuadro que vi ayer y anteayer —dijo Ern, exasperado—. ¡Lo sabré yo que me pasé horas delante de él! Me siento como si fuera capaz de pintarlo yo mismo después de haberlo contemplado tanto tiempo.

—De acuerdo, Ern, cálmate —dijo Fatty—. Y ahora, pesquisidores: ¿tenéis alguna idea?

—¿Estás seguro, Ern, de que es el mismo cuadro y de que está en el mismo sitio? —preguntó Daisy—. ¿Las mismas olas, el mismo cielo, idéntico acantilado, el mismo arco, en fin, todo igual?

—Todo exacto —cortó Ern bastante molesto—. ¡Por Dios, si lo sabré yo que lo estuve «saboreando» durante tanto tiempo! Lo que

falta es solamente el bote y ¡nada más que el bote!

—Bueno, pues no encuentro ninguna contestación aceptable a este jeroglífico —manifestó Fatty—. Desde luego es un misterio, pero no tiene razón de ser; sólo una marina a la que le falta un bote insignificante. Tenemos que darnos por vencidos.

—¡El misterio de menos importancia que hemos tenido y el único que es imposible resolver! ¡Qué lástima! —exclamó Larry.

—Yo creo que deberíamos darnos otra vuelta por el Torreón del Duende y fijarnos detenidamente en los cuadros a ver si, por casualidad, damos con la barquita —propuso Daisy—. Después de todo, algunos cuadros se parecen mucho a otros, cosa no rara puesto que todos son marinas: olas, rocas, cielo azul, barcas. Me gustaría solucionar este problema en vez de dejarlo en el aire. Hoy hace un día espléndido y sería una excelente idea hacer una nueva excursión en bicicleta.

—Me parece muy bien —dijo Pip—. ¿Qué opinas, Ern?

—Lo mismo —contestó el interpelado—. ¡Quiero encontrar mi barquito! De forma que ¡vámonos ahora!

Al poco rato los seis amigos ya estaban en camino hacia el Torreón del Duende montados en sus respectivas bicicletas. Un misterio tan pequeño no iba a arredrar a estos «pesquisidores».

Ern y Fatty se llevaron a los perros en las mismas condiciones de la última vez; formaban un buen grupo dirigiéndose a la antigua mansión.

Por fin llegaron y, ¡menuda sorpresa! Se encontraron con un letrero en la puerta principal que decía: «Cerrado temporalmente por obras».

—¡Sopla, mira esto! —exclamó Ern, desalentado—. Ahora no podremos comprobar la veracidad de lo dicho sobre tan traído y llevado bote.

—¡Subir aquí arriba para nada! —gruñó Pip—. ¿Está por ahí el portero? Aunque es un grosero, a lo mejor nos deja entrar, si le decimos que es sólo para un par de minutos.

—¡Me gustaría saber qué obras son ésas! —se preguntó Fatty—. Todo me parece conservarse en buen estado.

—Mira, tal vez están cambiando las tuberías —dijo Larry señalando un montón de ellas, de todos los tamaños—. Da la

impresión de que el sistema de conducción de agua no funcione bien. Son de plomo, como las que tenemos en nuestras casas. Probablemente deben de estar las paredes húmedas y así no se puede tener una exposición, ya que la humedad destruye las pinturas.

—Tal vez tengas razón —expuso Fatty, examinando los tubos—. Como ya ha pasado la Pascua y no tendrán muchos visitantes hasta Pentecostés aprovecharán este tiempo para hacer obras. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Echamos un vistazo a los alrededores a ver si hay alguien?

—¿Y ahora qué proponéis? —preguntó Larry—. ¡Vaya una manera de perder la mañana!

—Tengo una idea —dijo Pip—, que además puede ser muy divertida. ¿Recordáis que los perros llegaron hasta la chimenea que está situada en la Sala de Armaduras, entrando por un camino secreto? Pues esta entrada tiene que estar en algún lugar del bosque, que rodea el Castillo, bien sea en alguna cueva o agujero, de forma que si entramos por éste, podríamos llegar al pasillo secreto que nos conducirá al Torreón del Duende. ¿Por qué no intentamos descubrir esta entrada?

—Podemos, incluso, divertirnos —recalcó Larry, mientras los demás le hacían coro—. ¿Alguien tiene linterna?

Tres de ellos llevaban linternas en sus bolsillos.

—Muy bien. No creo que tengamos la suerte de dar con el escondrijo, aún incluso ayudados por los perros y todavía menos si fuéramos sin ellos —confesó Fatty—. Creo que «Buster» y «Bingo» debieron encontrar alguna madriguera de conejos que llegaba hasta algún recodo. De todas maneras, no cuesta nada intentarlo.

—Los perros nos ayudarán —opinó Ern.

Seguidamente cogieron sus bicicletas y empezaron a descender por lo colina con «Buster» y «Bingo» corriendo detrás de ellos. A la mitad de la loma Fatty saltó de su bicicleta y llamó a «Buster»:

—¡«Buster», busca, busca, «Buster»!

El can se quedó mirándole escrutadoramente, con las orejas levantadas en posición de alerta, preguntándose qué es lo que tenía que buscar. No había conejos por allí. Él y «Bingo» no habían olfateado ni siquiera una comadreja.

¿Qué querría decirle su amo?

—¡Busca, «Buster», busca el escondite del otro día! —ordenó Fatty—. ¡Busca!

Fatty señalaba diversos puntos de la montaña con el dedo, pero el perro continuaba con las orejas levantadas y la cabeza ladeada haciendo grandes esfuerzos para comprender lo que su amo le decía. De repente se acordó del agujero que habían encontrado con «Bingo» y pensó que quizá sería esto lo que Fatty trataba de explicarle con tanta insistencia. ¡Un agujero!

Dio un ladrido y echó a correr montaña arriba. A unos veinte metros se paró mirando a diestra y siniestra y olfateando de cara al viento. «Bingo» se reunió con él, aunque no tenía mucha idea de lo que pedía Fatty.

«Buster» ladró nuevamente y empezó a correr a su derecha internándose en un gran matorral que estaba en una de las partes más empinadas de la montaña. «Bingo» le siguió ladrando también.

—Vamos, creo que «Buster» ha comprendido lo que le he ordenado —comentó Fatty.

Éste y sus compañeros empezaron a subir monte arriba y muy pronto se encontraron fatigados, pues la subida era muy fuerte. Previamente habían escondido sus bicicletas debajo de unos espesos arbustos.

A todo esto, ¡ambos perros habían desaparecido! Fatty gritó llamándoles:

—¡«Buster»!, ¿dónde estás, «Buster»?

El perro apareció debajo del matorral que estaba materialmente colgado en la pendiente y ladró un par de veces. «Bingo» le imitó ladrando al tiempo que salía del escondrijo.

—¡Adelante! —exclamó Fatty—. ¡Creo que «Buster» encontró lo que estamos buscando! ¡Uf, mirad aquí, debajo del matorral! ¡Una mina! Tengo el presentimiento de que vamos a dirigirnos hacia el corazón de la montaña. ¡Esperemos salir donde nos proponemos! ¡Seguidme todos, todos!

Y uno a otro fueron entrando en el oscuro túnel. ¡Cuidado, Fatty, puede haber algún peligro cerca!

Capítulo XIII

¡Túnel arriba!

La mina era muy amplia en su entrada, con mucha hierba verde y una clase de enredadera silvestre que trepaba por la cara interior del agujero. Fatty la apartó a un lado, como pudo, y encendió la linterna. A «Buster» y «Bingo» se les oía más adelante rascando y dando cortos ladridos, los cuales daban la impresión de que mantenían una agradable conversación.

El túnel se hizo más amplio todavía a los pocos metros, por cuyo motivo Fatty pudo avanzar con cierta facilidad. Muy pronto llegó a un punto donde el pasaje estaba escarpado en la pura roca y la tierra brillaba por su ausencia. Estaba construido de madera desigual y en algunos momentos el techo era tan bajo que tenían que arrastrarse para continuar adelante.



Detrás de Federico iban Bets, Larry, Daisy, Ern y Pip. Larry y Pip llevaban las otras dos linternas, las cuales eran suficientes para alumbrar aquel oscuro túnel. En vanguardia iban los dos perros, contentos, aunque nerviosos al observar que Fatty y sus amigos utilizaban el camino que ellos habían descubierto unos días antes.

—¡Casi todo el trayecto es un terreno llano! —gritó Fatty. Los

demás se llevaron un susto tremendo al oírle, pues su voz resonaba muy rara en aquel pasillo estrecho. ¡Nadie hubiera dicho que aquella voz era la de Fatty! Sonaba misteriosa, probablemente debido al eco.

—¡Teerrenoo llaanoo! —repetía el eco—. A los perros tampoco les hizo ninguna gracia este sonido, por lo que se pararon escuchando con la máxima atención y con sus orejas muy tiesas.

—No te preocupes, «Buster» —le apaciguó Fatty—. Solamente es el eco, así que ¡adelante!

—¡Adeelaanteee! —repitió el eco—, esta vez los perros comenzaron a ladrar irritados y por cierto, estos ladridos fueron lo peor de todo, pues aquel pasaje rocoso se convirtió en una verdadera jauría, llena de salvajes ladridos, por cuyo motivo los perros se atemorizaron aún más que antes, si cabe.

¿Había más de cien perros? «Buster» y «Bingo» regresaron corriendo al lado de Fatty, alarmados. Éste, para calmarlos, los acarició y les habló en voz baja, evitando el efecto del eco.

—¡Ahora todo va bien, perritos! ¡Continuemos adelante! Enseñadnos el camino.

—¡Camino! —repitió el eco, también muy quedo—. ¡Camino camin-noo cam-iii-nooooo!

Después de andar un buen rato vino una repentina subida y una vez superada en parte gracias a sus linternas que alumbraban perfectamente, Fatty se paró para descansar. El último repecho había sido muy fuerte, de forma que esperó a que los demás se acercaran para hablar.

—Debemos encontrarnos cerca del Torreón —opinó Fatty—. ¿Os acordáis que hay una trampa debajo del caldero situado al lado de la chimenea? Bueno, esto quiere decir que cualquier ruido que hagamos a partir de ahora puede repercutir en la Sala de Armaduras por el eco. De manera que mucho silencio, no sea que hubiera alguien en aquel lugar.

Sin articular palabra y haciendo el menor ruido posible, los seis amigos continuaron ascendiendo. Fatty obligaba a los perros a que no se apartasen de su lado, como medida preventiva a sus ladridos.

Pero antes de llegar a la trampa de hierro, se encontraron en una especie de plazoleta que les produjo la consiguiente sorpresa. Como

es natural, Fatty llegó el primero, puesto que era el que iba delante de todos. Su linterna enfocó una especie de amplia estancia frente a él, de modo que se paró atónito. Recorrió la pieza con su linterna y pudo comprobar que el suelo, lo mismo que las paredes, estaban esculpidas en la misma roca, aunque terminadas muy toscamente. En aquella estancia Fatty pudo ponerse completamente de pie y cuando hubo terminado la inspección se le escapó un silbido admirativo y añadió:

—¡Uf!, ¿qué es esto? ¡Rápido, venid todos!

Los demás entraron en el acto en aquella extraña habitación, que estaba vacía a excepción de tres cosas: ¡una máquina muy rara, una cosa parecida a un globo deshinchado y una silla!

—¿Qué puede ser todo esto? —preguntó Pip, enfocando la linterna a las mencionados enseres.

—Si jugáramos a las adivinanzas yo diría que todo esto son los instrumentos necesarios para que nuestro querido y nunca bien ponderado duende, se lamente, aúlle y grite a la vez con toda la potencia que se desee.

—¿Estás seguro? —inquirió Bets—. ¿Para qué servirá el globo? ¡Enfócalo con tu linterna, Fatty!

—Es muy probable que este globo sea hinchado con una bomba que hace funcionar esta máquina —opinó Fatty— y cuando se deshincha produce toda clase de ruidos que hacen creer al público que visita el Torreón que son ocasionados por el duende.

—Pero ¿cómo es posible que se oiga en todos los rincones del Torreón? —preguntó Bets, intrigada.

—¡Oh, habrá amplificadores en todas las habitaciones, supongo yo! —dijo Fatty, que siempre parecía saberlo todo—. Ya sabes, aparatos que multiplican cualquier sonido y lo transmiten con mucha más potencia. ¿Te acuerdas de la potencia, magnitud y claridad del aullido del otro día?

—¡Claro que sí! —contestó Bets, temblando al recordar el terrible aullido—. Pero ¿cuál debe ser el verdadero motivo de sembrar el pánico de este modo? ¡Creo que lo que están haciendo es espantar a los visitantes en vez de atraerlos!, ¿no?

—Eso parece, pero no creo que ellos piensen de este modo, me refiero a los que han instalado esta máquina —dijo Fatty mientras

observaba todos los extraños enseres y la máquina—. ¿Cómo funcionará? ¿Para qué será esta rueda que hay aquí?

Le dio unas vueltas hacia la derecha, pero no ocurrió nada anormal. Hizo lo mismo hacia la izquierda y acto seguido algo empezó a funcionar en el interior de la rueda: «clink-clank, clan-clank…».

—¡Se ha puesto en marcha, páralo, rápido! —exclamó Bets, espantada ante lo que pudiera ocurrir.

Pero Fatty no le hizo caso, muy al contrario, se dedicó a observar el funcionamiento con una sonrisa socarrona.

—¡Fatty, Fatty, no sabes bien lo que has hecho! —protestó Bets nuevamente.

El globo comenzó a hincharse, por cuyo motivo, «Buster» empezó a dar muestras de inquietud, gruñendo y enseñando los dientes; como es natural, «Bingo» le copió. El globo se hinchaba e hinchaba, luego se oyó un nuevo y sonoro clink, después del cual una pieza se trasladó de posición y comenzó a rodar a gran velocidad. Los chicos no comprendían qué estaba ocurriendo.

—¡Apuesto que es el amplificador que está a punto de trabajar! —exclamó Fatty con ojos brillantes—. Bueno, preparaos para oír algo de un momento a otro, pero no tengáis miedo, ya que solamente se trata del funcionamiento de una máquina. ¡Ahí va!

En aquel momento el globo, que empezó a deshincharse, produjo un ruido ensordecedor que cogió desprevenidos a nuestros amigos. ¡Parecía un lamento humano! Bets cogió la mano de Fatty temblando, ¡era tan horrible…!

—Sólo es un truco muy inteligente, Bets —tranquilizóla Fatty en voz baja—. Simplemente una máquina destinada para que, en conexión con el globo y un amplificador, produzca estos aullidos tan fuertes.

Todos los chicos se acurrucaron en el lugar más cómodo de la estancia, mientras Fatty intentaba parar aquel aparato odioso.

—Me pregunto si el señor Engler tiene algo que ver con esto —comentó Fatty.

—¡Por favor, Fatty, haz que se detenga esta máquina! —rogó Bets—. No puedo soportar este aullido, ¡es superior a mis fuerzas!

Fatty, al fin, después de varios intentos, tiró de una pequeña

palanca, haciendo que el aparato empezara a perder velocidad y el globo se deshinchó por completo. Inmediatamente aquel ruido empezó a apagarse gradualmente, hasta que todos los instrumentos se pararon. A aquel estruendo tan desagradable, le siguió un magnífico silencio que devolvió la tranquilidad a cada uno de los seis amigos. Bets suspiró hondamente y exclamó:

—¡Oooooh!, en toda mi vida espero oír un ruido tan desagradable. ¡Ni un duende de verdad es capaz de aullar de semejante manera!

—En nuestros días es muy difícil que creamos en duendes, Bets —dijo Fatty, examinando la máquina con detenimiento, ayudado de su linterna—. Aunque también cuesta creer que todavía existan hombres como el malvado señor Engler, capaces de montar semejantes aparatos terroríficos, pero desgraciadamente tenemos que creerlo, ¡incluso lo estamos viendo! En fin, ¿qué hacemos ahora?

—Yo creo, Fatty, que si podemos, tendríamos que continuar hasta llegar donde está la tapa de hierro que da a la chimenea y entrar para poder mirar esos cuadros otra vez —dijo Ern—. Quiero comprobar si Bets se acuerda del lienzo que tenía pintado el bote. Si lo reconoce, tengo razón y si por el contrario, no, pues… no hay misterio. La verdad es que, ¡empiezo a encontrarme enfermo con tanto duende, botes que desaparecen y maquinaria escondida!

—Bueno, pero no te pongas enfermo aquí, Ern, ¡casi no hay sitio! —exclamó Fatty con viveza—. De acuerdo, iremos hacia la trampa, si nadie nos lo impide, aunque supongo que de haber alguien en el Torreón ya habría aparecido para averiguar «por qué» el duende se quejó sin pedir permiso, y como no hemos visto a persona alguna, supongo que el castillo está cerrado hoy.

Fatty inspeccionó con su linterna la estancia otra vez, hasta que dio con el lugar donde continuaba el túnel.

—¡Tal y como pensé! —anunció Fatty—. ¡Escalones!, y además, esculpidos en la roca. Apuesto cualquier cosa a que son los mismos que vimos desde el agujero de la Sala de Armaduras, cuando sacamos a los perros.

Los demás le rodearon. En efecto, no había duda: ¡eran los mismos!

—Iré, delante yo —ordenó Fatty—. Pero, sobre todo procurad no hacer ruido no sea que haya alguien, aunque lo dudo. Ya he dicho antes que no debe de haber nadie, pues hubiera aparecido sin pérdida de tiempo al oír al supuesto duende; pero, por si acaso, os repito, no hagáis ruido. No habléis en voz alta.

Todos marcharon lentamente y en silencio. Muy pronto Fatty llegó al final del pasaje, donde estaba la tapa de hierro asentada muy firmemente, gracias al pesado caldero situado encima de ella.

—¡Allá voy! —exclamó Fatty empujando con todas sus fuerzas aquella disimulada puerta.

Después de grandes esfuerzos la tapa cedió haciendo gran estrépito ya que al moverla el caldero cayó a uno de los lados de la misma, ¡logrando atemorizar a Fatty y a sus amigos por unos momentos!

Éste permaneció al pie de los últimos peldaños tratando de oír algún ruido. Pero para su tranquilidad, no escuchó nada anormal, ni gritos de sorpresa, ni pasos apresurados, en fin, nada de particular. El inmueble tenía que estar vacío, sin duda, tal y como habían supuesto. ¡Bueno!, ¡daban gracias a Dios por esta eventualidad!

Cuando, seguidamente, Fatty salió fuera del pasillo secreto y miró a su alrededor vio la sala completamente desierta. ¡Bueno, ahora había llegado el momento de examinar los cuadros a sus anchas y posiblemente encontrarían una explicación razonable a la desaparición de la pequeña barca!

Uno tras otro, todos los chicos fueron saliendo del pasadizo secreto ayudados por Fatty, lo mismo que los perros, atendidos por Ern, los cuales sintieron una gran alegría pudiendo correr y estirarse, después de tanto tiempo sin hacerlo. ¡Había que ver cuánto les habían afectado aquellos aullidos!

—Vámonos directamente a ver el cuadro, que ha sido motivo de tanta discusión —propuso Bets, después de que hubieran salido del escondrijo—. ¡Ern, ven conmigo!

Y en seguida ambos muchachos se dirigieron a través de la Sala de Armaduras, hacia la de las pinturas. Efectivamente, allí estaban las maravillosas marinas con sus colores azules y verdes, el sol radiante, tempestades, viento huracanado, etc., algunas de ellas ocupaban gran parte de la pared con sus considerables dimensiones:

—Bets: aquí está el tan «cacareado» cuadro —dijo Ern parándose frente al lienzo—. ¿Te acuerdas de él?

—¡Claro que sí! —contestó la niña—. Y recuerdo perfectamente que allí estaba el pequeño bote rojo que ahora no se ve. Sé muy bien que estaba, Ern, precisamente entre estas dos olas de aquí, ¿no?

Bets señaló con el dedo el punto donde ella creía que había estado la barquito con anterioridad.

—¡Sí! —exclamó Ern triunfante—. Aquí es exactamente el lugar donde estuvo pintado el bote. ¿No te lo dije, Fatty? Y ahora lo corrobora Bets. ¡Es completamente imposible que los dos hayamos cometido la misma equivocación!

—Dime, Fatty, ¿cuál es tu opinión sobre el particular? —preguntó Bets—. No se aprecia señal alguna de que lo hayan quitado o tapado.

—Seguramente una ola gigante se lo ha tragado y lo hundió al fondo del mar —dijo Pip haciendo una gracia—. Es la explicación más razonable.

—No te hagas el gracioso —díjole Bets, preocupada ante el convencimiento de semejante desaparición—. Fatty, quiero mirar algunos cuadros más.

Pero antes de que pudieran continuar la inspección, los perros, que habían estado rondando alegremente de un lado a otro se quedaron quietos, levantaron las orejas y empezaron a dar gruñidos al tiempo que se les levantaban los pelos del cuello.

Fatty susurró unas palabras a los otros:

—Regresad a la Sala de Armaduras, niños, pues, ¡alguien se acerca! Daos prisa, ya que tenéis que internaros en el pasadizo otra vez y llegar al lugar donde tenemos las bicicletas. ¡Si nos descubren estamos perdidos! ¡Larry y Pip, vigilad a las muchachas!

Las muchachas echaron a correr hacia la Sala de Armaduras junto con Pip y Larry y una vez allí quisieron esperar a Ern y Fatty, pero Larry no se lo permitió.

—Estáis bajo mi protección —dijo—, así que ¡rápido al túnel!

Fatty y Ern se dirigieron también a la Sala esperando que les diera tiempo de descender al sótano, pero ¡no fue así! Solamente tuvieron el tiempo necesario para colocar el caldero sobre la tapa

de hierro, cuando los pasos se hicieron más fuertes y una persona entró en la habitación, diciendo en voz alta:

—¡No os mováis de ahí! ¿Qué significa todo esto? ¿Por dónde habéis entrado? ¡Contestad en seguida!

Capítulo XIV

¡Prisioneros!

La persona que gritaba así, no era otro que el señor Engler. Estaba sumamente irritado y rojo de cólera; detrás de él estaba el portero sonriendo con ironía. Los dos perros, «Buster» y «Bingo», al darse cuenta del tono agresivo de los recién llegados para con sus amos, saltaron sobre ellos atacándolos a dentelladas, mientras éstos, se defendían a patadas con el fin de mantener su «integridad física».

El austríaco y su compañero llevaban la peor parte, como es natural, así es que el primero tuvo que recurrir a una medida heroica.

—¡Llama a esos perros o los mato! —gritó el señor Engler, dirigiéndose a Fatty, empuñando una espada que había descolgado de la pared donde estaba expuesta.

—¡«Buster», ven aquí; «Bingo» toma! —gritó Fatty, atemorizado ante la perspectiva de que el extranjero llevara a cabo lo que acababa de decir.

Pero para suerte de los dos hombres, ambos perros obedecieron la orden de Fatty, claro que también para su propio bien, ¡todo hay que decirlo! «Bingo» y «Buster» continuaron gruñendo con los pelos del cuello levantados todavía. Gracias a que «Buster» había aprendido a obedecer a la primera orden, había salvado el pellejo. De todas maneras, Fatty no pudo evitar que el animal mostrara su afilada dentadura, ya que no admitía que nadie tratara desconsideradamente a Fatty ni tampoco a Ern.

—Es mejor que estos animales hayan obedecido —dijo el señor Engler, todavía con la espada en la mano—. De no haber sido así, los hubiera matado a las primeras de cambio. Y ahora explicadme

vuestra presencia en este lugar; la puerta estaba cerrada, luego supongo que entraríais por alguna de las ventanas, concretamente, por la del primer piso, que he visto abierta. Es muy fácil trepar por una enredadera hasta la altura deseada y después… ¡zas!, adentro. ¡Tendréis que contar todo esto a la policía!

Fatty se sintió aliviado al notar que el austríaco creía que habían penetrado en el edificio por la ventana, así es que no hizo ninguna objeción, ya que no iba a explicarle que el camino de entrada en vez de haber sido aéreo, como el señor Engler creía, había sido subterráneo. De manera que si el austríaco ni lo presumía, ¡mucho mejor!

—¡Por favor, no nos lleve a la Comisaría! —suplicó Ern, imaginando la cara de su tío Goon, al verle prisionero—. Se lo suplico, no haga caso; en realidad no hacíamos nada malo. Sólo dábamos un paseo…

—Los he visto antes de ahora, señor —dijo el portero—. Son un atajo de bromistas, incluso creo recordar que forman una pandilla de seis. El otro día vinieron todos, acompañados de estos perros y les dije que no se permitía la entrada a los animales. Por un momento llegué a temer que estos chicos descubrieran lo que tenemos…

—¡Cállate, Flint, no seas estúpido! —barbotó el señor Engler, temeroso de que el empleado dijera alguna inconveniencia que oyeran los chicos—. Vete y empieza a cargar la camioneta; yo me cuidaré de lo que falta y más tarde vuelves para recogerlo.

Después de dar estas órdenes, Engler se volvió hacia los muchachos y antes de que se marchara el portero dijo:

—Temo que vais a pasar un final de semana muy poco divertido. He decidido no llevaros a la Comisaría, pero en vez de ello, os dejaré aquí sin comida ni bebida durante un par de días. ¡Así os enseñaré cómo se trata a los mozalbetes que entran en casas ajenas! Además no creáis que os será tan fácil escaparos por la ventana esta vez. Os voy a atar de pies y manos y cerraré esta habitación con llave. Cuando regrese el lunes, o quizás el martes, escucharé vuestras disculpas y a lo mejor, ¡os dejo en libertad!

—Pero, señor, nuestros padres estarán muy preocupados —comenzó diciendo Fatty—; no hemos hecho nada malo. Le pedimos

toda clase de excusas ahora; lo sentimos mucho y no volveremos a hacerlo nunca más. ¿No es verdad, Ern?

—Sí, sí, no lo haremos más —repitió con fervor, un poco sorprendido de oír a su amigo hablando con tanta humildad—. ¿Por qué parecía Fatty tan sumiso? ¡Era la primera vez que le veía tan dócil!

—Ya me pediréis perdón cuando nos veamos dentro de unos días y hayáis recapacitado sobre lo imprudentes que habéis sido —contestó Engler.

El portero, mientras tanto, sonreía sarcásticamente; estaba encantado de ver al «gordete bromista», como le llamaba, cogido en la trampa y de una manera tan fácil.

—¡Átalos! —ordenó el señor Engler al portero—. Voy a ver si Poussin ha terminado ya.

Fatty se preguntó quién sería Poussin. Tal vez se trataba del pintor francés, puesto que el apellido que había mencionado el austríaco, era de esta nacionalidad. El señor Engler tardó todavía unos minutos en marcharse para poder presenciar los primeros compases de la operación «atadura».

—Necesito una cuerda —dijo el portero, dirigiéndose a su jefe.

—Usa de las cortinas —contestó Engler—. Voy a ver si Poussin ha venido. No dejes solos a los chicos hasta que estén bien atadas sus manos a sus respectivas espaldas. ¡Dije que atadas, Flint, y no les dirijas la palabra si no quieres que hable yo contigo!

—De acuerdo —contestó éste secamente, mientras se dirigía hacia las cortinas para cortar las cuerdas que servían para cerrarlas y abrirlas. Muy pronto tuvo a nuestros amigos atados fuertemente por las muñecas y tobillos.

—No seas bruto. Estas cuerdas son muy fuertes y hacen daño —dijo Fatty entre dientes.

—¡Ahora, amiguitos, ya no haréis más el gracioso! —exclamó Flint—. ¿Se os han acabado las ganas de tomarme el pelo?

En esto, Fatty oyó murmullo de voces en el vestíbulo, las cuales parecían de Engler y del artista francés. Hablaban un idioma que Fatty entendía muy bien, pero al cabo de poco se quedó muy sorprendido al oír unos ruidos parecidos a los de una escalera de mano arrastrada por el vestíbulo y que luego era colocada en algún

sitio. Continuó aguzando el oído. Los ruidos que oía ahora, sonaban como si se usara un cuchillo que cortaba algo. ¿Qué «diablos» estarían haciendo?

Seguidamente captó el sonido como de un pincel sobre la pared. ¿Un pincel? Probablemente una brocha. ¿Estaría el francés pintando un cuadro allí, sobre su caballete, como de costumbre? No, no podía ser, la pintura no haría este sonido: «chap», al ser esparcida sobre la tela.

Flint, el portero, terminó con Ern y seguidamente miró a los muchachos con aquella sonrisa estúpida, típica en él.

—Bueno, ¡que tengáis felices sueños! —dijo cínicamente—. Si tenéis suerte esta noche os harán compañía ratas y ratones, ¡este castillo está lleno de ellos!

—Espera hasta que te vea de nuevo —díjole Fatty—. ¡Te entregaré a la policía! ¿Qué estáis tramando? ¡Estoy desconcertado!

—No me verás más porque, ¡me marcho a Estados Unidos! —explicó Flint—. En América estará mi nueva casa. Nos marcharemos muy pronto, de modo que el viejo duende podrá quejarse hasta reventar; ¡nosotros no estaremos aquí!

Y dicho esto, salió dando un fuerte portazo y cerrando con llave. Ern gimió, sin poder mover un solo músculo.

—¡Buen momento para recibir visitas! —dijo Ern—. Menos mal que no sospecharon que…

—¡Cállate, Ern! —siseó Fatty—. Pudiera ser que estuvieran escuchando para tratar de enterarse de alguna cosa interesante que comentáramos. ¿Puedes levantarte?

—No —contestó Ern, intentándolo—. Lástima que no puedas desatarme, ¡«Bingo»! Oye, ¿es lo suficiente espabilado, «Buster», para que te ayude, Fatty? ¿Todavía no le has enseñado estas cosas?



Los dos perros estaban a la vez intrigados y apenados al ver a sus respectivos amos dando vueltas en el suelo, gimiendo cada vez que sus ligaduras les apretaban más de la cuenta. Los pobres animales les lamían la cara y también gemían muy tristes.

Fatty se arrastró, como pudo, hasta un viejo sofá y ayudándose de sus manos atadas, se las compuso para lograr sentarse en este

asiento; seguidamente se puso de pie y empezó a dar saltos para tratar de echar un vistazo al patio.

Allí abajo había una camioneta aparcada de color azul oscuro. Flint acababa de cargar algo en ella y cerraba la puerta trasera. Seguidamente se dirigió hacia la cabina, cogió el volante y puso el motor en marcha, al mismo tiempo que empezaba a rodar; un coche le seguía detrás. Fatty trató de aprenderse de memoria los números de ambas matrículas.

—PDP202 y VGE333 —murmuró—. Necesito apuntarlo en un papel, pues nunca retengo un número. Ern, ¿eres capaz de recordarlo, PDP202 y VGE333?

—Lo dudo —contestó el pobre Ern—. No pienso en otra cosa que en mis tobillos y muñecas, ¿qué vamos a hacer? No vamos a poder quitarnos estas ligaduras.

—¡No faltaría más! —exclamó Fatty—, no lo he intentado antes porque quería cerciorarme de que se fueran esos individuos, ya que temía que pudieran volver en cualquier momento.

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó Ern—, las cuerdas están muy fuertes.

Fatty se dirigió dando saltos, como en una carrera de sacos, a una de las paredes, donde estaba expuesto un curioso cuchillo, se puso de espaldas a la pared y levantando las muñecas colocó las ligaduras sobre la hoja del mismo, después muy despacio y con sumo cuidado para no cortarse, empezó a seccionar la cuerda.

Su amigo le miraba, admirado. Fatty no le había defraudado y esta vez también le había surgido una idea luminosa. El muchacho continuaba la operación con paciencia hasta que al final una de las cuerdas cedió, después la otra. Seguidamente dio un tirón y las cuerdas quedaron cortadas.

—Tengo las manos paralizadas y sin fuerza —manifestó Fatty, al mismo tiempo que hacía unos ejercicios musculares—. Te desataré cuando haya recuperado el tacto.

Al ver el nuevo giro que tomaban las cosas, «Buster» se acercó a su amo y le lamía las manos muy contento, mientras gemía. Sabía, dentro de su mentalidad de perro, que Fatty estaba en peligro, cosa que le producía mucha pena y le preocupaba en extremo, pues no acertaba a ver cómo podría ayudarle.

Transcurrió un buen rato antes de que Fatty pudiera hacer uso de sus manos y aun así le dolían mucho. Tardó bastante en deshacer las ligaduras de Ern, pues no quiso ayudarse con el cuchillo, ya que no tenía la completa seguridad de ser lo suficientemente hábil.

Pero finalmente lo consiguió. El pobre Ern estaba todavía peor que su amigo, pues el tal Flint le había atado con verdadera saña. Una vez libre de pies y manos el chico se sintió ya mejor y se fue recuperando con rapidez.

—¿Vamos a huir por el túnel? —preguntó el sobrino de Goon—. De todas maneras, no puedo andar, pues tengo las piernas muy doloridas, incluso tengo la sensación de que me las pinchan con alfileres.

—Supongo que las chicas, Pip y Larry vendrán a ayudarnos —dijo Fatty—. Lo que deseo es salir de esta habitación e inspeccionar algunas salas del piso superior. ¡Tengo la impresión de que podemos encontrar algo interesante!

—Pero ¿cómo vamos a salir? El tipo aquel cerró con llave —explicó Ern.

—Ya lo sé, pero tal vez podremos abrir la puerta desde aquí —contestó Fatty acercándose a ésta y mirando por la cerradura.

Después se arrodilló y miró por debajo de la puerta. Ern seguía todos sus movimientos con interés mientras pensaba «¿qué estará maquinando Fatty ahora?».

—Voy a servirme de un viejo truco que ya he usado anteriormente, Ern —díjole Fatty.

Se acercó a la mesa, donde había un montón de catálogos y cogió uno, después arrancó las hojas interiores, quedándose solamente con las cubiertas que eran de un papel reforzado. Una vez hecho esto, regresó a la puerta, se arrodilló nuevamente e hizo pasar las cubiertas por debajo de la misma, de manera que la mayor parte del papel quedara al otro lado de la mencionada puerta.

Después se levantó e introdujo la punta de su cortaplumas dentro de la cerradura, hasta colocar la llave en posición de ser expulsada de ella y una vez conseguido su propósito, con el mismo cortaplumas, la empujó y cayó al suelo, haciendo ruido. Los perros, al oírlo, empezaron a ladrar. ¿Qué ocurriría ahora?

—¡Magnífico! —exclamó Fatty, tirando de las cubiertas hacia él;

¡la llave era trasladada sobre el papel!

—Ahora —dijo Fatty—, podremos abrir la puerta desde aquí y hacer una pequeña inspección. ¡Vamos, Ern!, ¿puedes andar?

Capítulo XV

Fatty investiga

Fatty recogió la llave que hiciera pasar con tanto cuidado por debajo de la puerta.

—¡Espero que tendré fuerzas para abrir! —exclamó el muchacho al tiempo que introducía la llave en la cerradura—. ¡Tengo las muñecas completamente destrozadas!

Pero la llave no opuso ninguna resistencia, de modo que Fatty abrió la puerta mirando con cautela hacia la sala de la exposición de pinturas, pues aunque había visto cómo se marchaban en el coche y la camioneta el señor Engler y sus acompañantes, no quería ser sorprendido otra vez por alguna persona que estuviera allí.

No se oía ruido alguno, pero a pesar de ello, «Buster» y «Bingo» no se apartaban de los chicos y mientras tanto, olfateaban continuamente para tratar de descubrir cualquier anormalidad y de ser así, saltar sobre el primero que intentara perjudicar a sus amos.

—No puede haber nadie ahora —dijo Fatty—. Los perros ya se habrían dado cuenta. ¡Mira!, una escalera de mano y un bote de pintura con una brocha dentro. ¿Te acuerdas de que oímos ruido como si arrastraran una escalera, Ern?

Se acercaron al lugar donde estaban estos enseres, muy intrigados, esperando encontrar pintura en el bote, pero ¡no fue así!

—Es cola —dijo Fatty introduciendo su dedo en el recipiente—. Ern, procura que no se te caiga sobre el traje, pues es la cola más fuerte que he visto jamás. ¡No puedo quitármela del dedo! ¿Para qué la utilizarán?

Se quedaron contemplando detenidamente los dos cuadros que estaban a cada lado del bote de cola, en los que no se apreciaba

nada anormal a simple vista. Ern ya iba a marcharse de allí cuando Fatty exclamó:

—¡Espera un momento!

Y es que de repente se percató de que una de las esquinas de un cuadro había sido encolada recientemente, incluso la tela estaba pegada al marco.

Se quedaron perplejos. ¿Por qué habían usado la cola? ¿Estaba tal vez el marco roto y tuvieron necesidad de encolarlo de nuevo? De todas maneras, las telas jamás van pegadas al marco, como ocurría en éste, sino que si se encola el marco, éste es puesto nuevamente, de forma que no se perjudique la pintura, es decir, sin rozarla siquiera.

Fatty no dio más importancia a esto, por el momento, pensando que quizá más tarde encontraría explicación a este misterio.

—Vámonos, Fatty. ¿Qué estás pensando? —exclamó Ern, impaciente—. Quiero salir de aquí, lo mismo que los perros.

«Bingo» gemía, demostración evidente de que la causa de ello era el Torreón del Duende, donde no se encontraba a gusto; deseaba echar una buena carrera y estirar las patas.

—Bueno, bueno, «Bingo» —dijo Fatty—. Pronto nos iremos; sólo quiero echar un vistazo por ahí e intentar descubrir alguno de los secretos del señor Engler.

Salieron de la sala pictórica y anduvieron adelante hasta llegar a una escalera en la que había pegado un cartel con las siguientes palabras: «Privado. No pasar».

Fatty no hizo el más pequeño caso a la disposición y lo mismo que Ern subió la escalera con cierta lentitud, pues sus tobillos aún le dolían después de haber estado atados. Los perros los adelantaron ladrando.

Al final de la escalera llegaron a una habitación muy amplia en la que había una mesa de despacho y otra más pequeña. Cuadros y marcos vacíos estaban colgados de cualquier manera en las paredes. En la mesa grande había un buen grupo de catálogos y varias cartas esparcidas.

—Todo esto es muy interesante —manifestó Fatty, mirando ciertas telas ya pintadas—. Todas son marinas, ¿te acuerdas de ésta?

—Sí, debe ser la copia del cuadro que hemos visto hace un

momento abajo —contestó Ern—. ¡No veo diferencia alguna entre este lienzo y el original! Supongo que esta copia debe de haber sido hecha por el pintor francés; esto es lo que hace: ¡sentarse a copiar los cuadros de otro! ¡Nunca pensé que a un artista de verdad le gustara copiar en vez de crear!

—Quizá lo hace porque le pagan muy bien —opinó Fatty—. Vaya, aquí hay cartas; vamos a ver de quién son.

—¿Te parece correcto leer las cartas dirigidas al prójimo? —preguntó Ern, incómodo.

—La verdad es que después del amable trato que hemos recibido del señor Engler, no creo que tengamos que guardarle muchas consideraciones —exclamó Fatty, leyendo alguna de ellas—. De todas maneras, Ern, se las pienso dar al inspector Jenks; estoy seguro de que se sentirá muy agradecido a nosotros.

—¡Cuu! —exclamó Ern, atónito—. No hagas tal cosa, Fatty, te encerrará. Será mucho mejor que las dejes donde las has encontrado.

Pero Fatty no prestaba atención a lo que le decía su amigo; estaba absorto en la lectura de un par de cartas. Ern se acercó al muchacho y, por encima del hombro de su amigo, pudo leer las direcciones: «The Hedling Art Gallery», «Diddinghabe» U.S.A., «Art Shows Hinkling» U.S.A., era una tercera.

«¡Vaya una gracia! —pensó Ern—. ¿Qué creerá poder encontrar Fatty en esta clase de correo?».

Volvió a mirar la hoja de papel en la que Fatty continuaba tan interesado, pero no pudo hacerse cargo del contenido de la misma.

«Será una lista de pintores, cuadros y precios», pensó Ern.

Y en vista de que Fatty no le hacía el menor caso dijo en voz alta:

—Fatty, estamos perdiendo un tiempo precioso que debemos aprovechar para irnos. Estos tipos pueden volver de un momento a otro y además Bets y los otros nos deben estar mandando ayuda. ¡Vámonos ahora que tenemos el camino libre!

—Está bien, Ern, está bien —contestó Fatty—. Déjame hacer una lista de las Galerías de Arte que compran telas al señor Engler.

Anotó con rapidez varias direcciones y echó un vistazo final a su alrededor.

—Antes de marcharnos, vamos a entrar sólo un momento, en esta habitación de aquí al lado, porque tengo el presentimiento de que todavía no hemos visto lo mejor.

Así lo hicieron y al entrar en la habitación comprobaron que era más pequeña que la anterior. Ern se quedó muy sorprendido, pues, ¡era un confortable dormitorio!, en el cual había un guardarropa muy bien surtido; sobre la cama sin hacer había una blusa de pintor, completamente manchada de pintura y sobre la mesita de noche un libro.

Fatty lo cogió y dijo:

—Si no me equivoco este libro tiene que estar escrito en francés.

Lo ojeó a la ligera e hizo un signo afirmativo con la cabeza, diciendo al mismo tiempo:

—¡No me he equivocado! Además de estar escrito en francés, trata de Colecciones Continentales de pinturas y en especial de temas marinos. Y aquí, en la primera página, el propietario ha escrito su nombre y dirección: François Henri Ortelo, 91 Rué Carnot, París. ¡Ha sido muy amable dejando su «tarjeta de visita»! No deja de ser interesante que el señor Engler le haya alojado con tanto lujo. Sin duda, ¡debe de serle muy útil este pintor!

—¡Por favor, deja los libros y cartas tranquilos! —exclamó Ern, desesperado—. ¡Quiero irme! ¡Odio este castillo! Incluso parece como si en cualquier instante tuviera que aullar el duende de nuevo.

—De acuerdo, Ern, vámonos —dijo el otro, escribiendo unas notas en su libreta—. Lo mejor será que nos despistemos, no sea que el señor Engler regrese y no me siento inclinado a verle hoy otra vez. ¡No me gusta su modo de comportarse!

—Es una bestia —replicó Ern—. Mis tobillos todavía me duelen, como si hubiera corrido muchos kilómetros.

—Bueno —dijo Fatty cerrando su libreta de notas—. Pronto olvidaremos todo esto. Francamente, me siento muy contento, pues si no me equivoco, ¡creo que tenemos el misterio casi resuelto!

—¡No seas jactancioso, Fatty! —exclamó su amigo con incredulidad—. ¿Qué explicación das a la desaparición del pequeño bote que estaba en el cuadro? ¡Apuesto cualquier cosa a que no sabes cómo ocurrió!

—En fin, ya veremos —contestó Fatty—. Vámonos a casa y discutiremos con los demás, lo que hemos encontrado. Veamos, se escaparon por el túnel hasta la colina, donde dejamos las bicicletas y desde allí al pueblo.

—Si no se han parado a comer algún helado o algo por el estilo, estarán en casa antes que nosotros —dijo Ern.

—¡Dudo que hayan hecho esto, sabiendo que nosotros estamos en peligro! —exclamó Fatty.

—Es verdad, tienes razón —aprobó Ern—. Salgamos por la puerta principal con los perros y vayamos a buscar las bicicletas por la colina.

Bajaron las escaleras con los dos perros, ambos muy nerviosos, meneando la cola, pero como «Bingo» la tenía más larga que «Buster», parecía que la movía más que éste, por lo menos esto es lo que opinaba Ern.

Abrieron la puerta y salieron cerrando sin hacer ruido. Bajaron por el bosque, procurando esconderse entre los pinos, un poco temerosos de tropezar con el señor Engler y sus compinches. Los dos perros sospechaban que todo no marchaba a la perfección para sus amos, por lo que corrían pegados a sus talones y en ningún momento intentaban dedicarse a cazar.

Por fin llegaron a los matorrales, donde habían escondido las bicicletas y pudieron comprobar que las otras cuatro habían desaparecido.

—¡Estupendo! —exclamó Fatty—. Se han escapado sin contratiempos. Sin embargo, no pueden llevarnos mucha delantera, máxime que nosotros hemos corrido mucho al bajar esta pendiente.

Muy pronto estuvieron pedaleando a toda velocidad cuesta abajo con los perros saltando en sus respectivos cestos.

—¿Qué haremos cuando lleguemos? —gritó Ern—. Supongo que no irás a informar de todo esto a mi tío Goon. ¡Ya sabes que estoy en malas relaciones con él!

—No te preocupes, Ern. Será mucho mejor dejar a un lado a tu tío y ponernos en contacto con el inspector jefe Jenks; le conocemos muy bien y, por otra parte éste es un caso demasiado complicado para que sea capaz de resolverlo un simple policía de pueblo.

—¡Repato! —exclamó Ern, amedrentado—. Pero ¿no dirá el

inspector que le molestamos sin necesidad?

—Lo primero es llegar a casa —dijo Fatty, mientras pedaleaba con fuerza—, y encontrar a los otros, que no pueden haber llegado mucho antes que nosotros. ¡Palabra, Ern!, el misterio se nos está «disolviendo». ¡Todo encaja a la perfección!

—¡Claro, claro, Fatty, no faltaría más! —gritaba Ern sin creer un ápice de lo que le estaba diciendo su amigo—. ¡El único que encajará aquí voy a ser yo, cuando mi tío me ponga la mano encima! ¡Oh, Fatty, más despacio que por poco pierdo a «Bingo»!

Capítulo XVI

Noticia desagradable

Fatty y Ern llegaron a casa del primero, sin novedad y para descanso de «Buster», pues el animal, debido a la cantidad de baches y a la velocidad que iba su amo, había pasado el viaje saltando de lo lindo dentro del cesto. El pobre perro acababa de decidir que nunca más se montaría en una bicicleta con Fatty. ¡Ciclismo y perros no se llevaban muy bien!

«Bingo» y «Buster» saltaron de sus cestos, que como sabemos iban atados detrás del asiento de la bicicleta, y éste se dirigió en el acto al lugar donde le ponían la comida para ver si le habían dejado algo en su plato y ¡qué suerte!, la buenaza de la cocinera le había preparado un plato de carne fresca. «Bingo», también hambriento, se acercó a «Buster», pues recordaba sus buenas maneras, por cuyo motivo suponía que le dejaría compartir el ágape.

—¡Buen perro, «Buster»! Estoy contento de tu comportamiento —díjole Fatty—. Compraremos un buen pedazo de carne para «Bingo», pues estoy seguro que lo compartirá contigo, como ahora harás tú con él. Pero debéis quedaros ahí fuera.

Fatty abrió la puerta de su cabaña y como no vio a nadie, preguntó, mirando al mismo tiempo a su alrededor:

—¿Dónde estarán los demás? Espero que no les haya pasado nada anormal. Pero, de todos modos, ¿qué les habrá ocurrido? ¡Con toda seguridad los alcanzamos en el camino, sin darnos cuenta!

—Tal vez alguno tuvo un pinchazo en la rueda —opinó Ern— y, si mi suposición se confirma, ¡es lógico que todavía no estén aquí! Quizá la rueda delantera de Larry se haya quedado sin aire y todos se habrán parado, escondidos entre los árboles, mientras éste

reparaba la avería.

De hecho, era casi seguro que Ern y Fatty habían pasado a sus compañeros sin darse cuenta siquiera.

—Pasasteis como una exhalación —protestó Larry, cuando finalmente todo el grupo llegó al cobertizo de Fatty.

—Estuvimos chillando y haciendo señales, pero vosotros pasasteis a 80 kilómetros por hora, con los perros saltando detrás, como si fueran manzanas —se quejó Pip.

—Fatty, ¿te encuentras bien? ¿Qué ocurrió después de irnos? —preguntó Bets—. Temía que esos individuos pudieran haceros algún daño.

—¡Oh, no pasó nada anormal! —exclamó Fatty sin dar importancia a lo ocurrido, al mismo tiempo que se bajaba las mangas de su gabardina, para que no vieran las señales de la cuerda en sus muñecas—. Descubrimos cosas muy interesantes, Bets, ¡y debemos tener una reunión ahora mismo!

Pero antes de iniciar las conversaciones, llamaron a la puerta y apareció la madre de Fatty.

—Federico, ¿estás ahí? Te llaman al teléfono.

—¡Oh, mamá!, ¿no puedes decir que estoy ocupado? —suplicó Fatty exasperado—. Vamos a empezar una de las reuniones más importantes. Realmente muy importante.

—Muy bien, hijo, le diré al inspector Jenks que estás muy ocupado y que no puedes atenderlo —contestó su madre cerrando la puerta.

Pero Fatty saltó de su asiento, gritando.

—¡Mamá! ¡Espera! ¿Dijiste el inspector Jenks? ¡Voy volando!

Ern miró a los demás, mientras Fatty salía disparado hacia la casa. «Buster» le seguía, sin saber a ciencia cierta qué es lo que ocurría ahora.

—Seguro que el inspector sabe algo de nuestros descubrimientos en el Torreón del Duende —dijo Ern muy complacido a sus amigos—. Supongo que le hará un sinfín de preguntas a Fatty. Y además, resulta muy divertido ver cómo nuestro amigo llega siempre el primero, ¿no es verdad? ¡Esperad que vuelva y os cuente lo que hemos descubierto esta mañana!

Fatty cruzó el jardín a todo correr, pensando en las razones que

tendría el inspector jefe Jenks para telefonearle.

«Probablemente sabe algo sobre el Torreón del Duende, sobre los lamentos y tal vez quiere saber alguna cosa referente al señor Engler. Bueno, en todo caso, puedo darle una buena información», pensó el muchacho, complacido.

Llegó al teléfono y cogió el auricular diciendo:

—¿Inspector jefe Jenks? Aquí Federico Trotteville. Perdone que le haya hecho esperar, señor.

—Federico, voy a ir al grano —dijo el inspector—. Siento mucho decirte que tengo dos denuncias contra ti. Espero que podrás explicármelo detalladamente, para satisfacción de todos; por lo menos, así lo espero.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Fatty alarmado.

—En realidad, la primera denuncia —explicó el inspector jefe—, no es muy importante, la ha hecho el señor Goon y es contra Ern. Tú sabes que la madre de este muchacho le dijo a Goon que se cuidara de él, pero se escapó de la casa de su tío y posteriormente se le ha visto viviendo en tu cobertizo.

—Es verdad, señor —afirmó Fatty, sin titubear—. Pero no creo que yo tenga nada que ver con todo eso. Goon vino a por el pobre chico y él…

—Me temo que Ern tendrá que volver con su tío —cortó el inspector jefe—. Es el deseo de su madre y los padres tienen algunos derechos sobre los hijos, ¿sabes?

—Sí, señor, está muy claro —contestó Fatty compadeciéndose del pobre Ern.

—La segunda denuncia, Federico —dijo la voz al otro lado del hilo—, es mucho más importante y entra dentro del terreno del delito. La denuncia está firmada por un tal señor Engler, propietario del Torreón del Duende. Te acusa de haber penetrado en el castillo junto con otro chico, cuyo nombre no conoce, acompañado de dos perros. Por lo visto, no se permite la entrada a los animales y vosotros lo sabíais y aún a pesar de esto, ¡entrasteis con dos perros a falta de uno! ¿De quién es el segundo perro?

—De Ern —contestó Fatty en voz baja mientras se sentía cada vez más deprimido.

—¡De Ern! ¡No sabía que tuviera un perro! —exclamó el jefe de

policía.

—Sí, efectivamente tiene uno, el cual se llama «Bingo» —explicó el muchacho.

—Pero ¿qué «diablos» estabais haciendo Ern y tú y los dos perros en el Torreón del Duende? —preguntó el inspector Jenks—. Por lo visto no hubo exposición ese día por lo que las puertas estaban cerradas. Federico, ¿seguro que no penetrarías en el edificio, verdad?

—Verá, inspector, si se refiere a abrir candados o ventanas o algo por el estilo —replicó el pobre Fatty—, no, pero es verdad que entramos…

El inspector Jenks dio un gruñido.

—Has sido un perfecto estúpido, Federico. Has caído en las manos de Engler, como un inocente. El austríaco es muy listo, rencoroso y de malos instintos. Hemos intentado averiguar alguna cosa de él vigilándole y ahora vienes tú y lo estropeas todo; para colmo, estás a su merced. Federico, no sé cómo voy a sacarte de este atolladero.

—Ya sé que es un mal asunto, señor —manifestó Fatty, asustado —. Intentamos descubrir sus maquinaciones, tales como los aullidos del duende, por ejemplo y…

—¿Sabías que era un mal sujeto? —dijo el inspector jefe muy sorprendido—. Y ¿cómo te has enterado? Mira, Federico, ahora voy a verte. Nunca sé lo que estás tramando. Deseo que cuanto antes te hagas mayor para que puedas entrar en el cuerpo y así podré vigilarte continuamente. No te muevas hasta que llegue, es una orden.

El inspector jefe colgó el teléfono con estrépito y Fatty hizo lo mismo con el suyo, sorprendido al ver cómo temblaban sus manos. ¡Repámpanos!, esto no era nada divertido. ¿Qué diría su padre si se enteraba?

«Creo que esta vez me he pasado de la raya —dijo para sí el chico—. ¡Nunca había visto al inspector jefe "fuera de sus casillas" como hoy! Incluso me he sentido como un gusano».

Fatty llamó a su madre.

—Mamá. El inspector jefe vendrá dentro de unos minutos. Por favor, ¿querrás decirle en cuanto llegue que estoy en mi cobertizo?

Después de decirle esto a su madre, se fue rápidamente, deseando que ésta no le preguntara nada al respecto, pues era muy difícil darle una explicación, sin salir mal parado.

Llegó a la puerta de su cabaña y entró.

—Pareces apesadumbrado, Fatty. ¿Qué ocurre? —preguntó Bets.

El muchacho se hundió dramáticamente en una silla, miró a los presentes y pasándose una mano por la frente dijo:

—Bueno, quizá tenga que ir a la cárcel o a un correccional. Engler me ha denunciado a la policía por haber penetrado en el Torreón del Duende, estando cerrado. Y el señor Goon ha hecho otro tanto, denunciándome porque Ern se escondió aquí, cuando se escapó de su casa.

—¡Tú no me escondes! —exclamó Ern—; solamente me proporcionas alojamiento. Y, por favor, Fatty deja que me quede aquí, en tu cobertizo.

—Bueno, tienes razón en lo que dices, pero ésa es otra manera de decir que yo te escondo aquí —replicó Fatty.

Ern saltó de su silla.

—Siéntate, Ern —rogó Fatty—. Por el momento no podemos hacer nada. El inspector jefe Jenks viene hacia aquí y tendré que esperarle; además, me gustaría que estuvierais vosotros también.

—¿Viene mi tío con él? —preguntó Ern con miedo.

—No creo —contestó Fatty—. No me gustaría denunciar a tu tío, Ern. En realidad podría hacerlo por varios motivos.

—No caigo en ello —dijo Ern, abatido—, a no ser por chillarme hasta dejarme sordo, pellizcarme las orejas, darme empujones…

—Escuchad, alguien se acerca —cortó Fatty pendiente del menor ruido, casi tanto como los perros—. He oído un coche al pararse frente a la verja, estoy seguro.

—¡No puede ser, Fatty! —exclamó Larry—. Estamos situados al final del jardín y…

Pero en aquel preciso momento los dos perros empezaron a ladrar desaforadamente, sin que nadie pudiera entenderse.

—¡Cállate! —gritó Fatty, amenazando a «Buster»—. ¿Quieres que te detengan por armar tanto escándalo? ¡Ern, coge a «Bingo»; parece que los dos se han vuelto locos!

A todo esto llamaron a la puerta. Al abrirla, apareció el

inspector jefe Jenks, alto, voluminoso, de cara agradable, pero esta vez no sonreía como era natural en él. Miró a su alrededor y dijo:

—De mañero que los Cinco Pesquisidores están reunidos aquí —sonrió.

Fatty tuvo un rayo de esperanza al ver la sonrisa del inspector; quizá no iba a reprenderle demasiado.

—Bien, pequeña Bets, ¿de manera que estás aquí con todos? —dijo el inspector acariciando la cabeza de la niña; ella cogió su mano de repente.

—Inspector Jenks, no se llevará a Fatty a la cárcel, ¿verdad? —preguntó Bets con voz lastimera—. Él ha estado investigando sobre un misterio, esto es todo y nosotros también investigamos.

—¡Tranquilízate, Bets! No podría, aunque quisiera —díjole el jefe de policía—. Es demasiado joven, todavía un niño, aunque a veces se pasa de la raya. Bien, ¿cómo estáis todos? Ahora que caigo, aquí hay un nuevo perro. ¿Cómo se llama?

—«Bingo» —contestó Ern, de una manera tan arrogante que todos sonrieron—. Es mi perro, señor. Tendría usted que ver cómo juega con «Buster». ¡Vaya pareja!

—Bonito perro, Ern —dijo el inspector, acariciando a «Bingo», que inmediatamente se puso patas arriba muy contento—. Supongo que a tu tío no le gusta y no me imagino por qué será.

—Yo tampoco, señor —dijo Ern—. Pero no permita que mi tío me lo quite o haga algo parecido con él. ¿Lo intentará?

—Bueno, hablaremos de eso más tarde —dijo el inspector—, y veremos qué se puede hacer. Quien me preocupa es Fatty, porque este individuo, llamado Engler, ha escrito una buena denuncia contra él.

Y dirigiéndose al muchacho, preguntó:

—¿Qué sabes de ese señor, Fatty?

—Muchas cosas —contestó el muchacho—, y todo muy sorprendente. Mis amigos todavía no saben nada y, ¡también tendrán una buena sorpresa! Estoy convencido de que cuando acabe mi relato, señor inspector, ¡estará muy interesado por el señor Engler y dos compinches suyos!

El inspector jefe Jenks pareció muy sorprendido al oír este comentario; sacó su pipa, la encendió sacando mucho humo y

después se sentó cómodamente en una silla.

—Adelante con tu historia, Fatty —dijo en tono amistoso—. Nada de discursos, simplemente explícame los hechos de los que estés completamente seguro.

Los dos perros se sentaron, dispuestos a escuchar con tanto interés como todos los demás.

—Pues verá usted —empezó Fatty muy serio—. Todo empezó con la desaparición de un pequeño bote que estaba pintado en un cuadro…

Capítulo XVII

Fatty aclara el misterio

Durante todo el tiempo que duró el relato de Fatty, el cual dio toda serie de detalles sobre los pormenores del Misterio del Torreón del Duende, reinó un silencio absoluto en el cobertizo, donde estaban reunidos, como sabemos.

—Todo empezó con la desaparición de un pequeño bote que estaba pintado en una marina expuesta en la Galería del Torreón del Duende —empezó Fatty.

—¡Un bote desaparecido de un cuadro! —exclamó el inspector, atónito.

—Sí, señor. Verá: Nosotros habíamos planeado algunas excursiones durante estas vacaciones y ésta era una de ellas, pues en el Torreón del Duende había una estupenda exposición de cuadros sobre temas marinos —continuó el muchacho.



—Ern y yo éramos los más interesados en ir —dijo Bets.

—Así pues, con nuestras bicicletas nos dirigimos a aquel lugar y previo pago de un chelín cada uno, entramos en el recinto. Estuvimos encantados mirando los cuadros, pues eran realmente dignos de contemplarse durante mucho rato —dijo Fatty—, aunque el que estaba más interesado por ellos era Ern, el cual se pasó, yo

diría que horas, ante una gran pintura…

—¡Es que era fantástica! —exclamó Ern siguiendo la conversación—. Tenía una pequeña barca de color rojo pintada sobre una ola, casi en la base del cuadro.

—Bien ¿y qué? —preguntó el inspector.

—Pues que al día siguiente, cuando volvimos otra vez al Castillo y me quedé contemplando otra vez aquel mismo cuadro que estuve admirando durante tanto tiempo el día anterior, ¡el bote había desaparecido! —exclamó Ern—. Además, no se apreciaban señales de que hubieran pintado encima para borrarlo o que hubieran hecho cualquier otra cosa.

—Es muy extraño —opinó el inspector Jenks—. Probablemente sufrirías un error, mirando otro cuadro parecido.

—No, inspector, Bets, aquí presente, puede decir lo mismo —añadió Ern al tiempo que la niña corroboraba lo dicho por su amigo con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Ése fue el principio del misterio —explicó Fatty—. Precisamente este detalle me «olió a chamusquina» desde el primer momento. Además, el portero del Torreón del Duende tenía muy mala facha, no me gustaba en absoluto el propietario de todo aquello, un hombre llamado Engler y finalmente una tercera persona muy sospechosa: un pintor francés.

—¿Había artistas pintando? —preguntó el inspector—. ¿Copiando algún cuadro?

—Sí, señor, pero no lo hacían muy bien, según mi opinión —añadió Fatty—, a excepción del francés que he mencionado antes, hace un momento, y que, sin discusión de ningún género, era muy bueno. Pero, a pesar de esto, no era muy correcto, pues se enfadó con Ern y le embadurnó la cara con uno de sus pinceles. De todas maneras, él era un «verdadero» pintor y los otros eran simplemente estudiantes de una escuela de Arte.

Fatty hizo una pausa, después de la cual, continuó:

—El catálogo dice que la exposición pertenece a un tal Conde Ludwig de Austria, que ha cedido estos lienzos al señor Engler, para que los exponga en su Galería. El señor Engler es austríaco, por cierto. Como he dicho, los artistas copiaban los cuadros para hacer prácticas de pintura o bien para vender sus trabajos más tarde. Pero

la mayoría eran horribles; ¡no hubiera dado ni diez chelines por ninguno de ellos!

—Federico: ya sabes que tenemos algunas razones para creer que el señor Engler es un mal sujeto —manifestó el jefe de policía—. Dime, por favor, si tienes alguna a algunas pruebas que justifiquen mi opinión y si es así, ¿cuáles son? Esto es muy importante tanto para ti como para mí.

—Muy bien, ¡puedo darle muchas! —contestó Fatty con brevedad—. Estoy seguro de que el negocio que lleva a cabo el señor Engler es hacer copiar los cuadros que le han prestado diversas Galerías de Arte, al pintor francés. Después quita el original del marco y coloca la copia en su lugar. ¡Debo repetir que François Ortelo, hace unas copias sensacionales!

—¡Y vende los originales a otro país, por grandes sumas de dinero, desde luego! —añadió el inspector jefe Jenks—. ¡Todo cuanto estás explicando es lo que sospechábamos, pero, sin embargo, no lo podíamos demostrar!

—Pues ahora podrá hacerlo —dijo Fatty—. El francés cometió un grave error al copiar esa delicada marina que a Bets y a Ern les gustaba tanto, ¡se olvidó de pintar la barquita! Precisamente, ésa fue la única diferencia que mis dos amigos pudieron apreciar comparando los dos cuadros.

—¡Una pequeña omisión! —exclamó el inspector Jenks—. Hubiera podido pasar inadvertido este hecho durante años o tal vez para siempre. ¡No creo que nadie, a no ser joven con buena vista, se hubiera dado cuenta de la diferencia! Ern, te felicito. Has encontrado el primer eslabón que sirva para atrapar a un profesional del fraude.

El chico se puso colorado como un tomate, intentó decir algo, pero no pudo articular palabra.

—Desde luego —continuó el inspector—, necesitamos saber más detalles, antes de que podamos llenarle de cadenas. ¿Puedes darme alguno más sobre el particular, Federico?

—Tal vez —dudó Fatty—, puedo añadir algo más; sin embargo: El verdadero nombre del pintor francés y su dirección, por ejemplo. Encontré estos datos en un libro cuando entré en su dormitorio.

Todos quedaron mirando al muchacho, sorprendidos.

—¿Cómo se llama ese pintor? ¡Dímelo en el acto! —dijo el inspector abriendo su libreta de notas.

—Se llama François Henri Ortelo, de la calle Carnot, 91 París —contestó Fatty—. Conoce todas las pinturas más famosas de Europa. Encontré su dirección en un libro especializado en esta materia.

El inspector dio un silbido de sorpresa.

—¡Ah, ah! ¿De forma que François Ortelo ha vuelto de nuevo? —se preguntó a sí mismo el inspector Jenks—. No sé cuántos países le reclaman por estafador, especialmente de pinturas. ¡Buen trabajo, Fatty! ¿Alguna cosa más?

—Sí, también conozco las Galerías de Arte en América que «compran» las pinturas auténticas —dijo Fatty, dando al inspector Jenks la relación de nombres y direcciones que había anotado en la oficina instalada en el Torreón del Duende.

—¡Esto es increíble! —dijo el policía, no dando crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Estaré soñando? Hemos estado buscando esta información por todas partes, ¿cómo es posible que la consiguieras?

—Verá, el caso es que me metí en la oficina del señor Engler —explicó Fatty— y tomé algunos datos que me parecieron de interés.

—¡Federico Trotteville, espero que cuando seas mayor te unas al Cuerpo de Policía en vez de al de los ladrones! —exclamó el inspector—. ¡Supongo que te das cuenta de que no tenías ningún derecho en registrar ese despacho del señor Engler!

—Efectivamente, no estaba muy seguro de ello —comentó Fatty, parpadeando—, pero Ern sí que estaba asombrado de que hiciera semejante cosa, ¿no es verdad, Ern?

—Sin duda alguna —contestó el muchacho—. Pero yo no sabía que Fatty iba a «pasarle» esta información, precisamente a usted, señor inspector.

—¿Es en realidad el Conde Ludwig quien cedió las pinturas al señor Engler? —inquirió Fatty.

—Sí, desde luego —afirmó el inspector—, y además ese señor debe ser un técnico muy mediocre en esta materia, de juzgar obras de arte, pues, ¡aunque Engler nunca le devuelve los cuadros originales, sino copias vulgares, parece ser que no se da cuenta del cambio!

—¿Quiere decir que le devolverá esa copia sin el pequeño bote

pintado? —preguntó Bets, extrañada.

—No se enterará siquiera —contestó el policía—. ¡Tú eres más lista que él, Bets, lo mismo que Ern!

—¿Puede usted culpar al señor Engler, al pintor y quizás al portero de robo y estafa? —preguntó Fatty al inspector.

—Es difícil —contestó éste—. Sería mucho más fácil si pudiéramos descubrir cómo sustrae los cuadros originales de las Galerías de Arte, dejando las copias en su lugar, como ocurre en el Torreón del Duende. No es fácil hacer contrabando con cuadros de estas dimensiones. Este es un asunto que nos ha intrigado siempre sin resultado hasta la fecha; hemos vigilado aquí y en otros sitios, pero nunca le hemos podido coger con las «manos en la masa».

—Eso es fácil —comentó Fatty—. Hace ya unos días que me di cuenta de ello.

—Fatty, ¡nunca nos has dicho nada! ¿Cómo sacaba los cuadros? —preguntó Larry, atónito.

—¿Te acuerdas que había cañerías de plomo de mucho grosor junto a la puerta principal y que creímos iban a ser utilizadas para alguna reparación? —preguntó Fatty—. Pues eché un vistazo a uno de esos tubos y vi que en su interior iba algo enrollado; por aquel entonces no podía sospechar que se trataba de las telas, pero ahora estoy absolutamente convencido. Nadie las encontraba a faltar, pues la copia correspondiente reemplazaba inmediatamente al original y en la sala de exposiciones no se notaba nada.

—Fatty, ¿te acuerdas del ruido de la escalera de mano y del sonido metálico que oíamos cuando estábamos encerrados en aquella habitación y seguidamente la especie de chasquido como si alguien pintara con una brocha gorda? —interrumpió Ern casi dando gritos y levantándose de la silla—. ¡Eso es lo que estaban haciendo entonces!: se subían a la escalera para cortar la tela, después de cortada esparcían cola por el marco y pegaban la tela seguidamente, es decir, la copia.

—¡Ya lo creo que me acuerdo! —exclamó Fatty—. Has dado en el clavo, Ern, y has sido muy perspicaz.

—¿Por qué no nos explicasteis nada de todo esto? —preguntó Bets.

—Porque no estaba seguro de que todo encajara a la perfección

—se disculpó Fatty—. Todo esto era como un rompecabezas y no podía saber todo con exactitud, hasta que tuviera todas las piezas colocadas en sus respectivos lugares correspondientes. Y el caso es que hasta esta mañana no pude colocar la última; ¡las tuberías del cobertizo! Al fin supe cómo se las componían para llevarse esas obras de arte sin que persona alguna sospechara nada.

—Te has portado muy bien, Fatty, pero me temo que se han «olido la tostada» y se han marchado —dijo el inspector Jenks, cerrando su libreta de notas—. Alguien les habrá informado que estábamos vigilándolos y se han ido en una camioneta azul y en un coche. Para colmo de desgracias, el agente que teníamos dedicado a este servicio no ha sido lo suficientemente rápido para anotar las matrículas, de manera que por este motivo no podemos interceptar ninguna carretera ni hacer una llamada general a toda la policía para que los detengan. ¡Tenemos que averiguar el número de matrícula de estos vehículos!

—Casi no me acuerdo —explicó Fatty—. Me fijé esta mañana, pero… veamos, sí, una era… Par De Pillos, y…

—¿Par de pillos? ¡Esto no es un número de matrícula! —exclamó Larry.

—Y el otro era ¡Vaya Grupos Estafadores! —añadió Fatty—. Eso es: PDP202 y VGE333. PDP igual a, ¡Par de Pillos!, y VGE333 igual a, ¡Vaya Grupo Estafadores! Es muy fácil retener esos números de memoria haciendo este juego de palabras; además, las letras describen a sus ocupantes a la perfección.

—Bueno, hay que reconocer que eras una «lumbrera», Fatty —dijo el policía, mientras anotaba letras y números—. ¿Te acuerdas de la matrícula de mi coche, utilizando el mismo sistema?

—Sí, señor, su coche es MBP888 —contestó el muchacho con rapidez—. MBP significa: Muy Buena Persona.

—Me alegra oír esto —manifestó el inspector levantándose de su asiento—. Muchas gracias, Fatty, y también muchas gracias, Ern. Con vuestros informes podremos atrapar a esos tres bribones y encerrarlos en un sitio, ¡donde estoy seguro de que no verán muchas pinturas!

—¿Qué piensa hacer usted con la denuncia del señor Engler contra mí, señor? —preguntó Fatty—. Ya sabe… lo de penetrar en

el Torreón del Duende. En realidad no forzamos ninguna puerta, puesto que entramos por un túnel secreto.

—¡Hum!, bien, Federico, teniendo en cuenta las circunstancias actuales y que has suministrado tan buena información, la cual nos será de gran ayuda, voy a borrar la denuncia de los libros —contestó el inspector Jenks, con una amplia sonrisa—. Y no os preocupéis por la del señor Goon. Ahora voy directamente a la Comisaría, para contarle la inesperada y eficaz ayuda que habéis prestado a la policía esta mañana. ¡Debo confesar que los Cinco Pesquisidores son unos excelentes detectives!

—¿Y en cuanto a Ern, señor inspector? —preguntó con ansiedad Bets—. ¿Podrá volver a casa del señor Goon sin contratiempos?

—¡Claro que sí! —aseguró el policía—. Le comunicaré al señor Goon que su sobrino Ern ha sido lo suficientemente listo para descubrir quizá la única pista que tenemos para poder arrestar al bribón del señor Engler. ¡Muy bien, Ern!

Y diciendo esto, el inspector jefe abandonó la estancia murmurando algo entre dientes.

—Veamos, la matrícula de mi coche es MBP, que según Fatty, quiere decir Muy Buena Persona. ¡Hum!, me gustaría saber qué otra cosa más significan estas letras para este muchacho, cuando no estamos en buenas relaciones. ¡Un chico muy listo este Federico Trotteville!

Capítulo XVIII

¡No puede preverse lo que trama Fatty!

El señor Goon se quedó muy extrañado al escuchar lo que el inspector Jenks le contaba sobre su sobrino. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Haber copiado todos los cuadros para vender los originales! Este señor Engler debía haber hecho una fortuna de este modo. Y ¿dice usted que Ern, mi sobrino, fue el que descubrió la primera pista? ¡Nunca hubiera pensado de Ern una cosa semejante!

—Pues ya ve, Goon, a mí no me sorprendería que su sobrino llegara a ser un buen oficial de policía dentro de unos años —opinó el inspector con viveza—. Es una lástima que se enfade usted con él, pues cuando le regaña es cuando se escapa de su casa. En circunstancias normales, quiero decir, cuando está en buena armonía con usted, este muchacho podría serle de gran utilidad.

—Tiene razón, señor, reconozco que tengo mal carácter —disculpóse el señor Goon—. Me gustaría que volviera a mi casa; veo que es muy inteligente, tal y como usted cree y no me importaría enseñarle unas cuantas cosas que podrían serle útiles más adelante.

—¡Así se habla, Goon! —replicó el jefe, levantándose al mismo tiempo que le daba unas palmadas en el hombro—. La juventud actual «tiene madera», ¿sabe usted? Ya ve ese Federico Trotteville; no les arriendo la ganancia a todos los bribones, contrabandistas y ladrones, dentro de unos años, pues cuando Federico utilice toda su inteligencia, ¡no tendrán posibilidad de subsistir!

—Voy a llegarme a casa de los Trotteville para hablar con Ern —dijo Goon, ya de pie—. Su madre se enfadó conmigo al saber que se había escapado de mi casa, hasta tal punto, ¡que se irritó más

conmigo que con su hijo!

—Bueno, explíquele lo inteligente que es su hijo y se terminará su enfado. En fin, Goon, adiós. En cuanto cojamos a esos contrabandistas se lo comunicaré. Ern, desde luego, volverá con usted, pero procure no enfadarse con él y, hablando de otra cosa, ¡vaya un perro bonito y obediente que tiene su sobrino! Incluso se sienta cuando se lo ordenan. No dudo que estará contento con la compañía de Ern y de su perro, «Bingo».

Y en cuanto terminó estas palabras salió, dejando a Goon como si fuera un globo que va perdiendo el aire y se deshincha…

—Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a ver a esos «Cinco Pesquisidores», como ellos mismos se llaman; es un nombre ridículo el que se han puesto, pero no hay duda de que de una manera o de otra, solucionan los misterios y encuentran pistas concluyentes —iba diciéndose Goon.

Salió al jardín en busca de su bicicleta diciendo a media voz:

—Será mucho más conveniente que me haga amigo de todos esos chicos, pues de este modo tal vez me contarán más cosas. Y, ¡pensar que creía que la cabeza de Ern no servía para razonar! ¡Parece increíble todo esto!

El señor Goon salió del jardín montado en su bicicleta cauteloso y atento para no encontrar ningún perro en su camino, pues aunque parezco raro, la verdad es que en cuanto el policía iba montado en su bicicleta por las calles de Peterswood, al verle los perros, parecían tener un solo pensamiento: el de correr al lado de él ladrando y mordiéndole los tobillos a medida que sus pies iban arriba y abajo al compás de los pedales.

En el cobertizo de Fatty, nadie sospechaba que el señor Goon se acercaba. Todos hablaban de sus aventuras en el Torreón del Duende.

—Lo más excitante fue cuando pusimos en marcha la máquina «de los lamentos» —opinó Larry—. ¡Debemos reconocer que ése era un ardid excelente el empleado por el señor Engler!

—Me gustaría tener este artefacto aquí —dijo Fatty—. ¡Menudo susto se llevarían en el barrio a media noche!

—¡Bueno, si quieres dar un susto a tus vecinos, no necesitas la maquinaria del duende! —exclamó Pip, dando a Fatty un amigable

empujón—. Solamente debes aullar como aquella vez en la Sala de Armas, pues lo haces tan bien como un duende de verdad.

—Hay una parte del misterio que todavía no hemos aclarado —dijo Larry—. ¿Por qué el duende elegía el jueves como su día de trabajo? ¿Por qué precisamente el jueves?

—La verdad es que no hay ningún misterio en esto —empezó diciendo Fatty—. Y no debimos preocuparnos tanto por este detalle del jueves; el portero tenía su tarde libre todos los jueves y, ¡ponía en marcha la maquinaria para despejar a los visitantes de las Salas con la mayor rapidez posible! Así podía abandonar temprano la portería y al mismo tiempo el pintor francés aprovechaba la ocasión para hacer el cambio de pinturas, «empaquetando» los originales dentro de los tubos de plomo, listos para ser enviados a los nuevos clientes.

—¡Schiiist!, alguien se acerca —dijo Bets—. ¡Oh, Fatty, es el señor Goon! ¿A qué vendrá?

—Supongo que a regañar a Ern —opinó Fatty, mientras se acercaba a la ventana posterior del chamizo—. Vosotros tenéis que decirle que Ern ha estado magnífico y que incluso el duende se espantó el…

¡Bang, bang! El señor Goon llamaba a la puerta; en aquel mismo momento Fatty saltó rápidamente por la ventana lo mismo que «Buster».

—Si viene «pidiendo guerra» no os atemoricéis —expuso Fatty, asomando la cabeza por la ventana—. Yo estaré escuchando ahí fuera y acudiré en vuestra ayuda al instante.

Después de estas palabras Bets se dirigió a la puerta y la abrió, dando paso al señor Goon, que presentaba un aspecto totalmente distinto del que se esperaban. Dio unos pasos hacia delante y ante la sorpresa de todos, sonrió haciendo al mismo tiempo un saludo con la cabeza.

—Buenos días, señor Goon —dijo Bets muy educada e inclinando también su cabecita.

Los otros también murmuraron unas palabras de saludo.

—Bien, bien —empezó diciendo el policía, con una voz carente de aspereza, como tenía por costumbre—. Por lo que veo estáis todos juntos a excepción de Federico y precisamente he venido a

felicitarle, lo mismo que a vosotros, por la ayuda que habéis prestado para resolver el misterio del Torreón del Duende. Ern: he oído que tú fuiste el descubridor de una importante pista.

El aludido se puso colorado hasta la raíz del pelo, cuando oyó estas palabras de cumplido y no pudo encontrar ni una palabra adecuada para contestar. En la habitación había un silencio enorme cuando «Bingo», de pronto empezó a ladrar y se lanzó a los tobillos del señor Goon.

Éste esbozó una sonrisa forzada mientras intentaba zafarse del perro.

—¡«Bingo»! —gritó Ern—. ¡Ven aquí y siéntate!

Y el perro se sentó sobre sus cuartos traseros sin rechistar, aunque, ¡todavía estaba mirando los tobillos del policía!

—¡Ah, ah, está muy bien domesticado este perro! —expuso el señor Goon sorprendido—. Me alegro de que sea así y por favor, Ern, cuando vuelvas a casa tráetelo contigo.

Después de estas palabras volvió a reinar un profundo silencio, pues la pandilla estaba asombrada del tono que empleaba el policía, completamente distinto del de siempre. Por fin Ern preguntó:

—¿Es verdad, tío, que quiere que vuelva a casa?, y ¿también «Bingo»? No es mal perro, mas a veces se excita.

—Sí, ya sé que es un buen perro —replicó Goon, todo amabilidad—. Además, es obediente y, ¡estoy seguro que habrá dado un buen susto al duende, ja, ja, ja!

Pero solamente se rio el policía, ya que todos estaban un poco cautelosos con respecto a su, hasta ahora, irreconciliable enemigo.

—Ya sabéis —añadió el policía—, que en el asunto del duende ha habido un poco de fraude pero Federico descubrió algunas particularidades del caso. También sé que dicen que el duende aúlla y se lamenta, pero ¡jamás he creído esto ni lo he oído, aunque estuve en el Torreón!, ¡jo, jo! Probablemente, no tuvo el valor suficiente de dejarse oír estando yo cerca.

—Tal vez tenga usted razón, pero nosotros lo oímos «perfectamente» —dijo Bets—. Sonaba como…

Y entonces, desde fuera de la ventana se oyó un lamento suave, muy suave al principio, después fue aumentando de tono hasta que al cabo de pocos minutos todos los que estaban dentro de la

habitación se quedaron aterrados, principalmente el señor Goon que nunca había oído algo semejante. Al principio, Bets se asustó de verdad, pero se recuperó en seguida porque, lo mismo que sus amigos, sabía que Fatty era el autor de la broma, para demostrar al incrédulo señor Goon, ¡cómo gritaba de manera lastimera el duende!

—¡Haced ver que estáis asustados! —susurró Larry a los otros. Y todos se abrazaron unos a otros, mirándose con una cara de terror tal, que el señor Goon sintió necesidad de abrazarse también a alguien.

«Bingo» estaba aterrado de verdad y empezó a correr alrededor de la habitación, gimiendo como si le persiguieran e intentando al mismo tiempo descubrir de dónde procedía aquel aullido.

El policía nunca había pasado tanto miedo como en aquel momento, entre el aullido, los ladridos del perro y las caras atemorizadas de la pandilla.

—¡Eeee, oooooooo, oh, oh, oh, eeeeeeeee! —gritaba Fatty, divertido junto a la ventana.

A todo esto, «Buster» empezó a gemir cuando oyó ladrar a «Bingo» en el interior del cobertizo y cuando Fatty inició la segunda tanda de aullidos, el señor Goon no pudo permanecer allí ni un solo minuto más y exclamó:

—¡Voy a buscar ayuda, alguien está en peligro!

Y salió corriendo por la puerta hacia la verja de salida, cruzando el jardín.

Pero por desgracia, la madre de Fatty y la cocinera estaban en el jardín en aquel momento, cogiendo los primeros narcisos de la temporada. También oyeron los gritos estentóreos y se quedaron escuchándolos atemorizadas.

—¡Algo debe de haberle pasado a uno de los niños! —exclamó la señora Trotteville—. ¡Qué gritos, madre mía! ¡Vámonos rápidamente a ver qué ocurre!

Así fue como mientras la señora Trotteville y su cocinera iban corriendo hacia el cobertizo, el señor Goon, al dar la vuelta a una esquina del jardín chocó con la rolliza cocinera, motivo por el cual se encontró sentado entre unas matas de menta, mirando medio atontado a las dos mujeres. Y no es de extrañar todo esto, ya que el

policía se alejaba de allí, ¡como si le siguiera una manada de tigres salvajes y corría como un loco!

—¿Qué ha pasado, qué ha ocurrido? —gritaba la señora Trotteville—. ¿Se ha caído la estufa del cobertizo, hay alguien herido?

Pero al señor Goon le faltaba aire para poder hablar; de forma que continuó sentado en medio de las plantas aromáticas resoplando como una locomotora y deseando que el duende no apareciera inesperadamente. ¡Pobre señor Goon! ¡Qué susto se había llevado!

La madre de Fatty y la cocinera continuaron hacia el cobertizo preocupadas ante la idea de que tal vez se encontrarían con alguna desgracia, pero ¿qué se oía en este momento? ¡Habían cesado los gritos y habían sido reemplazados por risas!

—¡Ja, ja, ja, ja, nunca pensé que Goon podía correr de esta manera!

—¡Jo, jo, jo, jo, buen chico este duende!

—¡Ja, ja, ja, ja, jo, jo, jo, je, je, je…! —Las risotadas iban en aumento y ni siquiera pararon cuando la señora Trotteville entró en el cobertizo y miró a todos con cara de enfado.

Su hijo había regresado a la habitación saltando nuevamente por la ventana y lo mismo que sus amigos estaba tumbado en el suelo riéndose como un loco, hasta el punto, que le saltaban las lágrimas; ¡ahora sí que no tenía fuerzas para volver a interpretar el papel de duende! Los dos perros corrían de un lado para otro de la habitación sin parar.

—¡Federico! ¿Qué significa todo esto? —preguntó la señora Trotteville muy enojada, amenazando a su hijo con el índice al verle tirado por los suelos.

—¡Por favor, mamá, no me riñas! —suplicó el muchacho—. Solamente estuve imitando a un duende, ¿por qué estás tan enfadada? No está fuera de la ley quien grita como un duende, ¿verdad?

Y todos volvieron a reír sin poder contenerse.

—Iré a buscar a tu padre —dijo la señora Trotteville, molesta por la manera de comportarse de su hijo—. ¡No acabo de comprender qué os pasa ni tampoco al señor Goon!

—Pero ¿qué ha hecho el señor Goon para molestarte, mamá? —preguntó Fatty.

—Sencillamente, está sentado encima de mis plantas de menta, si es que realmente te interesa saberlo —contestó su madre—. Tropezó con nosotras pues corría como un verdadero loco.

—¡Sentado en medio de las matas de menta, mamá! ¡Oh, esto es demasiado divertido para que sea verdad! —exclamó Fatty—. Mamá, ¿quieres decir que vosotros hicisteis que se cayera sobre esas plantas? Te van a meter en la cárcel como hagas semejantes cosas. ¡Pobre Goon, olerá a menta durante un par de semanas!

—Por favor, Fatty, no me hagas reír a mí también —manifestó su madre, sintiendo, de repente, deseos de unirse al jolgorio—. No sé qué hacer contigo, Fatty. Mira, ayuda al señor Goon para que salga de mi parterre. ¡Estoy convencida de que el pobre hombre está allí todavía sin poderse levantar!

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Goon al oír las risas—. Siempre pasa algo raro cuando el gordinflón está aquí. ¡Puf, vaya un olor a menta! Federico Trotteville. Un día te acordarás de mí, ¡ya lo creo que sí!

Bien, ¡veremos si puede hacerlo usted cuando surja el próximo Misterio, señor Goon! Pero de todas formas, no esté tan seguro porque, ¡nunca puede preverse lo que trama Fatty!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).